

DON ANTONIO.

¿De qué modo
De tí y dél á un mismo tiempo
Tomaré venganza?

ESCENA XIV.

Aparecen LA VIRTUD Y SAN FRANCISCO, sobre nubes, y van subiendo á un Jesus, que ha de estar arriba.
— Dichos.

VIRTUD. (Canta.)

Así.

DON ANTONIO.

¿Qué oigo!

DOÑA JUANA.

¿Qué escucho!

DEMONIO. (Ap.)

¿Qué veo!

Que contra Francisco no haya
De hallar el engaño tiempo!

VIRTUD. (Canta.)

*Sube, feliz Francisco,**Al estado perfecto**Que alcanza aquel que sube**Por la virtud al premio.*

DOÑA JUANA.

¿Qué asombro es este que miro?
En la admiracion tropiezo.

DON ANTONIO.

¿Válgame Dios! ¿qué de luces
Me ilustran, cuyos reflejos
Al borrar la ceguedad
Me van dejando mas ciego!

DEMONIO. (Ap.)

Rayos son, de quien no huyo
Porque me dén mas tormento.

VIRTUD. (Canta.)

Jesus te espera, sube,
Y hallarás en el centro
Desta amorosa llama
La region de tu fuego.

DON ANTONIO.

Francisco, perdona, espera:
No me dejes, pues has hecho
Lo mas, habiéndole dado
Luz á mi conocimiento.

DOÑA JUANA.

¿Quién á vista de un prodigio,
No hará el error escarmiento?

DEMONIO. (Ap.)

Eso sí; llegaos adonde
Yo tanto acercarme temo.

VIRTUD. (Canta.)

Conseguirás los triunfos
Que ha prometido el cielo,
Juntando sus piedades
Con tus merecimientos.

SAN FRANCISCO.

Piedad tuya es, Señor, toda,
Porque yo nada merezco.

DON ANTONIO.

Humildemente te sigo,
Y ya mi dolor se ha puesto
Mas vivo que en el engaño
En el arrepentimiento.

DEMONIO. (Ap.)

Ya ¿qué aguardo...

DOÑA JUANA.

Ya ¿qué dudo...

SAN FRANCISCO.

¿Que consigo?...

DON ANTONIO.

Pues ¿qué espero...

DEMONIO. (Ap.)

Que de afrentado no huyo?...

DOÑA JUANA.

Que agradecida...

DON ANTONIO.

Deshecho

En lágrimas...

DEMONIO. (Ap.)

Pues que oigo...

DOÑA JUANA.

No me postro? pues atiendo...

DON ANTONIO.

No me rindo? pues escucho...

TODOS.

Que repiten estos ecos...

TODOS Y LA MÚSICA.

*Sube, feliz Francisco,**Al estado perfecto**Que alcanza aquel que sube**Por la virtud al premio.**(Llegan el Santo y la Virtud donde está el Jesus, y se cubre todo.)***JORNADA TERCERA.**

Campo de Loyola.

ESCENA PRIMERA.

LA VIRTUD; y despues, EL TIEMPO,
cada uno por su lado.

VIRTUD.

Oye mi voz, Tiempo: ¿adónde
Estás?

(Sale el Tiempo.)

TIEMPO.

¿Adónde? En cualquiera

Parte que tú me buscares,
Ya accion ya suceso sea,
Tan en todo (porque nada
Sin el Tiempo vivir pueda)
Que en ese término corto
Que dió tu palabra mesma,
Me pudiste hallar.— ¿Qué quieres?

VIRTUD.

Acordarte (no te ofendas
De que en tí suponga olvido;
Que juzgo que á veces llegas
A olvidarte aun de lo mismo
Que hace grande tu carrera),
Acordarte pues que habiendo
Advertidote que á cuenta
De la virtud de Francisco
Corria el que se supiera
Alguna parte de tantos
Prodigios como le cercan;
Y valido de la traza
De que tú la parte fueras
Instrumental, pues tenias
Por ser Tiempo mas licencia
O mas noticia de dar
De sus obras clara muestra;
Te dije que prevenido
A otra ocasion estuvieras,
Porque yo te buscaria.
Y pues ha llegado, sea
Tu asistencia quien me ayude
En la jornada postrera
De su vida; y no, no extrañes
Que la voz *jornada* sea
Con que me explique, supuesto
Que, equivoca, saco della
La razon para valirme
De tí; pues la historia mesma
De la vida de Francisco
Nos le propone y le cuenta
Tan fervoroso en los actos
Propios y de su obediencia,
Que era su ejercicio andar,
Móvil continuo, las tierras,
Con que su última edad
Fué una jornada perpetua.
Misticamente no hablo;
Que ya sé que en la tarea

De la humana vida es
Aun el sosiego carrera,
Sino corporal, que es
Lo material que aquí suena;
Pues de otro modo, imposible
Y tan imposible fuera,
Que aun siendo tú el Tiempo, dudo
Que decirlo todo puedas.

TIEMPO.

Dices bien; porque es tan rara
Dese varon la pureza,
Que temo que en el decirlo
Ha de estar el ofenderla;
Y mas diciéndola el Tiempo,
Que es cómputo que se llena
De variedades, en cuyo
Espacio viven revueltas
De unos y otros las acciones,
Teniendo porque se sepan
Tan ocupado el lugar
Las malas, como las buenas.

VIRTUD.

Eso es para la memoria,
No para alabanza; y esta
Relacion á que te llamo,
Te obligará á que no atiendas
(Aun con tener tanto tú
A que atender) sino á ella.

TIEMPO.

Pues ya empiezo á obedecerte;
Y anudando aquella hebra,
Cuyo hilo se cortó
Cuando despues de resuelta
Por inspiracion divina
La Religion, siendo esta
La Compañía sagrada,
A Roma con santa priesa
Despachó Francisco propio,
Pidiendo que le admitiera
Por su compañero Ignacio.
Aqui quedó, y aqui empieza
El Tiempo á servirte. Ignacio
Le dió á esta carta respuesta
Con la ternura que supo
Granjearle tan dulce nueva.
Dijole que en el tomar
El hábito, seria fuerza
Haber dilacion, supuesto
Que aquellas precisas deudas
De dar estado á sus hijos
Impedian que se hiciera;
Mas porque á la dilacion
No la llamara tristeza,
Allí le daba permiso
Para profesar la regla,
Aunque el traje no mudara;
Y que le enviaba licencia
De regir y administrar
Sus estados y sus rentas
Por cuatro años, cuyo espacio
Era bastante á que diera
Cobro á sus cosas. Asi
Lo ejecutó, y la presteza
Mostró bien cómo en el mundo
Era su vida violenta.
Casó primero á sus hijos,
Y estudió la clara ciencia
De teologia, tomando
De doctor la borla en ella.
Viéndose ya casi libre
Del lazo en que se tropieza,
Pues con color de preciso
La virtuosa vida enreda,
Se resolvió en ir á Roma.
Dispúsole así, y se lleva
Consigo los religiosos
De mas confianza y prudencia;
Y aunque duque, con familia
Para su estado pequeña,
Pues solo iba Don Antonio
Su primo, y...

VIRTUD.

Detente, espera;

Que le importa á la Virtud
Que en esta plana se lea
El paréntesis de que
No apagadas sino muertas
En el corazon de Antonio
Aquellas llamas violentas
De su amor, por el ejemplo
Del primo, seguirle intenta,
Haciendo cuerdo el olvido
Con olvidar la belleza
De Doña Juana, la cual
Con dos ejemplos, se emplea
En un monasterio, adonde
Su desengaño aprovecha.
Y porque estas son las propias
Acciones que manifiestan
Su virtud, te he interrumpido.
Ya el paréntesis se cierra.

TIEMPO.

Con corta familia pues,
En Roma Francisco entra,
Comunica con Ignacio,
Conocen sus grandes prendas
Todos, y su fama al papa
Julio Tercero se llega
Con alas, que sin el viento
De las alabanzas vuelan.
Quiere hacerle cardenal,
Por quien es y en recompensa
De que fué él antes hechura
De Alejandro Sexto, que era
Tan pariente de Francisco:
La púrpura le amedrenta,
(¿Qué miedo tan poco usado
Es el de las conveniencias!)
Y con consejo de Ignacio,
Huye el peligro en la ausencia.
Y dejando ya tratadas
Con él las cosas diversas
De la Religión y suyas,
Pedida ya la licencia
Al Emperador de hacer
Renuncia de su grandeza,
Sale de Roma, y pasando
Por Loyola...

ESCENA II.

SAN FRANCISCO, NUÑO Y UN CRIADO, dentro.—DICHOS.

SAN FRANCISCO. (Dentro.)

¡Jesus sea

Contigo!

UNO. (Dentro.)

¡Válgame Dios!

NUÑO. (Dentro.)

¡Mula maldita! ¡Ay mi pierna!

VIRTUD.

¿Qué es esto?

TIEMPO.

Es haber llegado

A que las acciones mismas
Prosigan.

VIRTUD.

Pues, Tiempo, adios,

Hasta que preciso sea

Que desta vida el glorioso

Volúmen se desenvuelva.

(Vanse el Tiempo y la Virtud.)

ESCENA III.

SAN FRANCISCO, DON ANTONIO,
NUÑO Y CRIADOS, todos de color.

NUÑO.

¡Ay Jesus!

SAN FRANCISCO.

¡Dios sea bendito!

DON ANTONIO.

¡Caso, señor, admirable!
Pues yendo por esas peñas,
Cayó el padre Bustamante
En un precipicio, donde
Ni la vista pudo hallarle
Fin; pero apenas oyó
Tus voces, cuando al instante
Se detuvo, sin que hiciera
En él el golpe señales.

SAN FRANCISCO.

A Dios se atribuya todo.

NUÑO.

Y dígame: ¿en qué ley cabe
¡Cuerpo de Cristo conmigo!
Que haga milagros á pares
Con los extraños, y á mí
Que soy su criado, me trate
Como á un indio, pues me deja
Caer, y conmigo no hace
Un milagrito siquiera
De pié quebrado, porque hable
En términos de poeta
Aun para caer?

SAN FRANCISCO.

Ignorante:

Dios remedios y castigos
Con su mano los reparte:
A este libra, á aquel aflige;
A uno ensalza, á otro le abate;
Pero son de su justicia
Dos testigos tan iguales,
Que tanto estimar debemos
Lo airado como lo afable.
Y así, ten paciencia.

NUÑO.

¿Cómo

Habrá paciencia que baste?

SAN FRANCISCO.

¿Dónde ha quedado la gente?

UNO.

De aqui bien poco distante
Está en un pajizo albergue,
Aguardando á que llegases.

SAN FRANCISCO.

Pues id todos á cuidar
Del regalo dese padre,
Que habrá hecho en la caída
Quizás de su susto achaque;
Que Antonio y yo vamos luego.

(Vanse los criados.)

ESCENA IV.

[SAN FRANCISCO, DON ANTONIO.]

DON ANTONIO.

Deja, primo, que no acabe
De besar tus santos piés,
Pues cada día se añaden
Prodigios á tu virtud.

SAN FRANCISCO.

Levanta, primo: ¿qué haces?
No me mortifiques tanto,
Ni tú tanto á tí te alabes.

DON ANTONIO.

¡Yo! ¿cómo?

SAN FRANCISCO.

¿Pues quién ignora

Que tu virtud es bastante
Para obrar prodigios, pues
Tanto en ella crecer sabes?

DON ANTONIO.

Cuando yo tuviera algo
Que la alabanza alcanzase,
A tu ejemplo se debía.

SAN FRANCISCO.

Antonio, deso no me hables,
Y dime: ¿cuándo tendré
Licencia de despojarme

Desta inútil apariencia,
Desta sombra, deste traje
Que hipócrita de mi vida,
Con este vestido hace
Que con el nombre de duque
Del de polvo no se trate?
La púrpura, el cetro, el mando
No son mas que unos culpables
Laberintos, donde vive
Oculto el sér de mortales;
Que rara vez el recuerdo
De la muerte asistir sabe
Entre las pompas que adornan
Solo del mundo la imágen.
El fausto camina solo
A vivir: pues ¿cómo cabe
Que en solo alargar la vida
Recuerdos del morir se hallen?
Este mundo es un pensil,
Que la ceguedad le hace
Una apacible armonía
De lo vistoso y lo suave.
Flores son cuantas delicias
Mueren al punto que nacen,
Y está el engaño fingiendo
A lo caduco durable.
Estas flores un ejemplo
Y un peligro juntos traen.
El ejemplo es ver lo poco
Que duran, pues es constante
Que ántes de la posesion
El deseo las deshace.
El peligro, áspid cruel,
Llega oculto á disfrazarse,
Y mata al que haciendo aprecio,
Las coge para recrearse.
Mira ahora, ¿quién podrá
Peligrar de dos que entren
En un jardín, quien cogiere
Un desengaño, ó un áspid?

DON ANTONIO.

¿Cómo contigo ejecutas
Esa lición, pues que sabes
Hacer desprecio á las flores
De lo rico y de lo grande,
Y ya te olvidas de todo!
Y tanto, que estudio haces
De no pasar por Gandía,
Por si acaso de los reales
Aparatos el rumor
Quiere torcer tu dictámen.

SAN FRANCISCO.

¡Sí, primo; que pues resuelto
Vivo, no han de embarzarme
La voluntad destos bienes,
Memorias de aquellos males.
En un cóncavo profundo
Que el conocimiento hace,
Se han de arrojar por trofeo
Las humanas vanidades.

ESCENA V.

EL DEMONIO, invisible para — SAN FRANCISCO Y DON ANTONIO.

DEMONIO. (Ap.)

Primero te las pondrán
Mis engaños tan delante,
Que ese tu conocimiento
Ó se te esconda ó te falte.
Ea, espíritus valientes,
Aqui todos ayudadme.
Y tú no juzgues, Antonio,
Que de mis iras triunfaste;
Que tambien para tu ruina
Sabré yo fingir la imágen.

—
Aparece un bosque.

ESCENA VI.

GENTE Y MÚSICA, dentro. — DICHOS.

UNA VOZ. (Dentro.)

Venid á avisar al Duque,
Que el jabali hácia esta parte
Se esconde herido.

voz 2.^a (Dentro.)

¡A la fuente!

voz 3.^a (Dentro.)

¡Al risco!

voz 4.^a (Dentro.)

¡A lo espeso!

voz 5.^a (Dentro.)

¡Al valle!

voz 1.^a (Dentro.)

Y la música le sirva
De senda entre estos jarales.

MÚSICA. (Dentro.)

*De ninfas Diana cerca
Toda la florida márgen,
Y las fieras que no mata
Mueren de que no las mate.*

SAN FRANCISCO.

¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?
¿Qué oigo? pues quedan iguales
Ojos y oídos confusos,
Pues igual confusion nace
Mirando este bosque ameno,
Que oyendo aquella voz suave.

DON ANTONIO.

Esta, señor, ¿no es la selva
Que junto á Gandia yace,
Donde tú á caza salias?

SAN FRANCISCO.

Y estas voces que escuchaste
(O es ilusion del oído),
Son de aquellos mas parciales
Criados, que entonces seguian
Mi inclinacion. ¡Cómo sabe
El cielo acordarme el tiempo
Que desperdicié ignorante!

DEMONIO. (Ap.)

¡Que lo tentado le lleve
A lo arrepentido!

voz 1.^a (Dentro.)

¡Al valle!

voz 2.^a (Dentro.)

Señor, ¿dónde estás?

voz 3.^a (Dentro.)

¡Al monte!

voz 4.^a (Dentro.)

Buscadle todos, buscadle.

MÚSICA. (Dentro.)

*Clori no aprovecha el arco,
Porque el arpon penetrante
De la vista de sus ojos
Vuelve el acero cobarde.*

SAN FRANCISCO.

¡Oh humana pasion, qué presto
Peligro el recuerdo haces!

DON ANTONIO.

¡Rara confusion!

DEMONIO. (Ap.)

¡Ahora,

Ilusiones!

ESCENA VII.

*Por la parte de San Francisco, salen
varias FIGURAS FANTÁSTICAS DE CAZA-
DORES, y se le arrodillan; y por la
parte de Don Antonio, se oye la voz
de DOÑA JUANA.— SAN FRANCISCO,
DON ANTONIO, EL DEMONIO.*

CAZADOR 1.^o (Saliendo.)

Aquí hallarle

Espero : seguidme todos.
¡A la llanura!

VOZ DE DOÑA JUANA. (Dentro.)

¡Amparadme,

Divinos cielos!

DON ANTONIO.

¡Qué escucho!

Doña Juana en lamentable

Voz se queja. Buscaréla...

Mas ¿cómo, si me persuade

La nueva vida á su olvido?

CAZADOR 1.^o

Aquí está.

(Sale la figura de Doña Juana como des-
peñada, y cae á los piés de Don An-
tonio.)

DOÑA JUANA.

¡Desdicha grande!

DEMONIO. (Ap.)

Cada uno á su pasion

Atienda.

CAZADOR 1.^o

Como mandaste

Está todo.

SAN FRANCISCO.

¡Yo!

DON ANTONIO.

¡Qué miro!

DOÑA JUANA.

¿Dónde llegaron mis males

A tomar puerto? ¡Qué veo!

¿En ti, ingrato? ¡En buena parte

Para acabar de morir!

CAZADOR 1.^o

Advierte, señor, que es tarde :

Goza del dia.

DON ANTONIO.

¡Ay de mí!

SAN FRANCISCO.

Gozar es desperdiciarle.

DOÑA JUANA.

¡Que despues de mi peligro

Aun no te deba el mirarme!

SAN FRANCISCO.

Antonio, á Dios acudamos,

Porque en su auxilio se halle

Remedio.

DEMONIO. (Ap.)

¡Oh pese á mi rabia!

CAZADOR 1.^o

Señor, mira...

DOÑA JUANA.

Antonio, sabe...

CAZADOR 2.^o

Que estas voces...

DOÑA JUANA.

Que mi amor...

CAZADOR 3.^o

Te avisan...

DOÑA JUANA.

Te persuade...

SAN FRANCISCO.

En sacrificio te ofrezco

Mis sentidos, porque hallen

Un objeto, siendo tuyos,

Que sea tu vista agradable.

DON ANTONIO.

Señor, ayudadme vos,

Porque en mis voces no cabe

Fervor.

CAZADOR.

En fin, ¿no nos sigues?

DOÑA JUANA.

En fin, cruel, ¿me dejaste?

SAN FRANCISCO.

Por sacrificio, repito,

Mi ser te entrego : bien sabes

Que el ansia con que le doy,

Dora lo indigno de darle.

ESCENA VIII.

*Cruza el tablado UN ÁNGEL con una
hacha ardiendo.— DICHOS.*

ÁNGEL.

Ese rayo envia el cielo

En señal de lo aceptable

Que es tu sacrificio. (Vuela.)

DEMONIO.

¡Siempre

Has de vencerme, cobarde!

Huyendo iré, pues consigo

Ménos dolor con dejarte.

(Todas las figuras se hunden, y el tea-
tro se vuelve como estaba.)

—
Campo.

ESCENA IX.

SAN FRANCISCO, DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

¡Válgame Dios, qué prodigio!

En el viento se deshacen

Las sombras que nos cercaban;

Pero ¿qué mucho, si sale

Al opósito tu ruego

A hacer, señor, que se aparten?

SAN FRANCISCO.

Mira lo que á Dios debemos,

Pues nos libra de un combate,

Donde hacian nuestros vicios

La invasion incontrastable.

El medio fué la oracion;

Y si acaso yo me hallase

Con mérito de juzgar

Que en la mia pobre cabe

Fuerza de llegar al cielo,

Te dijera que es tan grande

El poder de la oracion,

Que ese rayo que, flamante

Cometa de luces, iba

En alas de sus celajes

Buscando á esferas las ondas

De la raridad del aire,

Era la misma oracion

Que se hizo á Dios, que al formarse

Del ruego, exhalacion breve,

Imaginado carácter,

Subió al empireo, y allí

Encendida en aquel grande

Pielago de luz, adonde

La esfera del amor arde,

Rayo bajó para alivio;

Porque es cierto que Dios hace

Que el que á él subió solo ruego,

Prodigio y remedio baje.

Antonio, vén : no nos busquen.

DON ANTONIO. (Ap.)

Con cada accion tuya nace

Otro prodigio que pone

A la admiracion mas grande.

ESCENA X.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO.

De una muy alegre nueva

Cuenta, señor, vengo á darte,

Y es que Don Carlos, tu hijo

Y mi Oñate, en Oñate,

Lugar que de aqui se mira,

Queda; y dudando la parte

Por donde vienes, temiendo

Errar la senda, no sale.

SAN FRANCISCO.

Vamos á verle. ¡Ay mi Dios!

Nuevas gracias puedo darte

De ver cuán presto hacer quieres

Que mi deseo se alcance.

DON ANTONIO.

Su virtud atemoriza
Lo indigno del imitarle.

(Vanse.)

Casa de San Francisco, en Oñate.

ESCENA XI.

DON CÁRLOS DE BORJA, mozo;
NUÑO, criados.

NUÑO.

Dame, señor, á besar
Tu excelentísima planta,
Si no es que se me ha perdido,
Después de ausencia tan larga,
El modo como se besa.
¡Carlitos, señor!

DON CÁRLOS.

Levanta,

Nuño, y á mis brazos llega.

NUÑO.

Tú has crecido media vara
Y cinco dedos y medio.

DON CÁRLOS.

La cuenta, ¿de qué la sacas?

NUÑO.

Esto no puede faltar.
Tú há seis años me llegabas,
Salvo el lugar, hasta aquí.
Desde aquí aquí es cosa clara
Que hay cuatro palmos y medio:
Quitados dos que se sacan
De ponlevies, se quedan
En dos y medio: ahora falta
Poner lo que yo he menguado:
Con que, la cuenta ajustada
De lo que has crecido, monta
Lo que dije.

DON CÁRLOS.

¿Y no reparas

Que lo que tú te has bajado
No puede crecerme?

NUÑO.

Calla,

Señor: ¿cuántos hay que suben
Solo de lo que otros bajan?

DON CÁRLOS.

Como mi padre me tuvo
Estudiando hasta ahora, estaba
Desde que murió mi madre,
Fuera, y es esa la causa
De que juzgues que he crecido
Tanto. Mas ¿cómo te tardas
En decirme cómo viene
Mi padre?

NUÑO.

Si no mirara

Que eras su hijo...

DON CÁRLOS.

¿Qué dices?

NUÑO.

Que, vive Dios, que me trata
Como á su criado.

DON CÁRLOS.

Pues ¿qué

Te ha hecho?

NUÑO.

¡Ahí que no es nada!

No querer hacer conmigo
Un milagro, cuando anda
Dándolos por Dios á todos.
Esta pierna tengo mala
De una cox que puso en ella
Una mula que la llaman
La cigüeña, y es porque
Toda ella es pescuezo y zancas;
Y no ha querido sanarme.
Pero dejando las chanzas,
¡Es un pasmo de virtud!

DON CÁRLOS.

¿No me dirás cómo pasa
Los días?

NUÑO.

Muy brevemente

Lo diré, porque se tarda:
No venga y me oiga, porque
Suele gruñir su alabanza.
Lo primero, no se sabe
A qué hora se levanta,
Y es porque hace en la oracion
Que sean las noches mañanas.
Lo cierto es que, según cuenta
Que acá tenemos, no se halla
Que hora cabal noche alguna
La haya tenido en la cama.
Desde las dos, y aun desde ántes,
Hasta las ocho, elevada
Su alma con Dios, en continua
Oracion su celo abraza.
A esta hora comulga siempre;
Y después de dadas gracias,
Cuando no camina, á oír
Leccion de Escritura pasa;
Y hasta las doce, en negocios
Precisos da audiencias varias.
Come luego... Aquí, señor,
Quisiera yo que llamaras
Un paje que de hambre entienda,
Porque su dieta explicara.
Son los mas frecuentes platos
Que sirven á su vianda,
Ejemplos, y lo que come
Es solo por *verbi-gratia*.
En lo que pasa la tarde
Es en visitar las casas
De los pobres, dar limosnas,
Y en conversaciones santas
Con el padre espiritual.
Antes de la noche en casa
Se recoge, y es la cena
El rosario, y dos bien dadas
Disciplinas que á dos manos,
Sin temor de sí, se casca.
Disimula que se acuesta,
Y tiene junto á la cama
Dos colchones bien mullidos,
Que son de pluma de tabla,
Y en ellos el breve rato
Que el preciso feudo paga,
Con la esperanza de que
Durará poco, descansa.
Contarte otros ejercicios,
Mortificaciones raras
Que ejercita, no es posible,
Porque son tales y tantas,
Que ni hallaré voces, ni...

VOCES. (Dentro.)

Apéate presto, aparta.

NUÑO.

Tu padre, señor, es este.

DON CÁRLOS.

Deja que mi boca salga
A ser cariñosa, humilde
Alfombra de sus pisadas.

ESCENA XII.

SAN FRANCISCO, DON ANTONIO, y
CRIADOS. — DON CÁRLOS, NUÑO.
Todos se le arrodillan.

TODOS.

A todos nos da los piés.

DON CÁRLOS.

¡Padre, señor!

SAN FRANCISCO.

¡Prenda amada!

¡Hijo mio!

DON CÁRLOS.

¿Cómo vienes?

SAN FRANCISCO.

Primero que hable palabra,
Todos levantad del suelo:
Mirad que esa es reservada
Ceremonia para Dios;
Y aquel que de Dios la saca,
O ya sea en su conveniencia
O en su respeto, idolatra.

(Levántanse todos.)

TODOS.

¡Qué amor! Qué virtud! Qué agrado!

NUÑO. (Ap.)

¿Qué dirán desto las criadas?
Porque ya no hay sabandija
Que no quiera que en su casa,
Hasta el darles de vestir
Sea con la rodilla hincada.

SAN FRANCISCO.

Cárlos mio, bueno vengo.
Mas, hijo, ¿cómo no abrazas
A tu primo Don Antonio?
Dios, hijo, como él te haga.

DON ANTONIO.

Mi cortedad es indigna
De tanto como la ensalzas.

NUÑO.

Y á mí, señor, ¿no me das
A besar tus piés?

SAN FRANCISCO.

¿Qué causa

A eso te obliga?

NUÑO.

El venir

Sin ellos desta jornada,
Y querer que con los tuyos
Se me socorra esta falta.

DON ANTONIO.

Pues ¿no vienes á caballo?

NUÑO.

¿Venir á caballo llamas
El venir en una mula
Tan amarrida y tan flaca,
Que de una cox que tiró,
Dejó en la pared pegada
Toda la parte que hay
Desde la herradura al anca?

SAN FRANCISCO.

Tus hermanos ¿cómo están,
Mi Cárlos?

DON CÁRLOS.

Con la esperanza

De verte, los sentimientos
De que no te ven engañan.

SAN FRANCISCO.

(Ap. Quedo, pasión; ¿dónde vas?
No prosigas. ¿No reparas
En que mi resolucion
Desautoriza tu instancia?)
Puedo decirte, hijo mio,
Que há mucho que no se halla
Mi corazon tan alegre;
Porque, la causa dejada
De verte, que es de contento
Que dicta el amor al alma,
Alguna otra dicha ofrecen
Unas secretas instancias,
A quien no desacredita
La razon de no haber causa.
Y esta aprension es tan fuerte,
Que parece que...

ESCENA XIII.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO.

Ahora acaba

De llegar aquel criado
Que despachaste á Alemania,

Y desde Roma siguiendo
Viene tus propias jornadas.

SAN FRANCISCO.

(Ap. Mi Dios misericordioso,
¡Con qué piedad que me tratas,
Pues haces que sean tus obras
Abono de mis palabras!)
Saldréle yo á recibir.

ESCENA XIV.

GASPAR, de camino. — Dichos.

GASPAR.

Dichoso quien de tus plantas
La esfera goza.

SAN FRANCISCO.

¡Oh Gaspar!

Más dichosa tu llegada
Será. Dime: ¿cómo vienes?

GASPAR.

Señor, como quien aguarda
Recibir las honras tuyas.

SAN FRANCISCO.

No lo dilates. ¿Traes cartas
Del gran César mi señor?

GASPAR.

En las riberas pobladas
Del Danubio le encontré
En Augusta, que es fundada
Ciudad que ocupa los medios
De la Baviera la alta.

NUÑO. (Ap.)

No dijera yo Baviera
Aunque el lugar me dejara.

GASPAR.

Allí tu pliego leyó,
Y despues de acciones varias
Con que me honró, esta respuesta
Me dió.

(Dale una carta, y San Francisco
la besa, la abre y lee.)

SAN FRANCISCO.

Despues de besada,
La abro, y tiene mi contento
Mi veneracion turbada.

(Lee.) « Ilustre Duque, primo: Con
Gaspar de Villalon recibí vuestra carta;
y aunque la determinacion que
me escribis teneis de trocar lo del
mundo por lo del cielo, es santa, no
se excusa que yo la sienta; mas el
sentimiento no estorbará el daros la
licencia que me pedis, de renunciar
en vuestro hijo Don Carlos el Estado;
que esta yo os la doy: y en dejar á
vuestros hijos me obligais á que yo
mire por ellos. Guie Dios vuestras
determinaciones: y encomendadle
mucho nuestras cosas y las cosas de
la cristiandad en vuestras oraciones.
Augusta, 12 de febrero de 1531.— El
Emperador. »

Mil veces selle mi gozo
Tal nueva, pues otras tantas
Da motivo á la ventura
El aprecio de estimarla.
Y pues ya llegó este dia
Que tanto yo deseaba,
No quiero que ponga pleito
A la dicha la tardanza.

Y así hoy, pública escritura
Siendo mis fieles palabras,
Mi deseo quien la escribe,
Y testigos muestras tantas
Como, habiéndola ya hecho,
Di para ratificarla,
Supliendo otras ceremonias
Que hoy por hoy son excusadas;
Renuncio (escuchadme atentos)

En mi hijo todas cuantas
Grandezas, cuantos estados
Me ha dado la soberana
Mano de Dios, sin que deje
Para mí mas de aquella ansia
Que de haberlos poseído
Siendo indigno, me acompaña.
Y os ruego que le admitais

(Lloran todos.)

Por... Pero ¿qué tiernas ansias
Mi resolucion reciben?

TODOS.

Pues ¿así nos desamparas?

DON CÁRLOS.

Mira que á mi cortedad,
Mas que la subes, la agravia.

SAN FRANCISCO.

No lloreis: no os desampar
(Ap. ¡Ah valor! ¿por qué desmayas,
Llorando paz, vida, cielo,
Por polvo, por muerte y nada?)

NUÑO. (Ap.)

Adios, Nuño: tú te quedas,
De tu amo con la mudanza,
Criado de corregidor
Despues que dejó la vara.
Si no tuviera el oficio
De poeta, ¡bueno quedara!

SAN FRANCISCO.

Yo espero en Dios que mi hijo
Os consolará; y ya dadas,
Carlos, todas estas glorias,
Que son las dichas mundanas,
Escucha, porque te dé
Unas postreras alhajas,
Que la fuerza de ser padre
Se las dictó á mi ignorancia.

NUÑO. (Ap.)

Mas estimará él ahora
La renta que la enseñanza.

DON CÁRLOS.

Dios, señor, ponga en mi oído
La fuerza que en tu palabra.

SAN FRANCISCO.

Carlos, hijo, Dios, que es rey,
De los reyes poderoso,
Dice que será dichoso
El que anduviere en su ley,
Y así, de tu corazon
Todo el lleno ha de ocupar:
Con eso no habrá lugar
Donde entre la sinrazon.

Los vasallos adoptados
Son hijos, y como en frutos
El señor lo es de tributos,
Es dueño de sus cuidados.
Y así (pues no ajó el valor
Ni la grandeza desdijo
Que mandase como á hijo
Quien manda como señor)
Haz que á tu vista y oído
Mas veces hayan llegado
Los requiebros de estimado
Que los ceños de temido.

La igualdad el noble dueño
Sea que en tu gobierno mande:
Ni al grande mires por grande,
Ni al pequeño por pequeño.

Echar el vicio conviene:
En tu Estado no le admite,
Porque es el que le permite
Aun peor que el que le tiene.
En tí, por ser estimada,
La virtud halle acogida,
Y haz que la mas abatida
Sea la mas venerada.
Porque eres mas que otro, advierte
En no tener gloria alguna;
Que os hizo iguales la cuna,

Y os hará iguales la muerte.
Solo feliz, grande, es quien
Supo liberal medir
Al paso del adquirir,
La mano del hacer bien.
Pues que Dios, hijo, te ha dado
Entendimiento cumplido,
Sabe lucir lo entendido
Siempre con lo aconsejado.
No juzgues que toda accion
En tu entendimiento cabe,
Porque es potencia que sabe
Ajarla la presuncion.
Mas nombre de amigo adquiere,
Si en tí la duda se hallare,
El que un defecto culpares,
Que el que á un vicio persuadiere.
Más te podia decir;
Mas todo cuanto hay se encierra
En decirte que eres tierra,
Hijo, y que te has de morir.

DON CÁRLOS.

¿Qué pecho habrá, si ha escuchado
Lo que mi padre ha advertido,
Que lo mas endurecido
No lo vuelva aconsejado?

SAN FRANCISCO.

Dejadme aqui descansar,
Porque á esta naturaleza
Tiene la humana flaqueza
Sin aliento al respirar.

DON CÁRLOS.

La obediencia el responder
Sea, pues, que nos guie el paso.

SAN FRANCISCO.

Pues, hijo, adios, por si acaso
(Abrázale y échale la bendicion.)
Yo no te volviere á ver.

DON CÁRLOS.

¡Padre! Pues ¿cómo?...
DON ANTONIO.

Señor...

TODOS.

¡Qué decis!

SAN FRANCISCO.

Abrazamé.

DON CÁRLOS.

Pues ¿me dejas?

DON ANTONIO.

Pues ¿por qué?...
TODOS.

¡Qué ansia!

DON CÁRLOS.

¡Qué mal!

DON ANTONIO.

¡Qué dolor!

DON CÁRLOS.

Confuso mi corazon
No alienta.

DON ANTONIO.

¡Ay de mí infelice!

DON CÁRLOS. (Ap.)

No sé qué el alma me dice.
SAN FRANCISCO.

(Ap. Presa tengo la razon.)
Salios.

DON ANTONIO.

Señor, los dos
Quisiéramos hoy saber
Qué es esto.

SAN FRANCISCO.

Esto es el hacer

Que no vuelva. Adios, adios.
DON CÁRLOS. (Ap.)

No sé de qué modo aliento.
SAN FRANCISCO. (Ap.)

El dolor pierde el suspiro.

DON ANTONIO. (Ap.)
¡Con qué confusion respiro!

TODOS.
¡Qué ansia! Qué mal! Qué tormento!
(*Entranse todos, y queda el Santo.*)

ESCENA XV.

SAN FRANCISCO.

Mi Dios, ya he restituido
Lo que me disteis: bien creo
Que lo habrá menoscabado
Lo indigno de poseerlo;
Mas para esta cuenta, á toda
La misericordia apelo:
Mal deudor soy, recibid
Lo poco, ántes que sea ménos.
Bien sabeis vos que no solo
Os diera lo que es tan vuestro,
Pero si mio se hallara
Cuanto cubre ese azul velo
Ya en mansiones absolutas,
Ya en coronados preceptos,
Sacrificio vuestro humeara
En las aras de mi afecto.
¡Oh Señor! ¡Y quién supiera
Si acaso llegó al supremo
Dosel de tu aceptacion,
La cortedad de un deseo!

ESCENA XVI.

UN ÁNGEL, *en el aire, cantando invisible.*— SAN FRANCISCO.

ÁNGEL. (Canta.)
*No tan solo ha llegado,
Pero ha dispuesto
Que la Virtud te ofrezca
Tendrás el cielo.*

SAN FRANCISCO.
¿Qué dices, voz; que presagio
Siempre por feliz te tengo?
Mira que es mucho, y que en mucho
Se juzga el anuncio incierto.

ÁNGEL. (Canta.)
*Tu salvacion segura
Lograrás, siendo
El premio anticipado
Dos veces premio.* (Vase.)

ESCENA XVII.

SAN FRANCISCO.

Quien tanto favor alcanza,
No espere ya mas, supuesto
Que ni la imaginacion
Llegará á mas con su anhelo,
Y pues tal dicha consigo,
Muérame ya, pues es cierto
Que á vista de tal favor
Está el vivir muy grosero.
¡No viva mas quien ve, Señor eterno,
De vuestra gran piedad el don inmen-
(Vase.) [so!]

ESCENA XVIII.

LA VIRTUD, EL TIEMPO.

LOS DOS.
«¿No viva mas quien ve, Señor eterno,
De vuestra gran piedad el don inmen-
VIRTUD. [so?]
Tiempo...

TIEMPO.
Virtud...
LOS DOS.
A los dos
Hoy nos arrastra este acento.
VIRTUD.
¡Que ya la vida rehusa!
TIEMPO.
Va así su fin previniendo.
Y si en la vida de un justo
Cualquiera caso es misterio,
Mal hará en no aprovecharse
De aquella voz nuestro acento,
Para decir como ya,
Viéndose en lo pobre absuelto
De aquella deuda en que estaba
Empeñado su sosiego,
Trocó vestido, y...

VIRTUD.
¿Qué dices?
Pues de tan raros portentos,
De tan gloriosas acciones
Y de actos tan perfectos
¿Quieres referir la suma?
¿No conoces, no estás viendo
Que tirando hoy á excusar
Algun reparo indiscreto
En quien no fuera disculpa
El ceñirse al argumento,
Dirian todos, si acaso
Se tomaba el instrumento
De tu relacion, que habia
Con facilísimo medio
A lo cómico buscado
Lo historial el desempeño?

TIEMPO.
Pues ¿cómo ha de ser?
VIRTUD.
¿No eres
Tú el Tiempo?

TIEMPO.
Si.
VIRTUD.
Pues sea haciendo
Moralidad de la propia
Moral figura; y supuesto
Que ejecutoriado puede
Tener el conocimiento
El que una vida es tan breve
Cuando está delante el tiempo,
Que apenas vivir la vimos
Cuando ya morir la vemos,
Con pasarte tú á esta parte,
Se llegarán á oír los ecos
Que, llegada otra edad, dicen
Con mas felices acentos...

ESCENA XIX.

Da EL TIEMPO una vuelta al tablado,
y descúbrese SAN FRANCISCO, mu-
riendo, y PADRES DE LA COMPAÑIA que
le asisten, y él con el hábito de je-
suita: DON ANTONIO, NUÑO, MÚ-
SICA CELESTE, dentro.

MÚSICA. (Dentro.)
Abrid las puertas, abrid,
Principes del claro reino.

TIEMPO.
Esto es robarnos la accion
El mismo caso.

VIRTUD.
Y esto,

Pues Francisco muere, abrirse
Por puertas de luz el cielo.

MÚSICA. (Dentro.)
*Para que entre á gozarle
Francisco en todo lo eterno.*

SAN FRANCISCO.
Adios, hijos, porque ya
Llegó mi hora.

DON ANTONIO.
¿Quién, viendo
A sus ojos tal pesar
Dará salida al aliento?

TIEMPO.
La música celestial
Es dulce estorbo á su acento.

DON ANTONIO.
¡Padre!
SAN FRANCISCO.
En tus manos, Señor,
El espíritu encomiendo.
(*Ha de haber bajado un Jesus por el
alma de San Francisco, que la sube
con música, que no cesa hasta acabar
la comedia.*)

DON ANTONIO.
¡Ya espiró!
NUÑO.
¿Qué triste caso!
¿Cómo se hallará consuelo
Á tanto dolor?

DON ANTONIO.
Mirando
Que esos espíritus bellos
A la gloria le trasladan.
Con eso feliz se ha hecho.

VIRTUD.
Mas felice será cuando
Con milagros y portentos
Le celebren sus virtudes.

TIEMPO.
Mas feliz será si haciendo
Urbano Octavo el exámen
Canónico, en su decreto
Le beatificare.

VIRTUD.
En eso
Mas feliz será, llegando
Aquel venturoso tiempo
En que le canonizare
El grande Clemente Décimo.

TIEMPO.
Y mas feliz...
VIRTUD.
Mas dichoso...
DON ANTONIO.

Mas durable...
NUÑO.
Mas eterno...
TIEMPO.

Si estos triunfos...
VIRTUD.
Si estas fiestas...
DON ANTONIO.

Si estas voces...
NUÑO.
Si estos ecos...
TODOS.

Persuadieren á que ha sido
En la historia de un perfecto
Varon, honrosa disculpa
La devocion de los yerros.

EL FENIX DE ESPAÑA, SAN FRANCISCO DE BORJA,

COMEDIA DEL PADRE DIEGO DE CALLEJA, DE LA COMPAÑIA DE JESUS¹.

PERSONAS.

EL EMPERADOR CARLOS V. SAN FRANCISCO DE BORJA. DON SANCHO, <i>galan</i> . DON ALVARO DE BORJA. CARLOS, <i>bandolero</i> .	DOÑA BEATRIZ, <i>dama</i> . MARCELA, <i>dama</i> . JUANA, <i>criada</i> . INES, <i>criada</i> . CALVETE, <i>gracioso</i> .	EL HERMANO MÁRCOS. UNA LABRADORA VIZ- CAÑA. UN ÁNGEL. EL DEMONIO.	NIÑOS. CRIADOS. MÚSICA. ACOMPAÑAMIENTO. NOVICIOS.—GENTE.
---	--	---	--

La accion pasa cerca de Oñate, en Valladolid y en Roma.

JORNADA PRIMERA.

Bosque á dos leguas de Oñate.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, *de bandido*; DON SANCHO, *galan*; CALVETE, *de camino*.

DON SANCHO.

Mil veces, amigo Carlos,
Me da los brazos.

CÁRLOS.

Mil veces,
Señor Don Sancho, los vuestros
Me honran con lo que me prenden.

DON SANCHO.

¿Cómo estás?

CÁRLOS.

Para servirlos,
Bien que entre trabajos siempre.

DON SANCHO.

¿Te busca el Virey?

CÁRLOS.

Me busca;
Que he dado en ser con vireyes
Mas desgraciado que con
Heródes los inocentes.
El primero que intentó
En Cataluña prenderme
Fué el gran duque de Gandía,
Don Francisco, que hoy suspende
A España con la mudanza
De vida; pues, los laureles
De su sangre y sus estados
Depuestos gloriosamente,
Se entró en una religion
Que nueva al mundo amanece.
Cuentan que la Compañía
De Jesus se llama: aumente
Dios su sagrado instituto;
Pues me dicen que el que tiene,
Es ayudar á salvarnos
En la vida y en la muerte.
Y ya que yo sea tan malo
Que en vida no me aproveche,
Quizás lo habré menester
Para el día en que me cuelguen.

CALVETE.

Dios te oiga.

¹ Creemos que el padre Calleja aprovechó trozos de la comedia de CALDERON, y por eso la damos aquí, á falta de la de este.
Véase en el catálogo el artículo *San Francisco de Borja*.

DON SANCHO.

Con los caballos
Retírate tú, Calvete.

CALVETE.

De muy buena gana, porque
Há ratillo que me vence
Cierta sueño tan mortal,
Que parece de los siete.

(Vase.)

ESCENA II.

DON SANCHO, CÁRLOS.

CÁRLOS.

Pero dejando á una parte
Mis fortunas, ¿qué se ofrece,
Señor Don Sancho, en que pueda
Serviros quien tanto os debe?
La vida es no ménos; pues
En Barcelona, valiente,
De un suplicio amenazado,
La librásteis: y ahora viene
Llamada de vuestro aviso
A este bosque, por si puede
A su dueño, que sois vos,
Restituirse obediente.
Ya me teneis en Vizcaya:
Cuanto de provecho fuere
Mi persona, todo es vuestro.
Nada mandarme recele
Quien, si me pide la vida,
Cobra lo que se le debe.

DON SANCHO.

¿Trajiste los camaradas
Que te avisé?

CÁRLOS.

En diferentes
Cuadrillas, por todo el bosque
Disimulados se extienden.

DON SANCHO.

¿Quién los acaudilla?

CÁRLOS.

Yo;
Y mientras estoy ausente,
Cierta catalan hechizo,
Beldad tratable, que viene
En airosos disimulos
Favoreciendo á quien vence.

DON SANCHO.

Pues ya que pueden mis ansias
Desahogarse libremente,
Carlos, ¿sois mi amigo?

CÁRLOS.

Nada

Por vos habrá que no arriesgue.

DON SANCHO.

Cuando me vieras morir,
¿Qué hicieras?

CÁRLOS.

Dar yo mil veces
Mi vida por vuestra vida.

DON SANCHO.

Pues esa estriba en la muerte
De un hombre.

CÁRLOS.

Que mueran cuantos
Os agravian.

DON SANCHO.

¿Y si fuese
Tambien enemigo tuyo?

CÁRLOS.

Mejor que mejor.

DON SANCHO.

Atiende.

Si al dictámen de mis ansias²
Hubiera de resolverse
Aquella cuestion, de cuál
Amante es quien mas padece,
O aquel que sufre olvidado
O el que aborrecido siente,
¿Qué presto; ay de mí! al olvido
Coronara de laureles!
Pues há dos años que adoro
De un ángel, no los desdenes,
(Que á merecer yo sus iras,
¿Qué le faltaba á mi suerte?)
Sus olvidos si: tan mudo
Ha estado en mi pecho siempre
Este, no amor, sino monstruo
De amor, pues de diferentes
Naturalezas compuesto,
Ni sé si hiela ó enciende
Mi corazón, que volcan
Arde entre llamas de nieve.
Si me atreviera á decir,
O bien loco ó mal prudente
(Pues en delirios tan sabios
No hay yerro que no se acierte,
Ni en tan cuerdos frenesies
Acierto que no se yerre),
Que mi amor, cuantos la fama
Celebra finos, excede;
No me atrevo á mucho, pues
La causa á exceder se atreve
Cuantas beldades celebran
Las plumas y los pinceles.
Mienten los rayos del sol,
Si presumidos dijeren

² Este romance parece enteramente de CALDERON.

Que de sus luces sus ojos,
Negros bozales, aprenden
A lucir... Mas ¡ay de mí!
Tampoco otros rayos mienten,
Si dicen que estudian dellos
La violencia con que hieren.
Mi prima Doña Beatriz
Enriquez, que por la muerte
De su padre el marquésado
Hoy de Alcañices posee,
Es el respetado templo,
De cuyas nobles paredes
Los hierros de mi cadena,
Bien como milagros, penden.
Ya os oigo el dificultar
La razón de no atreverme
A declararla mi amor
A mi prima, mayormente
Cuando por tan deudo suyo
Vivo desde mis niñeces
En su casa; pues sus padres
Con mira á que no anduviesen,
Pobre yo y pariente suyo,
Ajados indignamente
Sus blasones, me acogieron,
Ni bien criado ni huésped,
Pasando plaza de hospicio
Lo que fué en sustancia albergue.
Bien desta razón la duda
Pudiera satisfacerse
Con que el ser pobre es mordaza
Que al mas discreto enmudece;
Pero no es esa la causa
De mi silencio: ¡cuál debe
De ser ¡ay Dios! pues con ella
No es ser pobre, inconveniente!
Con que dejando esta parte,
Paso á la que me detiene.
Muerto mi tío el Marqués,
Por mas cercano pariente
Se encargó de la tutela
De Beatriz, mientras cumplierse
Su edad pupilar, el duque
De Gandia, español fénix,
Que de imperiales cenizas
Segunda vida establece.
Trataba entónces el Duque
De dejar, como lo tiene
Ejecutado, del mundo
Vanidades y ativeces,
Trocando en la humilde ropa
De la Compañía el siempre
Heróico blason de tantos
Generosos ascendientes,
Que aun de coronas reales
Se ciñó alguno las sienes.
A este efecto era su casa
Frecuentada comunmente
De hijos de su religion,
Cuya virtud... Pero cese
Su alabanza: que en mis labios
No poco á lisonja huele¹;
Pues no sé qué oculto hechizo
Me obliga á que los venere
Tan poco libre, que el alma
Su mismo afecto no entiende.
Fuese el trato de los padres,
Del Duque el ejemplo fuese,
Al fin mi prima creció
Tan escrupulosamente
Devota, y con tal recato
En sus acciones procede,

¹ Aquí no habla Don Sancho, sino el poeta: ¿qué poeta es este? No debe ser el Padre Calleja, porque en él, siendo jesuita, no sería lisonja el alabar á la Compañía, sino obligación, interés, ó espíritu de cuerpo; en CALDERON, si, podría parecer lisonja, porque habia sido discípulo de los Padres, y acaso escribió esta comedia cuando solo hacia dos años que habia sido premiado en el certámen abierto por sus maestros para celebrar la canonización de San Ignacio y San Francisco Javier.

Que no saben sus oídos
Aun la plática mas leve
Sufrir de amores profanos;
Y en tanto extremo le ofenden,
Que levisimos descuidos
La he visto severamente
Castigar en su familia:
Ved pues, ¡qué apelacion puede
Hallar mi amor, que á otros medios
Cerrada la puerta tiene,
En los obsequios comunes
De ansias, finezas, papeles,
Con que amantes desvalidos
Sobornar la piedad suelen!
Tal vez, que, haciéndose sordo
A tantos inconvenientes,
Quiere mi amor declararse,
Necio y restado en perderse,
Un mal entendido miedo
Me embarga la voz; de suerte
Que si no es en ayes mudos,
No me permite que aliente.
En este estado me hallaba,
Padeciendo los desdenes
Del amor y la fortuna,
Dos verdugos tan crueles,
Que atormentan solo á fin
De que calle el delincuente;
Cuando los celos ¡ay Dios!
Vinieron á que entendiese
Que no hay mal donde no hay celos;
Y en el triste que padece,
A trueque de que ellos falten,
Todos los males son bienes.
Don Alvaro, hijo del duque
De Gandia, que prenderte,
Siendo su padre virey,
Ya sagaz y ya valiente,
Intentó por tantos medios,
Es el dichoso que tiene
Tan cerca su casamiento
Con Beatriz, que solamente
Esperan á que en el deudo
El Pontífice dispense.
Yo, que en mis males tenia
Sobrada causa á una muerte,
No del todo tan forzosa
Que no fuese contingente,
Por las ciegas esperanzas
Que soñarse un triste suele;
A vista ya de mis celos,
¿Qué remedio habrá que espere,
Qué mal á que no me exponga,
Qué despecho que no intente?
Yo me muero, amigo Carlos;
Y el corazon que padece,
Pienso que para librarme
Quiere de una vez perderme.
Pues piérdame de una vez,
Y alivíeme tantas veces
Cuantas de mis pensamientos
Me librare desta suerte.
Muera Don Alvaro, amigo;
Que aunque él no intenta ofenderme,
El que de celos me mata
Sobrada culpa comete,
Y mas en tribunal donde
Celos y envidia son jueces.
A visitar á su padre
Mañana dicen que viene,
Cerca de Oñate, á una ermita,
En cuyo devoto albergue,
Dos leguas de aqui distante,
Habita tan pobremente,
Humilde y mortificado,
Que ya de sus excelentes
Virtudes, por toda España
Nobles fragancias se extienden.
Beatriz, que de sus virtudes
Tantas experiencias tiene,
A consultar no sé qué
Devocion, tambien á verle

Viene hoy con su familia,
Donde es fuerza que se encuentren
Alvaro y Beatriz. ¡Oh nunca
Lo quiera amor, si no quiere
Que la nube de mis celos
Rayos de enojo reviente!
De tu resolucion, Carlos,
Toda mi vida depende.
Tu enemigo es mi enemigo;
Yo he de morir si él no muere.
Yo no puedo por mí mismo
Matarle, porque se pierden
De una vez las esperanzas
De mi triste amor; tú eres,
Por mas desimaginado,
Quien solo aliviarme puede.
Restitúyeme la vida,
No, Carlos, la que me debes,
La mia sí, que á las manos
De ajenas dichas fallece.
Y si á ti ó á otro mi intento
Fiereza le pareciere,
Tome mi dolor, verémos
Si lo piensa mas prudente.

CÁRLOS.

Por cierto, yo estoy quejoso,
Señor Don Sancho, de vos,
Y me pesa, vive Dios,
Veros tan ceremonioso.
Para decirme: «Al momento
Este hombre habeis de matarme»,
¿Qué es menester enterarme
Tan por menudo del cuento?
Digo, señor, que os prometo
Matarle, y que al punto iré,
Y si es menester traeré
Testimonio del efeto.

DON SANCHO.

Amigo...

CÁRLOS.

Que no hay que andar
En cumplimientos conmigo.

DON SANCHO.

Mi pecho...

CÁRLOS.

Por un amigo
Me dejaré yo ahorcar:
Fuera de que son premisas
Que esto á Don Alvaro cuadre,
Y vaya luego á su padre
Que se lo diga de misas.

DON SANCHO.

Mi amor rendido...

CÁRLOS.

Ya veo
Que estáis muy enamorado,
Y os falta de confiado
Lo que os sobra de deseo.
El camino de Castilla
¿No ha de traer?

DON SANCHO.

Y con gente
Vendrá.

CÁRLOS.

Que no es tan valiente:
Yo tambien llevo cuadrilla.
Idos al instante vos.
¿Y ese criado?...

DON SANCHO.

Es secreto.

CÁRLOS.

Dígolo, porque en efeto
Es picaro. Adios.

DON SANCHO.

Adios.

(Vase Carlos.)

Como celoso me irritó,

No veo mi sinrazon.
 ¿Qué violenta es mi pasion,
 Pues obra mal sin delito!
 Pero la senda he perdido
 Del bosque. ¡Inculca maleza!
 Todo mi pecho es tristeza.
 ¡Calvete! ¿Si se ha dormido?
 ¿Qué soledad! Cuanto toco,
 Mas horrores me renueva.

ESCENA III.

CALVETE.—DON SANCHO.

CALVETE.

¡Señor, señor! que me lleva
 El diablo.

DON SANCHO.

Detente, loco.

CALVETE.

¡Jesus, Jesus, qué modorra!

DON SANCHO.

¿De qué te asustas, Calvete?

CALVETE.

De que te soñé bonete,
 Y te vuelvo á encontrar gorra.

DON SANCHO.

¿Estás borracho?

CALVETE.

Y lo infiero

De mi susto demasiado;
 Que ser el sueño pesado
 Es de cargar delantero.
 ¿Y Carlos? ¿Qué pretendia?

DON SANCHO.

Travesuras tuyas son.
 En no sé qué pretension
 Que le ayudase queria.
 ¿Qué soñabas?

CALVETE.

Mil quimeras.

Soñaba que Bercebú
 A él le llevaba, y que tú
 De la Compañía eras.
 Mira; qué mas desatino
 Pudo el diablo haber pensado,
 Que hacerle á él condenado
 Por hacerte a ti teatino!

DON SANCHO. (Ap.)

¿Qué de veces; ay de mí!
 Lucha con mi pensamiento
 Este religioso intento!
 Pero es vano frenesí.
 Alvaro muera, por mas
 Que me intente reprender,
 Pues tan fácil me ha de ser
 Matarle.

ESCENA IV.

UNA LABRADORA VIZCAÍNA, y
 despues, UN NIÑO.—DICHOS.

LABRADORA. (Dentro.)

No matarás.

DON SANCHO.

¿Qué es esto?

CALVETE.

Una vizcaína,

Que á un muchacho le dió un grito.

DON SANCHO.

(Ap. Todo le asusta al delito.)
 A nosotros se encamina.

Pon los caballos, y guía
 A la ermita. (Ap. ¡Ay corazón!

¿Dónde hallará mi afliccion
 Descanso?)
 (Sale la Labradora vizcaína con el niño
 de la mano.)

LABRADORA.

En la Compañía

Doctrinas aprenderás,
 Juanchos, ó te he de moler.
 Santos Duques dijo ayer:
 «El quintos no matarás.»

DON SANCHO. (Ap.)

De un casual accidente
 Locura es formar agüeros.

LABRADORA.

Bendigas Dios, caballeros.

CALVETE.

¿Dónde va la buena gente?

LABRADORA.

A ermitas de Oñates vas,
 Donde padre Borja esperas,
 Que aunque duque en cortes eras,
 Muchísimo santo estás.
 Enseñas las oraciones,
 Y sabiendos á quien hallas,
 Das rosarios y medallas.

NIÑO.

Y con cañas coscorriones.

LABRADORA.

Tambien á los pueblos sales
 Y riñes mucho el pecar,
 Y luego vas á posar
 Con pobres en hospitales.
 Ayunas y azotas mucho,
 Y en obras que tienes nuevas,
 Tierra y agua á cuestras llevas.

DON SANCHO. (Ap.)

¡Cielos! Todo esto que escucho,
 Obra es de vuestra grandeza,
 Porque al vernos acusados,
 No tengan nuestros pecados
 Excusa en nuestra flaqueza.

LABRADORA.

Emperador y señores
 Vienes hoy á verle, y vamos,
 Pues mucho há que deseamos
 El ver cara á Emperadores.

DON SANCHO.

¿Que á verle viene?

CALVETE.

¿Qué espanto

Esto te causa? ¿Es, señor,
 Mucho que un emperador
 Venga á ver á un padre santo?

DON SANCHO.

Fué en el siglo su privanza
 Justo premio de su celo.
 (Ap. Esto que estorbe, recelo,
 El logro de mi esperanza.)

LABRADORA.

Con que licencias nos das,
 Nos vamos.—Juanchos, caminas.
 Andas y dices doctrinas.

ELLA Y EL NIÑO.

El quintos, no matarás.

(Vanse.)

DON SANCHO. (Ap.)

Mudas aldabas han sido
 Estas voces, que en su calma
 Me están despertando el alma
 Por las puertas del oído.

CALVETE.

Vamos á montar, señor.

¿Qué llevas? Démonos priesa;

Que llegará la Marquesa
 Primero que tú.

DON SANCHO. (Ap.)

¡Ay, amor,

Y cuántas tragedias diste
 De horror y melancolia,
 Que representar al dia
 En el corazon de un triste!

(Vanse.)

Vista exterior de la ermita de Oñate.

ESCENA V.

DON ÁLVARO DE BORJA y UN CRIA-
 DO, de camino, EL HERMANO MAR-
 COS.

MÁRCOS.

Muy bien venido á esta casa,
 Señor Don Alvaro, sea
 Vueseñoría.

DON ÁLVARO.

No es mucho,

Mi hermano Márcos, que venga
 Con bien á esta casa, donde
 Mi mayor dicha se encierra.

MÁRCOS.

Pues perdonará, señor,
 Las faltas que hallare en ella,
 Porque hasta mañana no
 Le esperábamos.

DON ÁLVARO.

Fué fuerza

Adelantarme, sabiendo
 Que el Emperador desea
 Ver á mi padre; y como hoy
 Pasa de Oñate tan cerca
 Su Majestad, he querido
 Prevenir la contingencia.
 Tambien supe que mi prima
 Hoy viene á verle, y hiciera
 A mi sangre y á mi amor
 Dos desaires en no verla.
 ¿Cómo está mi padre?

MÁRCOS.

Santo.

Tenemos en su modestia
 Un vivo ejemplo de aquellos
 Antiguos anacoretas
 Que en Egipto y en Tebaida
 Libros devotos nos cuentan.
 Su oracion casi es continua,
 Y el rato que della cesa,
 Pide á Dios con lo que obra
 Aun mas que con lo que ruega.
 Desde media noche está,
 Postrado el pecho por tierra,
 Orando, hasta que á las cuatro
 La comunidad despierta
 A oracion, y otras dos horas
 La prosigue, estando en ella
 Con fervor de quien la acaba
 Y ansias de quien la comienza.
 Sus penitencias son tales
 Y tantas, que la obediencia
 Me ha hecho á mi su superior
 Para que se las detenga,
 Porque no acabe su vida:
 Y no en vano lo recela,
 Pues os prometo, señor,
 Que de aquella gentileza
 Y antigua robustez suya,
 No tiene ni la apariencia.
 Tan flaco está, que tal vez
 Que aplicarle ha sido fuerza
 Yo mismo unas medicinas,
 Por sus continuas dolencias,
 Le he visto que sobre el pecho,
 Ya en arrugas y ya en vueltas,

Mas de media vara dobla
De piel amarilla y seca.
Su humildad no la crerá
Sino es quien la experimenta.
Para este cuarto que hacemos,
Tierra por si mesmo lleva;
Friegas y barre en la cocina,
Y ajustado á nuestras reglas,
Al hermano mas humilde
Como á superior respeta.
Del amor que con los hijos
Puso la naturaleza,
Vive ya tan olvidado,
Que en la dispensacion vuestra
Hablándose cierto dia,
Le pedi que interpusiera
Su autoridad con el Papa,
Que tanto estima sus prendas;
Y solo me dijo: « Dios
Hará lo que mas convenga.
¿Qué hay en mi hijo mas que en otro
Para que le favorezca? »
Y en fin, descender á cosas
Particulares, que muestran
De sus heróicas virtudes
La perfeccion grande, fuera
No acabar nunca; y yo espero
En Dios que esta planta tierna
De la Compañía, tanto
Al abrigo suyo crezca,
Que hasta el indio mas remoto
Sus hermosas ramas tienda.

VOCES. (Dentro.)

Pára, pára.

DON ÁLVARO.

Este es el coche

De mi prima.

MÁRCOS.

A que prevenga

Lo forzoso á su hospedaje,
Me daréis, señor, licencia.

DON ÁLVARO.

Adios, y haced que mi padre
Que habemos venido sepa.

MÁRCOS.

Hora es de que esté en la obra
Trabajando. (Vase.)

DON ÁLVARO.

¿Habrá quien crea

Tan alta humildad de un hombre
Criado en tanta grandeza?

ESCENA VI.

DOÑA BEATRIZ, *honestamente vestida*; JUANA, INES.—DON ÁLVARO,
UN CRIADO.

INES. (Ap. á Juana.)

Parece que no ha llegado
Don Sancho.

JUANA.

Que nunca venga,

Si ha de ser á entristecerlo
Todo.

INES.

Extraña tristeza

De unos dias á esta parte
Le ha dado.

JUANA.

No hay quien le entienda.

Escrupulosa nuestra ama,
Y él triste, por cierto, ¡buenas
Dos figuras hay en casa
Para alegrar una fiesta!

DOÑA BEATRIZ.

¡Gracias á Dios que me veo
En la compañía, y llega

Mi alma donde en el padre
Francisco de Borja tenga
Tantas virtudes que imite
En su ejemplo!

DON ÁLVARO.

Vuecelencia

Sea bien venida á hacer
Dos dichosos que la esperan.
Uno es mi padre, que tanto
De sus visitas se alegra:
Debe de ser porque estudia
Muchas virtudes en ellas.
Otro soy yo, que esperando
Sufro unas horas eternas;
Porque como los amantes,
Mal aritméticos, cuentan
La dilacion de sus dichas,
No en vano mi amor se queja
De que en dos instantes, há
Mas de mil siglos que espera.

JUANA. (Ap. á Ines.)

¿Qué apostamos que responde:
«Dios os pague la fineza?»

DOÑA BEATRIZ.

Aunque es preciso, señor
Don Alvaro, que agradezca
Vuestra atencion quien se halla
Indigna de merecerla,
Tambien os estimaria
Que á cierta súplica, puesta
En las capitulaciones,
Mas puntual estuvierais.
Por ruego mas que por pacto,
Pedi á la cordura vuestra
Que el agasajo omitiese
De las públicas finezas,
Mientras la dispensacion
Otorgada no viniera.
No fué ménos que del Duque
Mi señor esta advertencia;
Que su espiritu es de todas
Mis resoluciones regla.

DON ÁLVARO.

Hallarme acaso en la ermita,
Y esperar á que vinierais
Para besaros la mano,
No es galanteo, que es deuda,
Y excusa de obligaciones
Que por mi sangre me empeñan,
No debisteis de pedirla;
Que no pude yo ofrecerla.

DOÑA BEATRIZ.

Otra cosa he de pedirlos.

DON ÁLVARO.

¿Pues no sabeis mi obediencia?

INES. (Ap. á Juana.)

¿Qué le pedirá?

JUANA.

Que rece

Algunos salmos á medias.

ESCENA VII.

CÁRLOS; MARCELA, *de corto y con mantellina, los dos entre unas matas.*
—DICHOS.

CÁRLOS. (Ap. á Marcela.)

Párate; que á quien buscamos
Hemos hallado, Marcela.

MARCELA.

¿Te conoce?

CÁRLOS.

No.

MARCELA.

Ventura

Fué que en la primera venta

Nos dijese como habia
Pasado ya.

CÁRLOS.

La Marquesa

Es sin duda con quien habla.

MARCELA.

Pues en viendo ocasion, muera
Yo me retiro á la entrada
Deste bosque, donde esperan
Los camaradas de escolta.
Y ¿oyes, Carlos? ojo alerta,
Y menear muy bien las tabas;
Pues mira que si te pescan,
Te ha de hacer aire el bederre.
Y otro mas; que como cerca
Tenemos á los teatinos,
Si acaso colgarte intentan,
Por falta de quien predique
No se quedará la fiesta.

CÁRLOS.

Mátele yo una por una,
Y lo que viniere venga.

(Vase Marcela.)

ESCENA VIII.

DON SANCHO, *entre unas matas, á otro lado.* — DOÑA BEATRIZ, DON ÁLVARO, EL CRIADO, JUANA, INES, CÁRLOS, *oculto.*

DON SANCHO. (Ap.)

¡Alvaro y Beatriz! Sin duda
Que fué la noticia incierta
De que esta mañana no
Habia de venir. ¡Qué pena!
Volcanes respira el pecho.
Miente mil veces quien piensa
Que las iras de un celoso
De su albedrio dependan.
Estoy por ir y perderme
De una vez.

CÁRLOS. (Ap.)

Si su Excelencia

No se aparta presto, estoy
Por tirarle junto á ella.

DON ÁLVARO.

En fin, ¿quereis que no os hable
Como amante?

DOÑA BEATRIZ.

Sola esa

Merced os pido, señor.
Debajo de la tutela
Me crié de vuestro padre,
Donde aprendi cuánto intenta,
Para introducirse el vicio,
Honestarse de apariencias.
Llamarse galanterias
No excusa que culpas sean
Los delirios de un amor,
Que cuando ménos, arriesgan.
Pues ¿es bien que el santo yugo
Que nuestros cuellos esperan,
Se le ofrezcamos á Dios
Manchado con sus ofensas?
No es poco lo que se vence
Mi pecho con vuestra ausencia;
Pues ¿por qué los agasajos
Han de añadirle otra guerra?
Ni vale decir que el uso
De semejantes finezas
Las hace lícitas, pues
Mi temor no las condera
Porque ya sean delitos,
Sino es porque los fomentan.

DON SANCHO. (Ap.)

Aun el alivio de oirla
Mi desdicha no me deja.

DON ÁLVARO.

Palabra de obedeceros
Os doy, tanto, que parezca
Que aun mis ojos al olvido
Le han hurtado las tibiezas.

INES. (Ap. á Juana.)

Que no haya amores pretende.

JUANA.

Esta mujer ¿en qué piensa?

INES.

Es espíritu.

JUANA.

Es melindre,
Capricho, locura y tema,
Si ya no es querer sacar
De su quicio las comedias.

DOÑA BEATRIZ.

El Duque mi señor viene.

DON ÁLVARO.

¡Qué humildad!

DOÑA BEATRIZ.

¡Rara modestia!

DON SANCHO. (Ap.)

Yo me despeño, fortuna.

CÁRLOS. (Ap.)

Ya me talta la paciencia.

(Empuña Don Sancho, y Cárlos quiere
tirar, y suspéndense viendo al Santo,
que sale, cenida la ropa con las man-
gas, un cubo en una mano y una es-
puerta de tierra en la otra.)

ESCENA IX.

SAN FRANCISCO DE BORJA.—DICHOS.

SAN FRANCISCO.

A vuestra sabiduría
Gracias, Señor, doy inmensas
De verme como merecen
Mis culpas, como una bestia,
Como un brutillo de carga.
¡Qué venturosa tarea!
En la Compañía sí
Que conocen mis miserias.

CÁRLOS. (Ap.)

¡El corazón se me ha muerto!

DON SANCHO. (Ap.)

¡Muda estatua soy de piedra!

DON ÁLVARO. (Ap.)

No me deja hablar el llanto.

DOÑA BEATRIZ.

Déme á besar Vuecelencia
La mano.

DON ÁLVARO.

A tus piés, señor...

SAN FRANCISCO.

¡Jesus, Jesus! ¿Quién dijera
Que habian de estar al paso?
Hijos, Alvaro, Marquesa,
Levantáos. (Ap. ¡Valgame Dios!

¡Y cómo que son cautelas
Del enemigo traidor!
¿Qué harías con la grandeza,
Si de la misma humildad
Me fabricas la soberbia?)
¿No os levantáis?

DOÑA BEATRIZ.

Sin lograr

Esta dicha, mal lo esperas.

DON ÁLVARO.

Vuestra bendicion pedimos.

T. XIV.

SAN FRANCISCO.

Sea muy enhorabuena.
(Suelta la espuerta y el cubo, y bendice
á los novios.)

Dios á entrambos os bendiga;
Y espero de su clemencia
Que el yugo que ya os aguarda
Muy de su servicio sea.

DON SANCHO. (Ap.)

¡Ay de mí, cielos!

CÁRLOS. (Ap.)

Confieso
Que su presencia me hiela.

SAN FRANCISCO.

Vuestro impedimento ya
Le ha dispensado la Iglesia.
Muy presto vendrá el aviso,
Yo lo sé por cosa cierta.

DON SANCHO. (Ap.)

Si contra el cielo se atreven
Mis pensamientos, ¿qué esperan?

CÁRLOS. (Ap.)

Más puede conmigo santo,
De lo que virey pudiera.

DON ÁLVARO.

De tal nueva os doy las gracias.

SAN FRANCISCO.

A Dios se las dad...— Y á cuenta
Tambien de que os ha librado
Hoy de un riesgo, en que murierais,
Si no os hubiera librado
Su altísima providencia.

DON SANCHO. (Ap.)

¡Qué es lo que oigo! Mi traicion
Ya está ¡ay de mí! descubierta.

CÁRLOS. (Ap.)

Ni aun aliento me ha quedado
Para huir de su presencia.

DON SANCHO. (Ap.)

¡Oh quién avisar á Cárlos
Desta novedad pudiera!

CÁRLOS. (Ap.)

Queden hasta mejor tiempo
Todas mis iras suspensas. (Vase.)

DON SANCHO. (Ap.)

Parece que está empeñado
El cielo en que yo padezca. (Vase.)
(Vuelve el Santo á tomar la espuerta y
el cubo.)

ESCENA X.

EL HERMANO MÁRCOS, con una carta,
y CALVETE, apresurado. — SAN
FRANCISCO, DOÑA BEATRIZ, DON
ÁLVARO, JUANA, INES, UN CRIA-
DO.

MÁRCOS.

Ahora de Roma un correo
Llega con cartas.

CALVETE.

Y buenas,
Porque con grande ansia está
Pidiendo que se las pela
No sé qué albricias.— Mas ¡oigan!
¡Por Dios, que está su Excelencia
Bravo peon de albañil!

MÁRCOS.

De su Santidad es esta:
(Dale la carta al Santo, el cual lee
para sí.)

Veamos qué es lo que dice.

Lea vuesa reverencia,
Y diga si es bien el darle
Pésames ó norabuenas.

DON ÁLVARO.

De la dispensacion, ¿dice
Algo?

MÁRCOS.

Tambien viene en ella.

CALVETE.

Si la dispensacion viene,
¡Bravas albricias me esperan
De la Marquesa!

JUANA.

Un rosario
Te rezará por las nuevas.

CALVETE.

¿Piensas, Juana, que sería
Dáviva de poca cuenta?

SAN FRANCISCO.

(Habiendo leído la carta.)

¡Valgame Dios! Pues, Señor,
¿Otro castigo no hubiera
Que dar á este pecador?
¡Capelo á mí!

CALVETE.

¡Santa Tecla!

SAN FRANCISCO.

¡Yo cardenal!

DOÑA BEATRIZ.

¡Vos, Señor!

DON ÁLVARO.

Pues deso ¿tanto te pesa?
¿No es lustre para tu casa?

DOÑA BEATRIZ.

¿No es servicio de la Iglesia?

SAN FRANCISCO.

Hijos, no para que ciegue
Me estéis dorando la venda;
Que aunque es verdad que agradezco
Al Papa honra tan suprema,
La Compañía no admite
Estas dignidades; fuera
De que yo me hallo por mí
Incapaz de merecerla.
¡Cardenal yo!

JUANA.

Allí le duele.

CALVETE.

Pues digo, ¿qué mas hiciera,
A tener de una pedrada
El cardenal en la pierna?

SAN FRANCISCO.

Esa púrpura, Señor,
Dejo por vos, y quisiera
Que la de mi sangre fuera
Vertida por vuestro amor.
Vergüenza en mí su color,
Y no estimacion sería;
Pues muy mal parecería,
Aun al lustre de mis venas,
Mendigar horas ajenas
Cuando he dejado la mia.—

(A Don Alvaro y Doña Beatriz.)

Vuestra dispensacion viene
Concedida aquí: á la iglesia
Id al punto á darle gracias
Muy de espacio á Dios por ella.
(Hablan el hermano Márcos y el Santo.)

DON ÁLVARO.

Yo, señora, el parabien
Solo recibir debiera,
Pues sola es mia la dicha.

DOÑA BEATRIZ.

No tan sola, que no tenga

Mi ventura mas accion,
Señor, á las norabuénas.

DON ÁLVARO.

Muy cortesana codicia
Me ha parecido la vuestra.

DOÑA BEATRIZ.

¿Por qué, señor?

DON ÁLVARO.

Porque hurtais

La dicha á quien no le pesa.
(*Vanse los novios.*)

CALVETE.

¿No reparas con el tiento
Que los novios se requiebran?

JUANA.

Y aun pienso que por huir
Tan graciosa impertinencia,
En la primera jornada
Los ha casado el poeta.

(*Vanse los criados.*)

ESCENA XI.

SAN FRANCISCO, EL HERMANO
MÁRCOS.

MÁRCOS.

Padre, aunque junta se ve
Mucha gente vizcaína,
Hoy no puede haber doctrina.

SAN FRANCISCO.

Dios le haga santo. ¿Por qué?

MÁRCOS.

Porque á instantes esperamos
Que el Emperador, que pasa
Á Flándes, llegue á esta casa;
Y no es bien le recibamos
Así, porque atribuirán
Muchos de su compañía
El recibo á hipocresía.

SAN FRANCISCO.

¿Luego teme el qué dirán?

MÁRCOS.

Y no faltará quien gruña
La caña.

SAN FRANCISCO.

Pues ¿eso extraña?

Mas estimo yo la caña
Que el baston de Cataluña.
Cuando con ella en la mano
De hombres y niños me veo
Cercado, entónces me creo
Príncipe mas soberano.
Si guerra el cielo y la tierra
Traen, va allí mi desvelo,
Como embajador del cielo,
A dar ajuste á esta guerra.
Como entónces Dios me ha dado
Sus veces, soy su virey;
Y amonestando su ley,
Soy consejero de estado.
A ser capitán me obligo
General en este empeño,
Pues allí á vencer enseño
Las armas del enemigo.
Y en esta guerra, el pendon
Es bandera, y al seguilla,
Trompeta es la campanilla
Que me esfuerza el corazón.
Pues decid: ¿trae algun rey
Quien sea con dicha igual,
Consejero, general,
Embajador y virey?
Y en efecto, hermano mio,
Cristo nuestro adalid es:
De su compañía somos,
Hagamos lo que hizo él.

Su ley á enseñarnos vino:
Pues enseñemos su ley.
Y no hay de humanos respetos
Que hacer caso: ¿para qué?
El mundo es ciego, y los ciegos
Que todo está obscuro crén.
Fuera de que Carlos Quinto,
Mi señor, muy cuerdo es:
No haya miedo, hermano Márcos,
Que se ofenda de que esté
Ocupado un religioso
En lo que le toca hacer.
Los dos nos comunicamos
Cierta día (á solas fué)
Que habíamos deste mundo
Hollar la loca altivez.
Yo he empezado ya á cumplir
Mi palabra, mal que bien;
En su Majestad no es tarde:
No me maravillo; que
Son cadenas tan de oro
Difíciles de romper.
Déme la caña, y los niños
Al punto llame.

MÁRCOS.

(*Ap.* ¡Este es

En un príncipe notable
Fervor!) Voy á obedecer.

(*Dale al Santo el manto y una caña,
y vase.*)

SAN FRANCISCO.

Mas la estimo que su cetro
El mas ambicioso rey.

ESCENA XII.

NIÑOS, GENTE.— SAN FRANCISCO.

NIÑOS.

Alabado sea el Señor.

SAN FRANCISCO.

Vengan, mis hijos, con bien.

¿Quién se ha de persignar?

NIÑO 1.º

Yo.

NIÑO 2.º

No, Padre; que no sabe él.

SAN FRANCISCO.

Pues ¿cómo acusa á su hermano?

NIÑO 2.º

Que no es mi hermano, que es
Mi vecino.

SAN FRANCISCO.

Luego ellos

¿No son prójimos también?

NIÑO 2.º

No, Padre, sino vecinos.

SAN FRANCISCO.

¿Qué graciosa sencillez!

ESCENA XIII.

EL EMPERADOR CARLOS V, DON
ÁLVARO, DOÑA BEATRIZ, INES
Y JUANA, que se quedan retirados
de— SAN FRANCISCO, LOS NIÑOS Y
GENTE.

EMPERADOR.

La priesa de mi viaje
No me permitirá ser
Padrino de vuestras bodas,
De que os doy el parabien.

DON ÁLVARO.

Para dicha nuestra basta,
Señor, besar vuestros piés.

DOÑA BEATRIZ.

En ellos logra su suerte
Nuestra fortuna.

EMPERADOR.

Por ver

Solo á vuestro padre vengo.
(*Ap.* Antes que yo cumplió, á fe,
Lo que nos comunicamos.)
¿Válgame Dios! ¿No es aquel?

DON ÁLVARO.

Si, señor.

EMPERADOR.

El corazón

Se me ha enternecido al ver
Esta tan grande humildad.
Dejadle, no le llameis.
El no sabe quién le escucha:
Y pues se deja entender
Desde aquí lo que predica,
Llegadme una silla, oiré,
Sin ir mezclado en respetos,
El desengaño una vez.
Sentáos, Marquesa.

(*Siéntanse todos.*)

DOÑA BEATRIZ. (*Ap.* á ella.)

No hables,

Juana, atiende.

JUANA.

Ya yo sé

La doctrina; que mi abuelo
Me la enseñó en mi niñez.

INES. (*Ap.*)

Por cierto, ¡muy linda holgura!

JUANA. (*Ap.*)

¿Para eso el traernos fué?
Bercebú lleve la vida
Que acá viniere otra vez.

SAN FRANCISCO.

Veamos si se han olvidado
De lo que les dije ayer.
¿Hemos todos de morir?

NIÑO 1.º

Padre, todos.

NIÑO 2.º

Hasta el rey.

SAN FRANCISCO.

Ni la majestad se libra.

¿Y el Emperador?

NIÑOS.

También.

EMPERADOR.

¿Y qué apriesa me lo anuncian
Los males y la vejez!

SAN FRANCISCO.

La majestad, la hermosura
Que envidia á los ojos fué,
Reducida á polvo fácil,
Mortal horror vendrá á ser.
Esto lo prueba el ejemplo.
Nueve años habrá ó diez
Que al panteon de Granada
Yo mismo á enterrar lleve
El cuerpo de la señora
Emperatriz Isabel.

EMPERADOR. (*Llora.*)

¿Triste de quien la perdió!
Memorias, ¿qué me quereis?

SAN FRANCISCO.

Siendo en vida muy hermosa...

EMPERADOR.

Angel era, no mujer.

SAN FRANCISCO.

Al entregar el cadáver,
Trocado el semblante hallé,
Y en macilentas arrugas
Desfigurada la tez.

EMPERADOR.

¡Desfigurada! Pues yo
Me acuerdo que jazmin fué,
Donde hermosamente el nácar
Manchaba la candidez.

SAN FRANCISCO.

Era el olor de la boca
Al olfato tan cruel,
Que estorbando el respirar,
Quitó el gemirla también.

EMPERADOR.

¡Tanto infestaba! Pues della
Pudo algun dia aprender
Sus fragancias el jazmin,
Sus ámbares el clavel.

SAN FRANCISCO.

Tan fea monstruosidad
Todos llegaron á ver
En sus ojos, que el espanto
Aun mas que la pena fué.

EMPERADOR.

¡Sus ojos!... Difuntos si;
Feos no : no puede ser.
¡Quién dos astros de azabache
Aparar pudiera, quién?—
(Levántase el Emperador con algun
despecho, y vuélvese el Santo á él.)

Callad, Francisco, callad.

SAN FRANCISCO.

¡Gran señor!...

EMPERADOR.

No me quiteis

La vida con las memorias
De mi difunta Isabel.

SAN FRANCISCO.

¿Qué es esto?

EMPERADOR.

Sin libertad,

Del dolor me arrebaté.—
Dejadnos solos.

DOÑA BEATRIZ.

¡Notable

Afecto!

DON ÁLVARO.

Despejad pues.

(Vanse los novios, las criadas, los
niños y gente.)

ESCENA XIV.

EL EMPERADOR Y SAN FRANCISCO.

SAN FRANCISCO.

¿Qué es esto, invicto señor?
¡Vos llorais!

EMPERADOR.

No os espantéis.

Secreto os estaba oyendo...
Triste una memoria es....
—Pero hablemos de otra cosa.
Muy alegre os vengo á ver;
Que aunque enojado al principio
Con vos estuve, porque
Dejando otras religiones,
Resolvisteis escoger
La Compañía, que nueva
Y no conocida es;
Creo de vuestra cordura
Que lo habréis mirado bien.

SAN FRANCISCO.

No puede una religion,
Señor, por nueva perder;
Antes por eso será
Mas su observancia : la ley
Del evangelio lo diga,

Que mas bien guardada fué
Al principio.

EMPERADOR.

Esta materia

Tratarémos otra vez.
Ya se ha llegado, Francisco,
El tiempo de resolver

Lo que ya os dije, y que vos
Solo en el mundo sabeis.

A Brusélas voy, adonde

Mis reinos renunciaré

En Don Felipe mi hijo :

Tiempo es ya de recoger...

—Pero decidme, Francisco,

¿Tan fea estaba Isabel?

¿Es posible que aquel rostro

Donde el alba?... Mas tened.

No respondais : prosigamos.—

Ya os he dicho (aqui quedé)

Que á Brusélas voy, adonde

Mis reinos renunciaré

En Don Felipe mi hijo.

Tiempo es ya de recoger

Este leño, que cansado

De un vaiven y otro vaiven,

Se va á pique; y si aguardamos,

Nos habemos de perder;

Que siempre llegaron tarde

Los remedios de despues.

SAN FRANCISCO.

Yo no hallo cómo estimaros,

Gran señor, tanto placer

Como en tal nueva me dais,

Sin echarme á vuestros piés.

EMPERADOR.

Llegad, Francisco, á mis brazos.

¿Que al fin hemos de romper

Con el mundo?

SAN FRANCISCO.

Sí, señor :

Tratarle como quien es.

EMPERADOR.

Es un traidor.

SAN FRANCISCO.

Un ingrato.

EMPERADOR.

Es un aleve.

SAN FRANCISCO.

Un cruel,

Y tan injusto, que en tantos

Reinos como poseeis

De tan dilatado imperio,

Querrá en vuestra muerte él,

De tanta tierra que os quita,

Pagaros con siete piés.

EMPERADOR.

¡Ah Duque!

SAN FRANCISCO.

Que no soy Duque :

Un siervo inútil soy, que

Recogió la Compañía

Para fregar y barrer.

EMPERADOR.

¿Que el ver difunta á mi esposa

Os dió el desengaño?

SAN FRANCISCO.

El ver

Su cádaver fué mi vida.

EMPERADOR.

Fénix de España seréis,

Pues de tan nobles cenizas

Empezais á renacer.

JORNADA SEGUNDA.

Habitacion de Don Sancho, en Valladolid.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS y MARCELA, dentro ; des-
pues, DON SANCHO.

MARCELA. (Dentro.)

¡Justicia de Dios!

CÁRLOS. (Dentro.)

Marcela,

Primero es mi vida.

MARCELA. (Dentro.)

¡Ay!

¡Misericordia, Señor!

¡Pequé! ; Dios mio, piedad!

(Sale y cae muerta : tras ella sale Cárlos
con un puñal en la mano.)

CÁRLOS.

Comprar á costa de una
Dos vidas, no es mal comprar.
No te han muerto tus delitos,
Sino mi seguridad.—

(Llaman dentro.)

Malo es esto : de la cuadra
Golpes á la puerta dan.

DON SANCHO. (Dentro.)

Cárlos, abrid.

CÁRLOS.

Don Sancho es.

Ya es menor ¡cielos! el mal.

DON SANCHO. (Dentro.)

Abrid, Cárlos.

CÁRLOS.

¿Venis solo?

DON SANCHO. (Dentro.)

Solo vengo.

CÁRLOS.

Pues entrad.

(Abre una puerta, y sale Don Sancho.)

DON SANCHO.

¿Qué es esto?

CÁRLOS.

Cierro la puerta,

En tanto que os admirais.

DON SANCHO.

Esta ¿es Marcela?

CÁRLOS.

La misma.

DON SANCHO.

¿Quién la ha muerto?

CÁRLOS.

Este punal.

DON SANCHO.

Pues ¿qué ocasion?...

CÁRLOS.

Si me oís,

Dejaréis de preguntar,
Y tomo el agua en su fuente
Para mayor claridad.
Despues que aquella funcion
De Oñate nos salió mal
(Que lo que no está de Dios,
Intentarlo es por demas),
La Marquesa vuestra prima
Se vino á la corte, ya
Con Don Alvaro casada :
Harto es lo que lo llorais.
¡Oh lleve el diablo el amor,
Que no se sabe mudar

A otra casa, aunque la busque
 Prestada en un arrabal!
 Por haber vos heredado
 No sé qué hacienda, y estar
 Ya en mejor fortuna, casa
 Apartasteis; mi amistad
 Tras vos se vino; Marcela
 Me siguió; no lo ignorais:
 Harto siento su desgracia;
 Que por Dios, que era leal.
 Mozo y recién heredado,
 Empezasteis á triunfar,
 Siendo vuestra casa abrigo
 De travesuras; que imán
 Son de semejantes hierros
 Dineros y mocedad.
 Digalo yo; que á la sombra
 De vuestro lado, no hay
 En la corte quien me diga:
 «¿Qué haceis aquí, catalán?»
 Nada bastó á resfriaros
 Del amor con que adorais
 A Beatriz; ántes quisisteis
 Tener de puertas allá
 Confidente á una criada;
 Que algunos en decir dan
 Que es batería de amor,
 Por cerca, mas eficaz.
 A este fin entró Marcela
 A servirla, con disfraz
 De hija de buenos padres
 Y moza de honestidad.
 Yo me holgué, por tener quien
 Me avisase puntual
 Para concluir la obra
 Que en Vizcaya salió azar.
 Y al fin, como el padre Borja
 En Valladolid está,
 Y en predicando convierte
 Aun pechos de pedernal
 (Esto dicen por ahí;
 Que yo no le oigo jamas),
 Parece ser que Marcela
 Le oyó un día predicar,
 Segun dijo; y como cantan
 Las coplas de Escarraman,
 «No aguardó á que la sacara
 Calavera, ni otro tal;
 Que se convirtió de miedo
 Al primero Satanás.»
 Aquí vino esta mañana,
 Diciendo que mi amistad
 Se habia acabado, y que
 Se queria confesar.
 Hubo lo de «Arrepentida...
 Yo propongo... no habrá mas...
 El infierno... y algun día
 Se habia esto de acabar»;
 Mezclando con su sequete
 Su poco de eternidad.
 Oíla; y como soy hombre
 Que en dándome que me dá
 Una cosa mala espina,
 Nadie me la hace tragar;
 La dije algo mesurado,
 Y hecho el hígado un volcan:
 «Valerte de la virtud
 Para mudarte, es andar,
 Marcela, la mi Marcela,
 Haciendo hechizo el San Juan.
 Seis años há que soy tuyo,
 Y con fina voluntad
 He sido todo este tiempo
 Uno de aquellos que han
 Menester los juéves santos
 Reñir para confesar.
 Pero ya que te resuelves
 En quitarme el habla, y ya
 Que soy yo el que está sin voz,
 Y tú la que en muda estás;
 Quiero, no por inquietarte,
 Sino solo porque das,

Como salgo de lo obscuro,
 En quererme deslumbrar,
 Decirte que aunque mi gana
 Engañarse dejara
 De tu intento, que por justo
 Pienso que ha de reventar,
 No mi malicia, porqué
 Se murmura por acá
 Que hay mil virtudes que tienen
 Veneno en la cualidad.
 Hija, si en cas del Marqués
 Algun rodrigote hay
 Que te mira, es otra cosa.
 ¿Para qué es disimular?»
 —«Yo no doy satisfacciones.»
 Respondió, con ademan
 Que me obligó á que la diese
 Un torniscon venial.
 Alzó el bramo, y dila otro;
 Y aquí fué el descascarar,
 Diciendo que á la justicia
 Avisaria que estás
 Trazando de dar la muerte
 A su amo, por gozar
 La Marquesa, y que yo era
 Asesino criminal.
 Yo, que ya estaba de hieles
 Hecho un mismo rejalgar,
 Y en no atender á razones
 Tengo rabias de alcorán,
 Viéndola que á voz en grito
 Iba la puerta á tomar,
 La tiré una puñalada;
 Y pienso que fué al compas,
 Por el lado de la ciencia,
 Porque no ha vuelto á chistar.
 Entrasteis vos: y este es
 Todo el caso de pe á pa.
 Lo que resta es que á un amigo
 Que me la ayude á enterrar
 Esta noche, á buscar voy.
 Quedad con Dios.

DON SANCHO.

Esperad;

Que á no mirar, ¡vive Dios!...

CÁRLOS.

Pues aquí ¿qué hay que mirar,
 Si aseguré así mi vida,
 Y la vuestra, que es lo mas? (Vase.)

DON SANCHO.

No con lisonjas presumas,
 Cárlos, que me has de quitar
 El enojo que me ha dado
 Tan bárbara crueldad.

(Vase con la espada desnuda.)

ESCENA II.

EL DEMONIO, que se introduce en el
 cadáver de MARCELA, que se le-
 vanta.

DEMONIO.

Pues la permission de Dios
 Me deja ¡ay de mi! ocupar
 El cuerpo desta mujer,
 Con quien fué tan eficaz
 La predicacion de Borja,
 Que á despecho mio está
 Gozando el bien que perdíó
 Mi rebeldia tenaz,
 Cuando ángel de luz, mis ansias
 Afectaron la deidad;
 Valido de mi cautela
 Y su forma, he de turbar
 De sus obras la eficacia,
 De sus virtudes la paz,
 De su santidad lo heróico.
 ¡Oh, pese á tanta humildad,
 Que siendo en Francisco luz,
 Rayo es en mi!

ESCENA III.

DON SANCHO. — EL DEMONIO
 EN MARCELA.

DON SANCHO.

¡Que alcanzar
 No le pudiese! — ¡Marcela!
 Pues ¿cómo?...

MARCELA.

¿Qué os admirais?

Por librarme de la furia
 Deste bárbaro rufian,
 Fingi cuanto os ha contado
 De mi mudanza.

DON SANCHO.

¿Y estás

Herida?

MARCELA.

No: desmentido

De la cotilla el puñal
 Pasó.

DON SANCHO.

Tu vida á mi muerte

Esperanza alientos da.
 ¿Qué hay de Beatriz?

MARCELA.

Que esta noche

Presumo que ha de lograr
 Vuestro deseo el vencer
 La primer dificultad
 De declarar vuestro amor.

DON SANCHO.

Albricias, alma.

MARCELA.

Y quizás

(Ap. Quiéralo mi industria) el fin
 Que atrevido deseais.

DON SANCHO.

Si por lisonja me engañas,
 Marcela, miénteme mas;
 Que en promesas que de parte
 De los delitos están,
 Por mas que engañen á un triste,
 No echa ménos la verdad.

MARCELA.

¿Cómo en lo que habeis de ver
 Os podia yo engañar?
 Por embajador á Roma
 Hoy Don Alvaro se va.

DON SANCHO.

Ya lo sé.

MARCELA.

A la puerta falsa
 Del jardin habeis de estar
 Esta noche, hasta que os haga
 Yo una seña, que será
 (Ap. Disimular solicito
 Mi cautela mas sagaz
 Con lo natural del lance)
 Tocar un arpa y cantar
 A una reja.

ESCENA IV.

CALVETE. — DICHO.

CALVETE.

El Padre Borja

Pide licencia de entrar
 A verte.

MARCELA. (Ap.)

¡Pese á mi rabia!

DON SANCHO.

De oír su nombre no mas,
 Se me hiela el corazon;
 Que teme en él un fiscal
 Mi vida ¡Turbado estoy!

CALVETE.

Pidiendo limosna va
Con sus alforjas al hombro.

MARCELA.

Despedidle, no le oigais.

DON SANCHO.

¿Dijiste que estaba en casa?

CALVETE.

Sí, señor.

DON SANCHO.

Hiciste mal.

CALVETE.

Volveré á decir que dices
Que estás fuera.

MARCELA.

No le oigais.

DON SANCHO.

Pues ¿cómo á la cortesía,
Marcela, puedo faltar?

MARCELA.

¡Eso se quieren los padres!
Con capa de urbanidad
Vendrán á veros, y luego
La plática parará
En preguntaros que cuándo
Os habeis de confesar.

DON SANCHO.

Yo no me atrevo á negarme.
Vete, y prevenida está
En lo que has dicho, esta noche. (Vase.)

ESCENA V.

EL DEMONIO EN MARCELA,
CALVETE.

MARCELA. (Ap.)

Yo procuraré estorbar
La plática con dos lances
Que ahora sucediendo están.

CALVETE.

Mientras por la puerta falsa
Te vacío, ¿no me dirás
En qué estado está contigo
Mi pretension de galán?

MARCELA.

(Ap. Sientan todos mi malicia.)
Si mata á Carlos, tendrá
Su futura sucesion.

CALVETE.

Pues mujer de Barrabas,
Siendo causa tan civil,
¿Te nos haces criminal?

MARCELA.

(Ap. ¿Que esto sufra mi soberbia!)
Toma, lacayo truhan. (Dale.)

CALVETE.

¡Ah, picara, que de un golpe
Molido y quemado me has!

MARCELA.

¿Dirás que traigo abrasando
Las manos?

CALVETE.

Antes están
Frias, que quiebran los dientes.
Derribado me ha un quijar.

MARCELA.

Vaya con su amo esta noche. (Vase.)

CALVETE.

Picara, ¿no me dirás
Qué mondonga te ha enseñado
Con la mano á requiebrar?

ESCENA VI.

DON SANCHO, SAN FRANCISCO y EL
HERMANO MÁRCOS, con manteos y
las talegas de pedir limosna.—CAL-
VETE.

SAN FRANCISCO.

La visita extrañaréis.

DON SANCHO.

(Ap. No sé si es susto ó enfado.)
Siempre tiene en mí un criado
Vuecelencia.

SAN FRANCISCO.

No me habéis,
Señor, con tal reverencia;
Porque en un hombre que pide,
Ya lo veis, muy mal se mide
Limosna con excelencia.

CALVETE.

Pues no tiene que argüir;
Que en la corte perecieran.
Mas de dos, si no tuvieran
Tanta excelencia en pedir.

SAN FRANCISCO.

A solas os quiero hablar.

DON SANCHO.

Llega unas sillas, y véte.

(Saca Calvete sillas, siéntanse los dos, y
habla Calvete con el hermano Márcos.)

CALVETE.

Padre, con tanto zoquete
No va mala la talega.

MÁRCOS.

A pedirlos nos envía
La obediencia.

CALVETE.

Harto es, por Dios,
Que siendo zoquetes, los
Reciba la Compañía.
¿Y el Duque, destes retazos
Come?

MÁRCOS.

Amigo es con exceso
De pobreza.

CALVETE.

Y aun con eso
Se muere por sus pedazos.
(Vanse el hermano Márcos y Calvete.)

ESCENA VII.

SAN FRANCISCO, DON SANCHO.

SAN FRANCISCO.

Dias há que solicito
(Ap. Déme su eficacia Dios.)
Que nos veamos los dos.

DON SANCHO. (Ap.)

¿Qué cobarde es un delito!

SAN FRANCISCO.

¿De qué es vuestra turbacion?

DON SANCHO.

No os dé cuidado. (Ap. Porque
Como teme lo que ve,
Se retira el corazon.
¿Qué enfado!)

SAN FRANCISCO.

Señor Don Sancho,
Sosegáis; que mi visita,
De vuestra inquietud, querrá
Dios que sea medicina.

DON SANCHO.

Este efecto es natural

De mis tristezas prolijas;
Que yo estimo mucho el veros.

SAN FRANCISCO.

¡Ah! si supierais la dicha
Que os aguarda, ¿cómo fueran
Gozos las melancolias!

DON SANCHO.

¿A mí dicha?

SAN FRANCISCO.

Dicha, y grande,
Que hoy de mí habeis de oirla.

DON SANCHO.

(Ap. ¿Dónde (¡Cielos muerto estoy!)
Estas prevenciones miran?)
No os entiendo.

SAN FRANCISCO.

No me espanto;
Mas porque de una vez os diga
A lo que vengo, y sepáis
Cuánto de Dios ofendida
Teneis la Majestad...

ESCENA VIII.

EL HERMANO MÁRCOS, UN CRIADO
y CALVETE, muy apesurados.—
SAN FRANCISCO, DON SANCHO.

MÁRCOS.

Padre...

SAN FRANCISCO.

¿Válgame Dios! ¿qué le obliga
A entrar así?

MÁRCOS.

Que es la causa
Tan triste como precisa.
Este criado...

CRIADO.

A buscar

A Vuecelencia me envían,
Para que le dé una nueva
Harto amarga.

SAN FRANCISCO.

Pues decidla.

CRIADO.

Casi de repente acaba
De pasar á mejor vida...

SAN FRANCISCO.

¿Quién?

CRIADO.

La condesa de Lerma,
Mi señora y vuestra hija.

DON SANCHO.

¿Válgame Dios!

CALVETE.

¿Triste nueva!

MÁRCOS.

La prenda que mas queria
El padre Borja era.

SAN FRANCISCO.

Dios

Nos la dió, Dios nos la quita:
Démole gracias por todo.
Cobró lo que le debía.—
Idos pues; decid que ya
Me habeis dado la noticia.

CRIADO.

¿Qué entereza!

MÁRCOS.

¿Qué constancia!

CALVETE.

¿Esta constancia os admira?
Cuando se murió mi suegra,
Tuve yo casi la misma.
(Vanse el hermano Márcos, el criado
y Calvete.)

ESCENA IX.

SAN FRANCISCO, DON SANCHO.

DON SANCHO. (Ap.)

¡Este hombre es de mármol, cielos!

SAN FRANCISCO.

Pues como diciendo iba,
Muy irritada, señor,
Teneis de Dios la justicia.
Vuestra casa, dicen que es
De bandidos acogida
Todo el año, y vos, señor,
Quien sus duelos apadrina.
Ésta y otras travesuras,
Que á la corte escandalizan
Por liviandades, y vos
Las llamaréis bizarrías,
Como si el mudarles nombre
Las quitara la malicia,
¡Oh cuánto de un Dios que sufre
Arman las tremendas iras!
¡Oh cómo debeis temer
Que su espada ejecutiva,
Que en los corazones duros
Bien como en piedra se afila,
Cansada ya!...

DON SANCHO.

No pretendo
Estorbaros; mas me admira
Que tanta pérdida os deje
Lugar, si no es á sentirla;
Que á mi, aun sin tocarme, el alma
Me hiere tanta desdicha.

SAN FRANCISCO.

¿Qué desdicha? Pues, señor,
Por haber muerto mi hija,
¿Se ha alzado Dios con su gloria?
Creedme, que en esta vida
No hay bienes que no sean males
Si de ver á Dios nos privan,
Ni males que no sean bienes
Si en su amor nos ejercitan.
No solo esta hija, prenda
De mi alma tan querida,
Que á hurto de la conciencia
Tierno el pecho la suspira,
Y por no darle á Dios celos,
La llora como á escondidas;
Si no es que todos mis hijos,
Y las mayores delicias
Que finge el mundo, por mas
Dulces que el traidor las finja,
Daré yo, y de buena gana,
Solo porque arrepentida
Llore un alma sus pecados.
«Porque una noche, decia
Mi gran patriarca Ignacio,
(¡Oh qué amor! ¡Qué fe tan viva!)
Deje de ofender á Dios
Una desas mujercillas,
Que aun cuando le sirven mas,
Las llama el mundo perdidas;
Daré por bien empleadas
Las penas y las fatigas
De toda mi vida.» Esto
Dice Ignacio, el que algun dia
Mozo y galan fué, el mirado
De la corte y la milicia
Por discreto y por valiente,
Como hoy vos, Dios os bendiga.
De suerte, señor Don Sancho,
Que en los males desta vida,
Si no es el pecado, nada
Se puede llamar desdicha.

DON SANCHO. (Ap.)

Para el lance que esta noche
Aguardan las ansias mías,
¡Buena plática, por cierto!
Si no se despide aprisa,

Aunque grosero parezca,
Le he de acortar la visita.

SAN FRANCISCO.

En fin, abreviando lances,
¡Mirad cuál es la divina
Bondad de Dios, que despues
De hallarse tan ofendida
De vos, (¡qué clemencia!) os quiere
Hacer de su Compañía...

DON SANCHO.

¿Qué? ¿Religioso?

SAN FRANCISCO.

¡Y qué bueno

Lo seréis!

DON SANCHO.

¿Y esa es la dicha
Que decis que me aguardaba?
(*Lévantase enfadado.*)

ESCENA X.

EL HERMANO MÁRCOS. — DICHOS.

MÁRCOS.

De palacio á toda prisa,
Con un caballero, ahora
A llamar, Padre, os envía
El Emperador, que á Yuste
Pasa, donde se retira.

SAN FRANCISCO.

Que iré, le decid.—Volved,
Señor, á tomar la silla.

(Vase Márcos.)

DON SANCHO.

No me dejó la impaciencia
Mirar en la grosería. (*Siéntase.*)

SAN FRANCISCO.

¡Mirad qué ejemplo tenemos
En Carlos Quinto á la vista!
¡Con qué valor deja un mundo
Quien todo lo poseía!

DON SANCHO.

Finalmente, Padre mio,
Si Dios quiere que le sirva,
Me llamará; que ahora tengo
Las vocaciones muy tibias.

SAN FRANCISCO.

¿Tibias son las vocaciones?
Pues por mas que se resista
Vuestra voluntad, y sorda
Se dé por desentendida,
Ha de ser.

DON SANCHO.

¿Cómo? ¿Por fuerza?

SAN FRANCISCO.

Reídos pues; que algun dia
Vos mismo, y con hartas ansias,
Me pediréis que os reciba
En la Compañía.

DON SANCHO.

¿Yo?

SAN FRANCISCO.

Sí, señor, y de rodillas.
Quedad con Dios.

(Levántanse.)

DON SANCHO.

Vuecelencia,
Que le acompañe permita
Hasta su casa.

SAN FRANCISCO.

Quedáos.

(Ap. ¡Gran Dios, bondad infinita,
No en esta dureza caiga
El rayo de vuestras iras!) (*Vase.*)

DON SANCHO.

Por mas ¡ay de mí! que el pecho
Afecta lo que se anima,
¡Oh en cuántos, de haberle oido,
Turbados miedos vacila!

ESCENA XI.

CALVETE. — DON SANCHO.

CALVETE.

Si has, señor, de despedirte
De Don Alvaro, vé aprisa;
Que aun pienso que ya ha partido.

DON SANCHO. (Ap.)

¡Ay, si pidieras albricias!

CALVETE.

Hace tanta falta en Roma
Su persona, y tan precisa
Es la prisa del viaje,
Que hoy á que parta le obligan,
Aun muerta su hermana: ó es
Que tiene la pena misma
El hermano de la hermana,
Como el padre de la hija.

DON SANCHO.

Vén; que si hubiere partido,
Daré el pésame á mi prima,
De la Condesa.

CALVETE.

Me huelgo
De ir allá... (Ap. Que á Marcelilla
La tengo á cargo una cosa
Que pienso restituirla,
Si la hallo á mano.)

DON SANCHO.

¡Qué torpe
Camina el curso del dia!
Mas ¡qué tarde le amanece
A un triste la sombra amiga!
(*Vanse.*)

Salon del palacio del Emperador.

ESCENA XII.

EL EMPERADOR Y ACOMPAÑAMIENTO:
DON ÁLVARO, de camino.

EMPERADOR.

Muy agradecida os queda
Mi voluntad, por la prisa,
Marqués, con que habeis dispuesto
A Italia vuestra partida.

DON ÁLVARO.

No es hazaña, gran señor,
Servir bien á quien obliga
Solo con mandar, premiando
No mas de con que le sirvan.

EMPERADOR.

¡Qué cortesano! Hijo al fin
Sois del duque de Gandia.

DON ÁLVARO.

Imitarle en agradaros
Serán mis mayores dichas.

EMPERADOR.

Un capelo á ruegos míos
El Pontifice le envía.
Nadie lo sabe; que quiero
Ganarme yo las albricias
En oraciones.

DON ÁLVARO.

Señor,
Puede ser que le resista;
Que otro de Julio Tercero
Dejó de Oñate en la ermita.

EMPERADOR.

¡Ah, qué buen padre os dió el cielo!
No hubo en su tiempo en Castilla
Caballero mas cabal :
Virtudes y bizarría
Hermanó tan felizmente,
Que á fe que me daba envidia.
Habla era en palacio entónces,
Que al entrar en las visitas,
Donde en lo hermoso, el deseo,
Si no cae, tal vez desliza,
De acero á raiz del cuerpo
Un cilicio se ponía.
Mirad ¡qué ejemplo! ¡Oh cuál temo
Que nos le ponga á la vista
El día del juicio Dios
A muchos! y que nos diga :
« Si este fué santo, aun en medio
Del mundo y de sus delicias,
¿ Por qué decís que la corte
Casi á obrar mal necesita? »
Id con Dios, Marqués; que he visto
Por entre esas celosías
A vuestro padre... — y en Roma
Os dé el cielo muchas dichas.

DON ÁLVARO.

De serviros bien dependen
Las felicidades mías.

(Vase.)

EMPERADOR.

Llamad al Duque, y dejadnos
Solos.

(Siéntase, y vase el acompañamiento.)

ESCENA XIII.

SAN FRANCISCO.—EL EMPERADOR.

SAN FRANCISCO. (Arrodillase.)

El suelo que pisa
Vuestra Majestad, señor,
A mis labios le permita.

EMPERADOR.

Sentáos, Duque.

SAN FRANCISCO.

Gran señor,
Muy bien estoy de rodillas.

EMPERADOR.

Francisco, alzá.

SAN FRANCISCO.

¡ Con un pobre,

Favor tanto!

EMPERADOR.

¿ Qué os admira?

Ya yo soy pobre también.

SAN FRANCISCO.

¡ Gran señor!...

EMPERADOR.

Por vida mía.

SAN FRANCISCO.

Ya, señor, os obedezco;
Que importa mucho tal vida,
Y es bien que esta mi soberbia
Para sus aumentos sirva. (Siéntase)

EMPERADOR.

Dicenme que comisario
General de las provincias
De las Indias y de España
Os ha hecho la Compañía.

SAN FRANCISCO.

Si, señor; que son mis culpas
Aun de mas castigo dignas.

EMPERADOR.

¿ Castigo llamais las honras?

SAN FRANCISCO.

Si, gran señor; que son mías:

Y á quien le dan en que yerre,
Claro está que le castigan.

EMPERADOR.

Un capelo por mi órden
Su Santidad os envía;
Pero trae una pensión.

SAN FRANCISCO.

Para mí, señor, la misma
Honra de la dignidad
Es la pensión mas prolija.

EMPERADOR.

Pienso que la resistís
Por la carga.

SAN FRANCISCO.

¿ Qué es? Decidla.

EMPERADOR.

Que me encomendeis á Dios.

SAN FRANCISCO.

Esa en mí es deuda precisa;
Y si vuestra Majestad
De la dignidad me alivia,
Le ofrezco pagar doblada
La pensión todos los días.
Invictísimo señor,
Esa miseria que estima
El mundo tanto, y que al fin
Gozaba yo como mía,
Dejé por seguir á Dios :
Dejad que pobre le siga.
Mi hacienda di por comprar
Esta bella margarita,
Que entre nácares humildes
Produce el Sol de justicia.
Ya la compré; y si la vendo
Por ménos, me perdería :
Fuera de que mi instituto
Con precepto nos obliga
A no admitir dignidades.

EMPERADOR.

Esa excusa no es precisa;
Pues con pasáros á otra
Religion que las admita,
Se vence.

SAN FRANCISCO.

¡ Jesus! Señor,

Vuestra Majestad no diga
Tal, por el amor de Dios.
Hago yo tan alta estima
De mi religion amada,
Dulce prenda y madre mía,
Cuyos dulcísimos pechos
A vida mejor nos crian,
Que no solo ese capelo,
Pero aun la tiara misma...
No sé cómo lo encarezca.
¿ Hay mas que ser en la vida
Que ser Carlos Quinto? ¿ Hay quién
Vuestra grandeza compita?
Pues aun la dejara, ántes
Que dejar la Compañía.

EMPERADOR.

No hablan muchos cortesanos,
Francisco, con tanta estima
Della.

SAN FRANCISCO.

Todo, señor, nace

De que no la comunican :
Fuera, señor, de que el mundo
Siempre con enojo mira
A los que desengañados
En lo que obran y predicán
Reprenden sus vanidades
Y sus vicios fiscalizan.

EMPERADOR.

Muy bien lo creo: y de ahí
Sin duda nace el que digan
Que no es bien que algunas noches
(¡ Mirad cuál es la malicia!)

Salgan con un santo Cristo
(Y aun dicen que vos saliais)
A predicar por las calles.
¿ Qué hay en esto?

SAN FRANCISCO.

Que esta misma

Noche tengo de salir,
Señor, si Dios me da vida,
Porque importa.

EMPERADOR.

Para mí,

Cuanto hagais se santifica
Solo con ser obra vuestra.
Y ya que humilde no admita
Vuestra persona el capelo,
Quisiera que de órden mía
Fuérais á Portugal;
Que con Doña Catalina,
La Reina mi hermana, tengo
Que tratar cosas precisas,
Y tales, que si no es vos,
No es bien que otro las asista.
Mañana me parto á Yuste; (Levántase.)
Que no veo, Duque, el día
De prevenirme á la muerte,
Que ya cercana me avisa.

SAN FRANCISCO.

Dios la vida os dé que tanto
La cristiandad necesita.

EMPERADOR.

Tan solo como ya estoy,
¿ Qué puede haber en que sirva?
Mas decid; que reparé
(No sé, cierto, si lo diga)
Que al entrar, al compañero
Dabais no sé qué balija.
La verdad: ¿ pedis limosna?

SAN FRANCISCO.

Si, señor. ¿ Por qué os admira...

EMPERADOR. (Ap.)

De ternura á hablar no acierto.

SAN FRANCISCO.

Que un pobre limosna pida?

EMPERADOR.

No tener mucho que daros
Es forzoso que me aña.
Pobre estoy, ya lo sabeis.
Cien escudos, que os remitan
Haré; y creedme, que en cuanto
Os he dado en esta vida, (Llora.)
No os bice merced jamas
De agradecerme mas digna.

SAN FRANCISCO.

¡ Vos de verme pobre á mi
Llorais! Y á mí de que diga
El máximo Carlos Quinto,
Cuya valiente cuchilla,
Aun envainada, del orbe
El ámbito atemoriza,
Que está pobre, el corazon
No me cabe de alegría.

EMPERADOR.

Ya os entiendo.

SAN FRANCISCO.

Si, señor.

Ladron llaman de la vida
A la muerte; y para que
No os asuste su codicia,
Será bien que cuando venga,
Halle la casa vacía.

EMPERADOR.

¡ Ah, si! De las penitencias,
¿ Cómo os va? Que os certifica
Mi amor, que como estoy viejo,
Las siento mas cada día.

SAN FRANCISCO.

No me espanto: Dios en cuenta

Os tomará las fatigas
Que en Alemania tuvisteis
Persiguiendo la herejía.

EMPERADOR.

Eso sí: la gloria á Dios,
Nada omiti en perseguirla.
Acuérdome que una noche
(¡Y qué mal tiempo que hacia!)
Sobre un carro, armado, toda
La pasé, y el alba misma
A verme temblar de frío
Madrugó alegre sus risas,
Si ya no salió á mirarme
Galan, porque guarnecian
Mi arnes de flores de plata
Sus escarchas ateridas.
Mas pienso que mi trabajo
No se perdió; que á fe mia
Que llevó muy gentil rota
La canalla tornadiza,
Que á su Dios ántes que á mí
Volvió la espalda enemiga.
¡Cuál venia el de Sajonia!
(Sospecho que es muy sabida
Su historia, no la refiero)
Y el Lansgrave ¡cuál venia!
Selva hicieron la campaña
De mosquetes y de picas.
¡Y qué á punto el luterano
Jugaba la artillería!
Pero yo (dejad, Francisco,
Que esto no mas os repita)
Me entré por sus batallones
Con sola media lancilla
En la mano; y á fe, á fe,
Que nos llevamos el dia.

SAN FRANCISCO.

La gloria, señor. á Dios
Solo habeis de atribuirle.

EMPERADOR.

Decis bien: no me acordaba,
Llévome la fantasía.
¿Qué quereis? No todos pueden
Aprender, y tan aprisa,
La perfeccion en que os pone
Allá vuestra Compañía.
(*Vanse.*)

Jardin de casa de Don Álvaro.

ESCENA XIV.

JUANA, INES; *despues*, EL DEMONIO
EN MARCELA.

JUANA.

Amiga Ines, pues señor
Ya se ha ido, descansenos
De tanta cordura.

INES.

Extremos
Son de prudencia y honor
Los dos cuerdisimos amos
Que dió el cielo á mis enojos.
(*Sale Marcela.*)

MARCELA.

¿Qué hay, amigas de mis ojos?

JUANA.

Marcela, solas estamos,
La Marquesa está distante:
Canta un tonillo discreto
Y alegre; que te prometo
Bailarle el agua delante.

MARCELA.

¿Y si lo oye?

JUANA.

Está el jardin
De su oratorio apartado,

Y aun crêrá, si se ha arrobado,
Que la habla algun serafín.

MARCELA.

(*Ap.* ¡Que Borja en tal perfeccion,
Contra los fueros de edad,
Hermosura y calidad,
La haya impuesto! ¡Qué afliccion!)
Venga el arpa. (*Ap.* Mis cautelas
Sus obras estorbarán,
Y si lo logro, serán¹
Su misma luz mis tinieblas².)
(*Canta Marcela, y baila Juana.*)

MARCELA.

*Amor es bandolero,
Y de esto lo conozco;
Que me roba y me mata
En la Sierra-morena de unos ojos.*

INES.

¡Lindo va!

JUANA.

De cuando en cuando
Acecha; que estoy temiendo
Que lo que gozo riendo,
Lo venga á pagar rezando.

MARCELA. (*Canta.*)

*Sus luces imposibles
Tan atrevido adoro,
Que á la voz del respeto
Mis deseos se están haciendo sordos.*

INES.

La Marquesa.

JUANA.

¡Ay, que la fiesta
Pago ayunando este mes!

ESCENA XV.

DOÑA BEATRIZ. — DICHAS.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es esto, Marcela? Ines,
Juana, ¿qué locura es esta?

MARCELA.

Del ocio son...

DOÑA BEATRIZ.

Ea, callad.

MARCELA.

Disculpados ejercicios.

JUANA.

Si; que de todos los vicios
Es madre la ociosidad.

DOÑA BEATRIZ.

¿Y emplearos (¡qué locura!)
Es bien, por no estar ociosas,
En canciones amorosas
Y en necias descomposturas?
No extraño que cuando ausente
Está mi esposo, canteis,
Ni que mas dolor mostreis
De la desgracia presente,
Como es ¡ay Dios! el morir
En tal edad tal señora;
Solo es lo que siento ahora,
Llegar en mi casa á oír
Versos de amores, que en calma
Son inquietud del sentido,
Y solo hiriendo el oído
Suelen dar la muerte al alma.
¿Cómo os atreveis?...
(*Vase Ines.*)

MARCELA.

Señora,

En un romance discreto,
La agudeza del conceto
Es solo lo que enamora.

DOÑA BEATRIZ.

Siendo torpe el pensamiento,
Es vana seguridad
Querer que á la voluntad
No arrastre el entendimiento.

MARCELA.

Si el entendimiento teme
La voluntad, no acertó;
Que aunque mas la alumbre, no
Está de Dios que la queme:
Y el albedrio es tan mio,
Que del mal sabe apartarme.

DOÑA BEATRIZ.

Pues si le empleo en cegarme,
¿De qué sirve el albedrio?

MARCELA.

De resistir su violencia.

DOÑA BEATRIZ.

Luego es cierto que he empezado;
Pues en eso está el pecado,
Si no le hago resistencia.

MARCELA.

No empezó tal, ni se vicia
La voluntad; que en efeto
La deleita en lo discreto
Lo agudo, y no la malicia.

DOÑA BEATRIZ.

Siempre al daño me aventuro.

MARCELA.

Hay hasta él mucho intervalo.

DOÑA BEATRIZ.

Pues doyte que no sea malo:
¿Negarás que no es seguro?

MARCELA.

Poco tu prudencia fia
De su entereza.

DOÑA BEATRIZ.

Es así:

Nada temo mas que á mí.

MARCELA. (*Ap.*)

¡Qué en vano mi error porfia!

DOÑA BEATRIZ.

Esto, en fin, quede asentado.
Quien conmigo ha de vivir,
Ha de procurar huir
Aun la sombra del pecado.
Y porque veais las tres
Cuánto daño trae consigo,
(*Ap.* Así á enmendarlas obligo)
Traeme tú aquel libro, Ines,
Que el padre Borja ha compuesto,
Y *El espejo del cristiano*
Le intitula.

(*Vase Ines.*)

MARCELA. (*Ap.*)

Será en vano;

Que yo en su lugar he puesto
Otro que su intento tuerza.

JUANA.

Yo tengo que hacer ahora.

DOÑA BEATRIZ.

Juana, espérate.

JUANA.

Señora,

Yo ¿he de ser santa por fuerza?

DOÑA BEATRIZ.

Cuánto es peligroso y feo,
Os quiero lér á las dos,
Un pecado.

JUANA.

Sea por Dios,
Señora, que yo lo creo.
Creo que es figura rara,
Y crêré (si es que ir me deja)

^{1, 2} Estos dos versos, que no se hallan en la edicion antigua, se han suplido en las modernas con poco acierto.

Que no hay en el mundo vieja
Que tenga tan mala cara.

DOÑA BEATRIZ.

Su monstruosidad espanta.
(*Vuelve Ines, y trae un libro de comedias.*)

INES.

Ya está aquí el libro, señora.

MARCELA. (*Ap.*)

¿Qué dirá viéndole ahora?

DOÑA BEATRIZ.

Sentáos; que es leccion tan santa
Digna de atenderla, pues
Tal pluma le escribe en suma.

(*Siéntanse.*)

JUANA. (*Ap.*)

¿Lindo regalo de pluma!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué libro traes aquí, Ines?

INES.

Yo no le abrí: en una almohada
Del estrado le encontré.

DOÑA BEATRIZ.

Comedias son.

JUANA.

¿Lindo á fe!

Lê siquiera una jornada.

MARCELA.

En ellas se lèn del bueno
Siempre las obras premiadas,
Y del malo castigadas.

DOÑA BEATRIZ.

Marcela, el peor veneno
En muy sabrosa bebida
Se suele disimular. —

(*Levántase, arroja el libro, y tómale Marcela.*)

Id al punto, hacedle echar
En el fuego.

MARCELA.

Por tu vida,

Que leas un rato en él:
Hallarás en sus escritos
Siempre odiosos los delitos,
La virtud siempre muy fiel,
Las palabras muy compuestas,
Muy atento el pundonor,
Y las pláticas de amor,
Aunque finas, muy honestas;
Que el ingenio, tan medido
Aun lo indecente dispone,
Que ó no lo escribe, ó lo pone
Como debiera haber sido.
Y el alma suele beber
En las historias divinas
Disfrazadas las doctrinas
Con máscara de placer.

DOÑA BEATRIZ.

¿Ves cuánto has dictado bueno?

MARCELA.

Aun mas en silencio paso.

DOÑA BEATRIZ.

Pues todo es dorar el vaso
Para darnos el veneno.

MARCELA. (*Ap.*)

¿Rabioso enojo me abrasa!

DOÑA BEATRIZ.

Al punto le has de quemar:
Y piensa que no ha de estar
Quien las leyere, en mi casa.
(*Vanse Doña Beatriz, Ines y Juana.*)

MARCELA.

Véte; y pues que ya se ve
Descender la sombra fria,

Bien mi cautela confia
Que fin esta noche dé
Don Sancho á tu honestidad;
Que fuertes contrarios son
Desta virtud la ocasion,
La noche y la soledad. (*Vase.*)

—
Calle con pared y rejas de jardin á un lado,
y portales al otro.

ESCENA XVI.

DON SANCHO Y CALVETE, *con espadas y broqueles.*

CALVETE.

¿Obscura noche!

DON SANCHO.

Parece

Que de sus nublados negros
La cortó el vestido el aire
Al uso de mis deseos.

CALVETE.

Señor, vámonos á casa;
Que es tan bellaco este tiempo,
Que poniéndonos de lodo,
Tratándonos como negros
Y dándonos un catarro,
El se queda muy sereno.

DON SANCHO.

¿Qué temes?

CALVETE.

Entre mil cosas,
Señor, que al presente temo
(Dejando á una parte el frio,
Que es de lo que yo mas tiemblo),
Una es, que vi al pasar
En la Compañía abierto,
Y alguna gente á la puerta.

DON SANCHO.

Pues ¿qué dices?

CALVETE.

Yo me entiendo.

DON SANCHO.

No seas, Calvete, cobarde.

CALVETE.

Señor Don Sancho, sí quiero;
Que ningun gallina he visto
Morir sin sus sacramentos.

DON SANCHO.

Por las rejas del jardin
A hablar á Marcela vengo,
Por si acabo el que con Carlos
Ajuste su casamiento,
Y salgan de mal estado.

CALVETE.

¿Por convertir almas! Bueno.
Que sale, señor, parece
Mi sueño de marras cierto,
De que has de ser teatino.

DON SANCHO.

Deja esas locuras, necio.

CALVETE.

Que me den dos mil azotes,
Si tú vinieras á eso.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¿Válgame Dios! ¿Que aun buscando
Algún fingido pretexto
Con que ocultar mi delito,
Me hallase este pensamiento!

CALVETE.

Harto mas locura es
En un barrio tan desierto
Andar, señor, á estas horas
Solo y cargado de hierro
(Dije solo, porque si

Te embisten, yo no me cuento),
De noche, (¿y qué tal es ella!)
Pisando lodo, y á riesgo
De que un contrario, de tantos
(Que en la corte solos tengo
Los enemigos del alma
Por amigos de tu cuerpo),
Te dé al pasar de una esquina
Un hurgonazo, y *laus Deo.*
Pero al fin, ya me consuela
Tu conciencia; que en efecto,
Tú vives tan ajustado,
Que si te mataren, luego,
Sin tocar en purgatorio,
Te irás derecho al infierno.

DON SANCHO.

Vuélvete, Calvete, á casa.

CALVETE.

Aun peor que esotro es eso.

DON SANCHO.

¿Por qué?

CALVETE.

Por lo que dirá

A este propósito un cuento.
Decía un padre á un muchacho:
« Cuando vas por vino, pienso
Que te lo bebas », á que
Respondió el niño gimiendo:
« Yo nunca me bebo el vino,
Señor, cuando voy por ello;
Que así Dios me salve, que
No es sino cuando vuelvo. »
Aplico pues. Si al ir solo,
Que á palos me maten temo,
No está el riesgo en la salida,
Sino en la vuelta está el riesgo.

DON SANCHO.

¿Qué frialdad!

CALVETE.

Pues calentarla;
Que yo, si mal no me acuerdo,
Debajo destos portales
Creo que hay un poyo, y pienso,
Mientras hablas á Marcela,
Dormirme. Pues, dicho y hecho.
Tiéndome, y saco el rosario. —
Por la señal... Ya bostezo. (Échase.)
No hay almendradora mejor
Que un rosario, para el sueño.

(*Duérmese.*)

DON SANCHO.

Mucho se tarda Marcela,
Y apénas mi pensamiento,
Confundido de mis ansias,
Sabe hacer firme concepto
De á qué vengo, si á perderme
Desesperado no vengo.
De Beatriz no hay que esperar
Que se rinda á mis deseos;
Mas de mi resolucion
Hay que esperar el remedio
De mi mal, si á verme á solas
Con ella en su cuarto llevo.
Y ¿qué sé yo si á la vista
De la ocasion, del secreto,
De la fineza en mis ansias,
De la ternura en mis ruegos,
Se cansará su virtud
De sufrir su pensamiento?
¿No es mujer? Pues ¿qué sé yo
Si la noche, si el silencio?...
Mas ¡ay! que es ángel Beatriz,
Y ¿qué sé yo si al extremo
Menor de su resistencia,
Cobarde la espalda vuelvo?
¿Qué sé yo?... Mas nada sé;
Que en tanta lucha de afectos,
Amante y desesperado,
Yo solo sé que me muero.

ESCENA XVII.

EL DEMONIO EN MARCELA, *á la reja*.—DON SANCHE, *en la calle*; CALVETE, *durmiendo en un poyo*.

MARCELA. (*Toca un arpa y canta*.)

Quiero, y no saben que quiero...

DON SANCHE.

La seña es. Albricias, alma.

MARCELA. (*Canta*.)

Yo solo sé que me muero.

DON SANCHE.

Marcela...

MARCELA.

Señor Don Sancho,

Porque hay en la calle riesgo

(*Ap. De malograrse mi engaño*)

Es solo, porque los ecos

Ya de las voces se escuchan,

Cuyo ruido ¡ay de mí! siento

Con no menor impaciencia

Que las penas que padezco),

Entrad por ese postigo

Del jardín, que ya está abierto;

Que yo por disimular,

A cantar otra vez vuelvo.

(*Ap. No es sino porque no escuche*)

La enemiga voz que temo.)

DON SANCHE.

Marcela, mi amor...

MARCELA.

Aprisa.

DON SANCHE.

Te estima...

MARCELA.

Eso es perder tiempo.

(*Canta*.) *Á suspirar por la causa*

De mi dolor no me atrevo,

Porque no de lo que gimo

Conozcan lo que padezco.

Quiero, y no saben que quiero.

DON SANCHE.

Con el alborozo, apénas

Cobro de la calle el tiento.

Ya encontré el postigo. Amor,

En tu piedad me encomiendo.

(*Va á entrar, y se detiene oyendo al*)

Santo dentro, tocando una campanilla.)

ESCENA XVIII.

SAN FRANCISCO, *dentro*. — DICHOS.

SAN FRANCISCO. (*Dentro*.)

Temed, mortales, el castigo eterno.

¡Infierno, pecador, infierno, infierno!

MARCELA. (*Ap.*)

Ya la voz de Borja he oído.

¡Que no haya un rayo del cielo

Para mí!

DON SANCHE.

¡Válgame Dios!

¡Que amenaza, y qué á mal tiempo!

La voz del padre Francisco

Me ha helado los movimientos.

¿Si entraré? Mas ¿por qué dudo?

Resuelto estoy... No me atrevo.

Pero ¿ocasion tan feliz

Tengo de perder? Yo entro.

Mas ¡ay! que si entro, me avisa

La voz que es mas lo que pierdo.

Mas ¿qué su terror me ha dicho,

Que yo no sepa? Estoy ciego.

Si no me resuelvo aprisa,

Las luces que trae el pueblo,

Que siguiendo al santo Cristo

Va con devoto silencio,
Me han de descubrir. Marcela
Me aguarda: á entrar me resuelvo.

SAN FRANCISCO. (*Dentro*.)

Temed, mortales, el castigo eterno.

DON SANCHE.

Ya su voz sobre mí tiene

Mas que natural imperio.

Un monte nuevo ¡ay de mí!

En cada planta que nuevo.

MARCELA. (*Ap.*)

(*Ap. En vano á que se resuelva,*

Si no le provoco, espero.)

(*Canta*.) *Desde que perdí cobarde*

La ventura con el tiempo,

Eché de ver que era muerte

La quietud de mi sosiego.

Yo solo sé que me muero.

DON SANCHE.

Pues si me muero, y me arrastra

Casi por fuerza mi afecto,

Por mas que el yerro conozca,

¿Por qué ha de ser culpa el yerro?

¿Pecaré yo porque ahora

Me asista un conocimiento,

Cuya pobre y tibia luz

Se confunde en tanto incendio?

¿Qué importa que la razon

Me esté tirando de un freno

Tan flojo, que aun sin querer,

Casi por uso le quiebro?

Doy que me despeño á entrar:

¿Quién me imputará el despeño

Á delito? El cielo. Pues

Quisiera saber del cielo,

¿Por qué, ó cómo me permite,

Ya en la luz, ya en el deseo,

Para gobernar lo bruto

De un apetito violento,

Aquel freno tan de seda

Y esta espuela tan de hierro?

Mas ¡ay! que bastante luz

Para refrenarme tengo

De mi yerro; que aunque mas

Sea torpemente feo,

¿Cómo le he de conocer,

Si me le doró yo mesmo?

Nada entiendo, y solo sé

Que inquietamente suspenso,

Ni aquella voz me detiene

Ni me despeña este acento,

Por mas que decir les oigo,

Luchando en confusos ecos...

(*Toca dentro y canta Marcela, y Don*

Sancho lo repite, como tambien lo que

dice el Santo. Sigue sonando la cam-

panilla.)

MARCELA.

Quiero, y no saben que quiero.

SAN FRANCISCO. (*Dentro*.)

Temed, mortales, el castigo eterno.

MARCELA.

Yo solo sé que me muero.

SAN FRANCISCO. (*Dentro*.)

¡Infierno, pecador, infierno, infierno!

CALVETE.

¿Que no dejarán dormir (*Levántase*.)

Á un cristiano? Mas ¡qué veo!

¡La procesion de los padres

Sobre nosotros! Ya tiemblo.

¡La campanilla y el Cristo!

Señor, ¿tú eres?

DON SANCHE.

Calla, necio.

MARCELA. (*Ap.*)

¡Ay de mí, qué vanamente

Sus cobardias aliento!

CALVETE.

Señor, señor, ¿eres tú?

DON SANCHE.

Si soy.

CALVETE.

No hables tan quedo

Á un hombre, que es mal criado.

¿No sabes responder recio?

DON SANCHE.

¡Con qué devocion camina

Mudo el acompañamiento!

Horror infunden las hachas.

CALVETE.

La cera es la que yo siento.

Ahora bien, yo estoy temblando.

Si tú te quedas, tras ellos

Me escurro, porque debajo

De la artillería, pienso

Que no hacen daño los tiros,

Por mas que aturdan los truenos.

(*Vase*.)

MARCELA. (*Ap.*)

Si se resuelve á dejar

Esta ocasion que le ofrezco,

Le ha de detener ahora

La voz de Beatriz, fingiendo

Que le llama.

DON SANCHE.

Me parece

Que habla con mis pensamientos

Cuanto el padre Borja dice.

¡Ay de mí! seguirle quiero.

Yo no puedo mas, amor.

ESCENA XIX.

DOÑA BEATRIZ, *dentro*; despues, SAN

FRANCISCO. — DON SANCHE, EL

DEMONIO EN MARCELA.

MARCELA. (*Ap.*)

Engaños, ahora es tiempo.

DOÑA BEATRIZ. (*Dentro*.)

¡Don Sancho, primo, señor!...

DON SANCHE.

Beatriz es. ¿Qué es esto, cielos?

¿Qué aguardo, que á conseguir

Tan alta dicha no entro?

(*Al entrar, le sale el Santo al encuentro*

con la campanilla, y le detiene.)

SAN FRANCISCO.

¡Señor Don Sancho!...

MARCELA. (*Ap.*)

¡Ah pesares!

SAN FRANCISCO.

¿No seguís á Dios?

DON SANCHE.

Siguiendo

Á Vuelcelencia yo, Padre...

Como... Ya voy. (*Ap.* ¡Estoy muerto!)

SAN FRANCISCO.

Venid; que si Dios quisiera

Deshacer los fingimientos

De quien traidor os engaña

(Piedad que humilde le ruego)

Bien podía.

MARCELA. (*Ap.*)

Contra mí,

Claro está que ha de quererlo,

Pues de tu humildad me arroja

Vergonzosamente huyendo.

Y porque en España conste

Mi mal y tu vencimiento,

En los hierros desta reja

Quedará memoria al tiempo.

(*Vuela, saliendo por la reja, y deja que-*

brados los hierros.)

SAN FRANCISCO.

No admiro que tu malicia
Huya de mí; que en efecto,
Aun el demonio se espanta
De un pecador tan soberbio
Como yo. Vamos, señor;
Que nos llama Dios.

DON SANCHO. (Ap.)

¿Qué es esto?

Tan sin uso el albedrío
Me arrastra á seguirle, ¡cielos!
Que ni yo percibo cómo.
Queriendo ya y no queriendo,
Los umbrales desta puerta
Dolorosamente dejo,
Solo ¡y ay de mí! porque Borja
Me diga en confusos ecos...

LOS DOS.

Temed, mortales, el castigo eterno.
¡Infierno, pecador, infierno, infierno!

JORNADA TERCERA.

Una calle en Roma.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, CALVETE.

CALVETE.

¡Lindo sermón!

CÁRLOS.

Para mí

Cierto es, Calvete, que ha sido
La primer cosa del mundo.

CALVETE.

¿Por qué?

CÁRLOS.

Porque, si te digo
La verdad, es el primero
Que en toda mi vida he oído.

CALVETE.

¡Ah buen cristiano! El amor
Que tuvo el padre Francisco
Al Emperador, que el cielo
Para sí llevarse quiso,
Bien le ha mostrado en sus honras.

CÁRLOS.

Mucho es haberse atrevido
En Roma, donde no era
El Emperador bienquisto,
A decir sus alabanzas.

CALVETE.

Esa es propiedad de amigo;
Que hablar yo bien de uno donde
Tengo de ser bien oído,
Y morderle mi pedazo
Si estoy con sus enemigos,
No es de santos, sino es
Ruín política del siglo,
Que refiere Saavedra
En su tomo bien escrito
A folio cuarenta...— Y aunque
Me mormure algun ladino
Que no cito bien, me estoy
En las hojas que ya he dicho,
Porque si no es de cuarenta,
Yo no sé lér otro libro.

CÁRLOS.

No he sacado del sermón
Mas que salir bien mohino.

CALVETE.

¿Por qué?

CÁRLOS.

Porque el padre Borja,
Allá con los artificios

Del sermón, ó qué sé yo,
Me enfadó, diciendo á gritos:
«Cárlos, hoy has de morir;
Cárlos, el mayor peligro
Te amenaza;» y carleaba,
Encarándose conmigo.
¡Cuerpo de Dios! Tras el Cárlos,
Pues por el otro lo dijo,
Para no matarme á mí,
¿No se acordara del Quinto?

CALVETE.

Pues ¿oyes? suelen salir
Muy ciertos sus vaticinios.

CÁRLOS.

Pues que los tema Don Sancho,
Que va dando en aturdido.

CALVETE.

Dentro de la portería
Le esperarémos; que ha dicho
El hermano Márcos que
Hoy saldrá.

CÁRLOS.

Cierto que han sido

Estos ejercicios bien
Impertinente capricho
De Don Sancho.

CALVETE.

De conciencia

Dicen que andaba enfermizo,
Y para desopilarse
Se acogió á hacer ejercicios:
Fuera de que á las instancias
Que el padre Borja le hizo,
Ninguno se resistiera,
Méno que á ser un precito.

CÁRLOS.

¿Que se venga un hombre ¡cielos!
Siguiendo el hermoso hechizo
De una mujer tan honrada
Y amante de su marido,
Que no sufriendo su ausencia,
A Roma seguirle quiso,
Y salga con esto al cabo
De un año que no ha sabido
Tomar, aun estando en Roma,
Una lección de Tarquino?
¡Vive Dios, que no lo entiendo!
Porque si este hombre ha querido
Arrepentirse, no habia
Medio como el que yo he dicho.
Porque yo, como me enfado
Al instante que consigo,
No encuentro con el dolor,
Sino es buscando el fastidio.

CALVETE.

Mucho se tarda, y yo temo
Que se meta teatino.

CÁRLOS.

¿Por qué?

CALVETE.

Porque le ha de dar
En la conciencia algun frío,
Que le obligue á pedir ropa.

CÁRLOS.

De lo que yo mas me admiro
Es que Marcela (que á Roma
Tambien con nosotros vino,
Pues la casa del Marqués,
Por no sé qué, dejar quiso,
Y hechas ya las amistades,
Está corriente conmigo)
Persuadir no le pudiese
A dejar tal desvario.

CALVETE.

¡Y cuál habló la bellaca!

CÁRLOS.

¿Qué llamas hablar? No he visto

Después que Dios me crió,
Moza de tan bello pico.
¡Y qué airoso la está el traje
De hombre en que la he traído!

CALVETE.

¿Ves que de tan elocuente
La alabas? Pues yo malicio
Que la tal, para oraciones
No tiene muy buen estilo.

CÁRLOS.

El embajador de España,
Que á las honras ha asistido
Del Emperador, aquí
Sale ya.

CALVETE.

Como es buen hijo,
Los sermones de su padre
Estima.

CÁRLOS.

Yo me retiro,
Porque aunque no me conoce,
Ni yo temo ese peligro,
Mientras no vengo mi ofensa,
Que estoy, confieso, corrido:
Y mas cuando considero
Que por él (¡un basilisco
El pecho me abrasa!) ando
Desterrado y fugitivo
De mi patria. Quiera el cielo
Lograr los intentos míos. (Vase.)

ESCENA II.

DON ÁLVARO, de luto; EL HERMANO MÁRCOS. — CALVETE.

DON ÁLVARO.

Bien con las obligaciones
Del respeto y del cariño
Que á Cárlos tuvo mi padre,
En sus honras ha cumplido.

MÁRCOS.

Y es mas de alabar, en tiempo
Que las cargas de su oficio
La mayor parte del día
Le ocupan.

DON ÁLVARO.

Bien lo colijo.

¿Cuándo se hace la elección
De general?

MÁRCOS.

Imagino,
Señor Marques, que mañana
Ha de quedar elegido.

DON ÁLVARO.

Y mi padre ¿ha de tener
Algun voto?

MÁRCOS.

Antes han dicho
Que para que no le nombren
Toma medios exquisitos.

DON ÁLVARO.

¡Buen pretendiente!

MÁRCOS.

Al capelo
Tres veces se ha resistido,
Y su Santidad le ama
Con muy singular cariño.

DON ÁLVARO.

¿Qué mucho, si de la liga
Que el católico Felipo
Y su Santidad han hecho
Con venecianos invictos,
Por su religioso celo
Promotor único ha sido?
Dios nos dé feliz suceso;
Que si vence el enemigo,

Temo que quede mi padre
Con la cristiandad mal visto.

MÁRCOS.

Algunos padres de casa
Temen, señor, eso mismo ;
Y como sus reverencias
Son en todo tan leídos,
Refieren que á San Bernardo
Le tuvo muy afligido
Otro caso semejante.

DON ÁLVARO.

Y á eso mi padre ¿qué ha dicho?

MÁRCOS.

¿Qué ha de decir? Está loco,
Señor, con un regocijo
Que no le cabe, y les dice:
«No se aflijan, padres míos;
Que presto vendrá la nueva.»
Y esto va con un tonillo,
Que pienso que la victoria,
Mas que la espera, la ha visto.

DON ÁLVARO.

¿Qué hace ahora?

MÁRCOS.

Está Don Sancho
De Castilla en ejercicios...

DON ÁLVARO.

Ya lo sé.

MÁRCOS.

Pues le estará
Alentando; que imagino,
Si yo no me engaño, que...
Mas no me atrevo á decirlo.

DON ÁLVARO.

¿Quiere entrarse religioso?
La verdad.

MÁRCOS.

Yo solo digo
Que hace muchas penitencias,
Y lo sé porque le asisto;
Que de escrupulos pregunta
Cosas que las sabe un niño;
Que está muy modesto, y anda
Entre santo y aturdido:
Con esto digo que no
Le falta para novicio
Sino la sotana parda,
Y quebrar jarras y vidrios.

DON ÁLVARO.

Dirélelo á la Marquesa,
Que se ha de holgar infinito,
Porque como le eriaron
En su casa desde niño,
Sentia notablemente
Verle andar tan distraído.
Adios.

MÁRCOS.

El cielo con bien
Os lleve.

CALVETE.

¿No habrá un resquicio,
Mi padre Márcos, por donde
Un amo que Dios me hizo,
Vea yo?

MÁRCOS.

Presto saldrá.
Dígame, Calvete...

CALVETE.

Digo.

MÁRCOS.

¿Cuándo se confiesa?

CALVETE.

¿Yo?

ESCENA III.

EL DEMONIO EN MARCELA, *de hombre.* — EL HERMANO MÁRCOS,
CALVETE.

MARCELA.

Calvete...

CALVETE.

Este pajecillo
Dirá como él y yo nos
Confesamos el domingo.

MÁRCOS.

Mancebo, ¿es esto verdad?

CALVETE. (*Ap. á Marcela.*)

Dí que sí, y el teatino
Quizá te dará un rosario.

MARCELA.

Vaya de ahí, Padre mio;
Que aquí no le piden nada.

MÁRCOS.

¡Oiganle, y qué sacudido!

CALVETE.

Tiene lindo entendimiento;
Pero es bravo picarillo.

MÁRCOS.

¿De dónde es?

CALVETE.

Es italiano.

MÁRCOS.

¿Cómo se llama?

CALVETE.

Perico.

MÁRCOS.

Una reliquia que traigo
De San Ignacio conmigo,
Se ha de llevar, señor Pedro.
Tómela, y le certifico...

MARCELA. (*Ap.*)

¡Rabiando estoy de coraje!

MÁRCOS.

Que sé que es del santo mismo.

CALVETE.

Tómala; que está engastada.

MARCELA.

Padre Márcos, ya le he dicho
Que me deje.— En busca tuya
Ahora, Calvete, he venido.

MÁRCOS.

Mira que es de San Ignacio.

MARCELA.

(*Ap.* ; De oír su nombre me irrito!)
Quitela de ahí. (*Ap.* ; Qué rabia!
Mas almas quita al abismo
Que estrellas cuenta la noche.)

MÁRCOS.

Deja esos extremos, hijo.

CALVETE.

Y agarra los del engaste,
Que parecen de oro fino.

MÁRCOS.

¿No la quieres?

CALVETE.

No me espanto.

El muchacho es un perdido:
Démela á mí.

MÁRCOS.

Tome. Cierto
Que es lo personal muy lindo,
Y es lástima que no sea
Mas devoto el angelito.

(*Vase.*)

ESCENA IV.

EL DEMONIO EN MARCELA,
CALVETE.

CALVETE.

¿Pues esto arrojas, Marcela?

MARCELA.

¿Quieres que el aprecio mio
Haga estimacion de prenda
De un clérigo cojo y bizco?

CALVETE.

Pues barto fué, siendo cojo,
El no sanarse á si mismo;
Pues cuentan que de patillas
Algunos males deshizo.
Mas ¿para qué me querias?

MARCELA.

Ya para nada. (*Ap.* Al peligro
En que va á ponerse Carlos
Tambien exponerle quiso
Mi enojo; pero si lleva
Tan santa alhaja consigo,
¿Qué mal puede sucederle?)
Véte pues.

CALVETE.

¿Qué olor tan rico!

Si le llevo á la Marquesa,
Me ha de valer un vestido. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL DEMONIO EN MARCELA.

¡Aquí de todo mi enojo!
Don Sancho (¡tiemblo el decirlo!)
Casi reducido (¡qué ansia!)
Está (¡venenos respiro!)
A dejar (¡que no haya muerte
Para mí!) su amor y el siglo,
Hechizado del belemo
Destos santos ejercicios,
Que allá en Manresa escribió
Ignacio, aquel vizcaino
Soldado, tan arrogante,
Que de Pamplona en el sitio
Los leones de Castilla
Tiñó de Francia en los lirios.
¡Oh! ; Mal hubiese la bala
Que irritó alquitrán benigno,
Pues partiendo para estrago
Llegó para beneficio!
¡Oh! los libros mal hubiesen,
Pues aun del ocio leídos,
De Ignacio, á la Compañía
Dieron felice principio.
Mas ¡qué acaso, que su sér
Hubo de empezar en libros,
Agüero que á mis cautelas
Amenazó los escritos,
Que en tanto docto volúmen
Me hacen guerra! ; Quién ha visto
Que hayan de sudar las prensas
Las fatigas del abismo?
¡Oh cuánto me ofende Ignacio
En ver que corran sus hijos
Desde el anatema inglés
Al cismático abisino,
Los siempre helados del norte
Carámbanos ateridos,
Las siempre ardientes arenas
Que el Can enciende maligno!
¡Oh cómo Borja no ménos
Hoy me ofende, cuando miro
Que el tierno plantel de Ignacio
Tanto debe á sus cultivos!
¿Qué mucho, si de cuarenta
De sus mártires invictos,
Cuya sangre en solo un día
Bebió sediento el cuchillo,

Hoy nuevamente se adorna
Este humano paraíso?
Tiernas flores, de que el cielo
A Borja un presente hizo,
Como quien dice: «No hayas
Miedo que el tiempo marchitos
Ponga los rojos claveles
Que ensangrentados te envío,
Si en el humor de su sangre
Llevan el riego consigo.
Mas ¡ay! que de cuantas glorias
Envidiosamente gimo
En Borja, la que mas siento
Es que el cielo mi enemigo
Me adelante las noticias
¡Ay de mí! del feliz siglo
En que ha de canonizarle
El gran vicario de Cristo.
Ya á Borja, desesperado,
De vencer me desobligo;
A Don Sancho no; que en él
A Borja un lauro le quito.
Invisible, al aposento
Donde está Don Sancho, asisto.

Una celda de la casa de la Compañía.

ESCENA VI.

DON SANCHO, *sentado á una mesa, leyendo en un libro.*—EL DEMONIO EN MARCELA.

MARCELA. (Ap.)

¡Qué suspensamente yace
En la lección divertido!
De sus antiguos cuidados
No muestra el menor indicio;
Yo se los despertaré,
Introduciendo en el libro
Los instrumentos que un tiempo
Fomentaron sus delitos.

DON SANCHO.

Que no vive el que peca, aquí he leído:
Luego si estuve siempre en mal estado,
Aun no he nacido yo: ¡tanto he pecado!
¡Válgame Dios, y el tiempo que he per-
¡Qué bien *espejo* intitula [dido!
Borja este devoto libro!
No porque de las fealdades
En él de mis culpas miro,
Ni porque á su luz mi alma
Componga sus desaliños,
Sino es porque estando en duda
Si estoy muerto en mis delitos
O vivo en mis desengaños,
Cuando á su cristal me aplico,
Pues á sollozos le mancho,
Bien se conoce que vivo.
Vuelvo a leer.

MARCELA. (Ap.)

¡Oh si encontrase

El papel, que áspid nocivo,
Mordiéndole la memoria,
Vierta el veneno en el juicio!

DON SANCHO.

Dice que al pecador, no haber nacido
Le estuviera mejor: luego la nada
¡Aun es bien con la culpa comparada!
¡Válgame Dios, y el tiempo que he per-

MARCELA. (Ap.) [dido!

El libro ya por las hojas
Abre donde está el peligro.

DON SANCHO.

¡Qué papel es este? Algun
Apuntamiento, imagino,
De algun devoto. No son
Sino versos, y son míos.
Retrato, dice, á Beatriz.

¡Quién los habrá aquí traído?
Acaso yo entre las hojas
Puse el papel por registro.
(*Toma el papel, se levanta, y lo rasga.*)
Ya es otro tiempo. ¡Qué ciegos
Obraban mis desvarios
Entónces! ¡Oh qué locuras! [dido!
¡Válgame Dios, y el tiempo que he per-

ESCENA VII.

SAN FRANCISCO.—DICHOS.

SAN FRANCISCO.

Señor Don Sancho...

MARCELA. (Ap.)

¡Ay de mí!

SAN FRANCISCO.

¿Cómo os va?

DON SANCHO.

Ya, Padre mio...

MARCELA. (Ap.)

Su vista huyendo, á mejor
Tiempo mi engaño remito. (*Húndese.*)

ESCENA VIII.

DON SANCHO, SAN FRANCISCO.

DON SANCHO.

Rotas veo las cadenas,
Quebrados siento los grillos,
Que de voluntarios hierros
Me hice prisiones yo mismo.
No imagino ya las cosas
Como de ántes; y en mi juicio
Otro nuevo ser parece
Que tiene cuanto imagino.
Miraba yo la hermosura
Como á deidad; ya la miro
Idolo, que de mi muerte
Compone sus sacrificios.
Al poderoso del mundo,
¡Qué poco ya que le envidio
Aquel deseado riesgo
De su alma! Si es preciso
Despeñarse en el sepulcro
Tanto el pobre como el rico,
¡Qué viene á ser el ser pobre?
Por cierto, yo no colijo
Que sea mas que tener
Mas bajos los precipicios.
Y en fin, Padre, que por tantas
Razones os llamo mio,
Ya que á quebrar con el mundo
De una vez me defermio,
Y ya que mi pensamiento
Anda huyendo de mis vicios,
Quisiera en la Compañía
(Bien que me conozco indigno)
De vida tan mal gastada
Satisfacer los delitos.

SAN FRANCISCO.

(Ap. Aunque yo, Dios mio, nunca

Dudé de lo prometido,
Esto de cumplirse el plazo,
Cierto, me alegra infinito.)
Muy bien, señor, me parecen
(Ap. Y tanto, que el regocijo
Se derrama por los ojos)
Vuestros devotos designios.
Pero ¿sabeis vos si acaso
Querrán acá recibiros?
(Ap. Si querrán; que ha de ser uno
De sus muy ilustres hijos.)

DON SANCHO.

Bien sé yo que no merezco
La felicidad que os pido;
Pero este llanto que arrojo, (*Llora.*)

Las véras con que os suplico,
Merezcan...

SAN FRANCISCO.

Y ¿qué sabemos
Si es ese llanto fingido?

DON SANCHO.

Padre, no he de levantarme
Desos piés donde me rindo...

(*Arrodillase.*)

SAN FRANCISCO.

Acabemos; que eso solo
Faltaba á lo prometido.
Llegad, señor, á mis brazos;
Que pues toca esto á mi oficio,
Desde luego, y muy gustoso,
Digo, señor, que os recibo.
Pero mirad... De una vez
Hagamos burla del siglo.
¿Os atreveréis?...

DON SANCHO.

A cuanto

Sepa yo que en ello sirvo
A Dios, y de mis pecados
Descuento el justo castigo.

SAN FRANCISCO.

Eso sí. ¿Veis la alegría,
Que de haberos convertido
Hace el cielo? Pues mi parte
Tambien della participo.

DON SANCHO.

¿Qué mandais que haga?

SAN FRANCISCO.

A la puerta

De la calle los novicios
Van sacando aquel ribazo
De tierra: id, introducidos
Con ellos, tomad la espuerta,
Y con ese traje mismo
En que ahora estáis tan bizarro,
Que á Dios mil veces bendigo,
Ayudadles á sacar
Tierra. Y ved lo que os aviso,
Que los novicios reirán
Mucho de veros; reís
Vos tambien; que así entraréis
En posesion del oficio.

DON SANCHO.

Voy á obedecer.

SAN FRANCISCO.

Ajadle

Sus vanidades al siglo.

(*Vase Don Sancho.*)

ESCENA IX.

SAN FRANCISCO.

¡Bendito sea Dios, que ya
Oyó su amoroso silbo
Aquesta perdida res!
Mas ¡ay Dios! ¿cómo me olvido
De rogaros por el alma
De mi señor Carlos Quinto?
A esta capilla, en que tengo
Colocado un crucifijo,
(Mas ¡qué de favores debo
A su piedad!) me retiro.
¡Oh qué de cosas mi alma
Lleva, Señor, que pediros!
Rico sois, y somos pobres,
Padre sois, y somos hijos:
Claro es que no extrañaréis
En mis súplicas, Dios mio,
Ni que un hijo pida á un padre,
Ni que un pobre ruegue á un rico.

(*Vase.*)

Calle.

ESCENA X.

DOÑA BEATRIZ, INES, JUANA.

DOÑA BEATRIZ.

El alma se me obscurece
De dejar la Compañía.

INES.

¡Esto es mejor, á fe mia!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué dices?

INES.

El cochero, á lo que infero.

DOÑA BEATRIZ.

Pues ¿estarse no pudiera
En la iglesia?

JUANA. (Ap.)

¿Si quisiera

Tambien devoto al cochero?

INES.

¡Que esto, señora, permita
Tu paciencia! ¡Qué atrevido!

JUANA.

Sin duda que se habrá ido
A rezar á alguna ermita.

INES.

Mientras que van á buscalte,
Quitémonos de aquí ahora;
Que andan sacando, señora,
Los novicios á la calle
Tierra, y con el polvo nos
Cegarán.

DOÑA BEATRIZ.

Antes deseo

Verlos; que en cada uno creo
Un templo vivo de Dios.**ESCENA XI.***Van saliendo algunos NOVICIOS con espuertas de tierra, y DON SANCHO con ellos, y detiéndose á la puerta. —*
DICHAS.

JUANA.

¡Ay, qué bellos angelitos!

INES.

Todos son como una plata.

JUANA.

El corazon me arrebata
Verlos santos y bonitos.
Señora, llamemoslós.

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué modestos van! Qué bellos!

Pero ¡Don Sancho con ellos!

¿Qué es esto? ¡Válgame Dios!

INES.

¿No ves tu primo, señora?

DOÑA BEATRIZ.

¡Dudando estoy lo que toco!

INES.

¿Si se hubiese vuelto loco?

JUANA.

¡Esto tenemos ahora!

DON SANCHO. (Ap.)

Gente mirándome está...
No sé si á salir me atreva...;
—Pero ¿no es Dios quien me lleva?
¿Qué dudo?

INES.

Con ellos va.

JUANA.

Hoy salia de ejercicios.

INES.

O es devocion ó imprudencia.

JUANA.

¿Si le han dado en penitencia
Ayudar á los novicios?

DON SANCHO. (Ap.)

Pues séase quien se fuere,
Veamos si mi corazon
Puede hacer que la razon
Se salga con lo que quiere.

(Sale y pasa.)

DOÑA BEATRIZ.

¡Don Sancho! ¡Primo!...

DON SANCHO. (Ap.)

¡Ay de mí!

Señor, alentadme vos...

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es esto?

DON SANCHO. (Ap.)

Que todo un Dios

Bien es menester aquí.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué á salir así os obliga?
Que en una duda tan grave
Aun la admiracion no sabe
Ni qué piense ni qué diga.

DON SANCHO. (Ap.)

Temblando, por Dios, estoy.

INES.

La duda el pecho me apura.
Preguntadle si es locura.

DON SANCHO.

Sí, señora, un loco soy,
Tan loco, que en cierto intento
La vida ¡ay de mí! perdiera
Y el alma, si no me hubiera
Atado mi encogimiento.
Loco tuve un pensamiento;
Y el faltarme hoy la cordura,
Lo conozco en que me dura
Terca, á mi pesar, su instancia;
Que alguna vez la constancia
Había de ser locura.
Cierta dolor me tenía
Fuera de todo mi acuerdo;
Que en vez de ponerme cuerdo
La pena, me enloquecía.
Della sané, porque había
Cuenta della á Dios de dar:
Ahora podeis vos pensar
Qué grande locura tuve,
Pues el juicio de Dios hube
Menester para sanar.

DOÑA BEATRIZ.

No os entiendo. Pero ¿qué
En esa tierra decis,
Con que en público salis?

DON SANCHO.

Yo, señora, os lo diré.
En alta mar embarqué
Aquel vano pensamiento;
Y Borja, al ver que mi intento
Me hizo por liviano guerra,
Me ha echado un lastre de tierra,
Porque no me pierda el viento.**ESCENA XII.**EL HERMANO MÁRCOS.—DON SANCHO,
DOÑA BEATRIZ, INES,
JUANA.

MÁRCOS.

La comunidad está...
Pero ¡Vuecelencia aquí!

DOÑA BEATRIZ.

Ménos ahora os entendi.

DON SANCHO.

Pues el Padre os lo dirá.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es esto?

MÁRCOS.

Que tiene ya

La sotana prevenida.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué decis? que el alma herida
De placer, turba el sentido.
¡Gracias á Dios! No he tenido
Gozo mayor en mi vida.

JUANA.

¡Qué lástima!

INES.

¡Qué dolor!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué vuestra imprudencia llora?

JUANA.

Ruégale, por Dios, señora,
Que no haga tal.

MÁRCOS.

Si el Señor

Le llama, ¿quién su fervor
Impedirá?

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién te mete,

Juana, en eso?

INES.

¡Que en un brete

Tal mozo á meterse va!

JUANA.

¡Ay Dios, qué mal estará
Pelado y con el bonete!

DOÑA BEATRIZ.

Señor Don Sancho, aunque no
Entendi, ni hay para qué,
Qué locura aquella fué;
¡Gracias al cielo, que os dió
Feliz luz que os alumbró!
Lámola feliz, pues siento
Que no hace un entendimiento
Obra de bien mas extraño
Que comprar un desengaño
Sin costa de un escarmiento.
Ya me entendeis.

DON SANCHO.

Sí, señora.

DOÑA BEATRIZ.

Discreto sois.

DON SANCHO.

Loco fui.

DOÑA BEATRIZ.

Sed santo.

DON SANCHO.

Tiempo perdí.

DOÑA BEATRIZ.

Pues logradle bien ahora.

DON SANCHO.

El alma por eso llora.

Adios pues.

DOÑA BEATRIZ.

Nada os impida.

Mas oid por despedida.
Primo, encomendadme á Dios.

DON SANCHO.

Que no me acuerde de vos
Será lo que yo le pida. (Vase.)

DOÑA BEATRIZ.

Tan santa resolucion,
¡Qué buen dia me ha traído!
Que verle andar tan perdido

Me quebraba el corazón.
Adios.

MÁRCOS.

Vuestra devoción
Esta dicha le ha logrado.
(Vase Doña Beatriz con Ines.)

JUANA.

Padre...

MÁRCOS.

¿Qué dice? ¿Ha callado?

JUANA.

En cortándole el cabello,
Guárdelo; que he de hacer dello
Dos trenzas para el tocado. (Vase.)

MÁRCOS.

En eso pensaba. Voy
A avisar al padre Borja,
Que ya Don Sancho estará
Recibido. Esta es la hora
De hallarle en esta capilla,
Donde la imagen devota
De un crucifijo, de hechura
Exquisita y primorosa,
Tiene colocada: aquí
Acude siempre con todas
Sus tribulaciones. No es
Maravilla, pues notoria
Fama es que hablarle suele;
Y como récela ahora
Que la Compañía nombre
Por general su persona,
Estará muy afligido. (Vase.)

Una capilla.

ESCENA XIII.

SAN FRANCISCO en oracion delante
de un crucifijo, y sobre la cabeza del
Santo bajar una llama en figura de
mitra; luego, EL HERMANO MÁR-
COS.

MÁRCOS. (Ap.)

Abierto está. ¿Qué medrosas
Mis plantas pisan el suelo,
Donde, de sangre que arroja
El Santo en sus penitencias,
Están con manchas que adornan,
No menos que ennoblecidas,
Santificadas las losas!
¿Válgame Dios! En su frente
Llama de luces copiosa
Ardiendo está, y en el aire
Otra hermosa llama forma
Una mitra, que con brillos
Misteriosos le corona.
No la luz me maravilla;
Que muchos la han visto en otras
Ocasiones desta suerte:
La mitra sí; mas ahora,
¿Ay Santo glorioso mío!
El pecho temo me rompa
El corazón, que en ternuras
Por los sentidos se asoma.

SAN FRANCISCO.

Piadosísimo Señor,
De cuya divina boca
Este pecador recibe,
Sin mérito, tantas honras;
Pues me mandais que reciba
Este cargo, á vos os toca
Darme las fuerzas que basten
A no perderos la obra
Que en la Compañía hicisteis,
Señor, para vuestra gloria.
(Suenan instrumentos, y acércase la
mitra á la cabeza del Santo.)

MÁRCOS. (Ap.)

La mitra, (¡válgame Dios!)

Sonando siempre canoras
Músicas, sobre su frente
Desciende su luz hermosa.

SAN FRANCISCO.

A gloria vuestra, Señor,
Aceptaré, si me nombran,
Este cargo, de que juzgo
Tan indigna mi persona.
(Tocan dentro una campanilla.)

MÁRCOS. (Ap.)

¿Que ahora en la portería
Llamen! Responder me toca
Por mi oficio; pero ¿quién
Dejará tan feliz gloria?
Ea; que allá querrá Dios
Que haya alguno que responda.
(Levántase el Santo de la oracion.)

SAN FRANCISCO.

Vaya, hermano, vaya aprisa.

MÁRCOS.

¡Padre mío!

SAN FRANCISCO.

Pues ¿ahora
(Dios le haga santo) anda en eso?
Sepa quién es, porque importa,
Si no me engaño.

MÁRCOS.

Ya voy.

(Ap. ¿Cómo, si Dios no le informa,
Supo que yo estaba aquí?)
Voy volando. (Vase.)

SAN FRANCISCO.

¡Extraña cosa!

Alvaro muriera á manos
De las balas rigorosas,
Si no lo hubiera estorbado,
Señor, tu misericordia.
Mas, Dios mío, si de un hombre
Peligra el alma, esta es hora
De hacer con él amistades;
Y tu piedad lo disponga
De suerte que no Don Sancho
Riesgo por cómplice corra.

ESCENA XIV.

EL HERMANO MÁRCOS, CALVETE.—
SAN FRANCISCO.

MÁRCOS.

Aquí está.

SAN FRANCISCO.

¿Qué ha sucedido?

CALVETE.

(Ap. Pues las balas y las postas
Le desiguran de suerte
Que no hay quien le conozca,
Yo callaré que era Carlos.)
Que al bajar de la carroza,
A Don Alvaro tu hijo
Le disparó una pistola
Un traidor. No le dió lumbre:
Quiso huir; pero con otra
Un criado de tu hijo
Le disparó en tan buen hora,
Que le embarazó la fuga;
Y como el paso le corta,
Conoci que no son siempre
Buenas para huir las postas.
Allí le acabaran, si
La Marquesa, mi señora,
A este tiempo no llegara,
Que se lo estorbó piadosa,
Por si confesar podía:
A cuyo fin, que recojan
Mandó el herido en un cuarto;
Y dejándole en custodia,
Por quien le confiese envía;
Porque reniega y arroja
Unas blasfemias que espantan;

Que como al traidor ahora
En mal latin le cogieron,
Echa verbos por la boca;
(Ap. Que aun en salud, el Carlillos
Tuvo de ellos una copia.)

SAN FRANCISCO.

Traiga, hermano, mi manteo,
Y pues ya tendrá la ropa
El hermano Sancho, avise
Que va conmigo.

CALVETE.

¿Quién?

MÁRCOS.

Otra

Historia es esta, Calvete.

CALVETE

Cuénteme, Padre, esa historia.

MÁRCOS.

Ya es su amo jesuita. (Vase.)

CALVETE.

¿Que lo soñé! (Ap. Solo ahora
Falta que el diablo á Carlillos
Se le lleve por las costas.) (Vase.)

ESCENA XV.

SAN FRANCISCO.

El alma, Señor, deste hombre,
Que está en lucha rigurosa,
De la muerte y de su culpa
Batallando entre dos sombras,
Hechura es vuestra, Dios mío:
Pues ¿cómo la imagen borra
El golpe de tu justicia,
Que hizo tu misericordia?
¡Piedad, Dios mío, piedad!
Rompan, Cristo mío, rompan
Los raudales de tu gracia
Esta empedernida roca
Que las corrientes la halagan
De tu auxilio, y las estorba.
A ganaros voy un alma,
Que dormida yace y sorda
En los brazos de la torpe
Ramera de Babilonia:
Vuestro auxilio me acompañe.
(Habla la imagen del santo Cristo.)

VOZ DEL CRUCIFIJO.

Llévame contigo, Borja.

SAN FRANCISCO.

¿Tanto es menester, Dios mío,
Que ese trono, en que os adora
Reverente la piedad,
Dejais gustoso, por sola
Su conversion? Mas ¿qué mucho,
Si el trono aun de mejor gloria
Por convertir la dejasteis?
Vamos, Señor. (Toma el santo Cristo.)

ESCENA XVI.

CALVETE; EL HERMANO MÁRCOS,
con el manteo.—SAN FRANCISCO.

CALVETE.

Que responda

No es posible.

MÁRCOS.

Ya el hermano

Sancho espera.

CALVETE.

Si la boca

Guarda así en el refectorio,
No hará en casa mucha costa.

SAN FRANCISCO.

Encomiende, hermano Márcos,
Este hombre á Dios, y disponga
Que los hermanos novicios

Apliquen sus fervorosas
Penitencias á este intento ;
Porque si ellos no lo logran,
Mucho me temo que Dios
Mis oraciones no oiga.

MÁRCOS.

Yo avisaré. (Ap. Gran cuidado
Lleva mi gran padre ahora :
Algun gran mal pronostican
Sus palabras y sus obras.
Tras él irá ; que no sufre
Mi amor saber que le ahoga
Una pena , y no saber
Qué es lo que se le ocasiona.) (Vase.)

ESCENA XVII.

CALVETE.

Vamos á ver en qué pára
Prevencion tan misteriosa.
Pero mientras llevo , tengo
Que discurrir en dos cosas.

(Paseándose.)

La primera es : ¿ qué le habrá
Movido á Carlos ahora
A intentar darle la muerte
Al Marqués ? Mas ¿ qué me importan
Estos discursos á mi ,
Cuando sé que en Barcelona
A Carlos el Marqués quiso
Despacharle con la hacha ?
La otra me importa mas.
¿ Qué he de hacer de mi persona ,
Ya que Don Sancho ha dejado
El mundo y sus vanaglorias ?
¿ Meterme fraile ? Eso no ;
Guarda , Pablo ; que se azotan ,
Y yo no me sé pegar,
Si no es cuando meto gorra.
Ahora bien , si Carlos muere ,
Marcelilla queda sola :
Pues acótola por mia.

(Vase.)

Sala en casa de Don Alvaro.

ESCENA XVIII.

CALVETE ; y despues, DON ÁLVARO,
DOÑA BEATRIZ Y UN CRIADO.

CALVETE.

Ya llegué entre estas y estotras
En cas del Embajador,
Que con la Marquesa ahora
Hablando viene : diréles
Como viene el padre Borja ;
Y en todo acontecimiento ,
Callar que es Carlos me importa.

(Salen Don Alvaro, Doña Beatriz
y un criado.)

DON ÁLVARO.

¿ Que no le han conocido ?

CRIADO.

El rostro , de las balas tan herido
Quedó y desfigurado,
Que no es posible.

DOÑA BEATRIZ.

Mas ¿ si habrá llegado
Quien le confiese de la Compañía ?

CALVETE.

Desesperado dijo que moria ;
Y el padre Borja apenas lo oyó , cuando
Su manto tomó , salió volando ,
Y yo , por mas ligero ,
Aunque tras él sali , llegué primero ,
O porque tengo en el correr mas maña ,
O porque asi convino á la maña ,
Si ya no fuéron estas diligencias
Por darles una nueva á Vuecelencias.

DON ÁLVARO.
¿ Y qué la nueva es ?

DOÑA BEATRIZ.

Bien lo adivino.

CALVETE.

Que mi amo se ha entrado teatino :
Y veisle allí , de hermano compañero,
Que con el Santo viene.

DON ÁLVARO.

Salir quiero

A recibirlos.

(Vase.)

CALVETE. (Ap.)

Bien en esto fundo [do
Que Dios le trae á ver que el moribun-
Es Carlos , porque dé fiel testimonio
De cuál trata á los suyos el demonio.

(Vase.)

ESCENA XIX.

JUANA , INES. — DOÑA BEATRIZ,
EL CRIADO.

INES.

¡ Ay , qué reniegos el cuitado arroja !

JUANA.

Si aquí se muere , el miedo y la congoja
Me han de hacer esta noche , á lo que in-
[fiero,
Que me vaya á rezar con el cochero.

DOÑA BEATRIZ.

Encomendadle á Dios.

JUANA.

Oírle espanta.

Señora , pues el cielo te hizo santa ,
Ruégale á Dios , porque mi miedo crece,
Que no me acuerde dél cuando le rece.

ESCENA XX.

EL HERMANO MÁRCOS. — DOÑA BEA-
TRIZ , LAS CRIADAS Y EL CRIADO.

MÁRCOS.

Señora...

DOÑA BEATRIZ.

Hermano Márcos , ¡ asustado
Parece que venis !

MÁRCOS.

En gran cuidado

El padre Borja puesto me tenía ,
Al ver la turbacion con que salía ; [to,
Que es causa extraña la que puede tan-
Que le hace mudar semblante á un san-

INES.

[to.

En el cuarto de afuera

Luchando le hallaras con una fiera ,
Cuyo pecho , mas duro que una roca ,
Infiernos está echando por la boca.

MÁRCOS.

Voy á ver en qué pára. Santo cielo ,
A su intento ayudad , pues veis su celo.

(Vase.)

ESCENA XXI.

DON ÁLVARO ; Y DON SANCHO , de
jesuita. — DOÑA BEATRIZ , LOS CRIA-
DOS.

DON ÁLVARO.

Resolucion , señor , ménos prudente ,
Nunca esperé de vos.

DOÑA BEATRIZ.

No este accidente

Turbe el placer de veros empleado
En tan feliz , en tan dichoso estado.

DON SANCHO.

Al padre Borja siempre agradecido ,
Confesaré que vuestra casa ha sido

El todo de mi suerte.
¡ Gracias á Dios que mi dolor advierte
En los recuerdos de mi vana historia
Que anda sin mi deseo la memoria !

INES.

¿ Qué feo está pelado !

JUANA.

¿ Si Márcos el cabello habrá guardado ?

INES.

El está que da miedo.

JUANA.

Pues ¿ ves ? Cierto,
Que yo tuviera mas temor á un muer-
[to.

ESCENA XXII.

CALVETE. — DON ALVARO , DON
SANCHO , DOÑA BEATRIZ , LOS
CRIADOS.

CALVETE.

¡ Triste cosa , señor !...

DON ÁLVARO.

¿ Qué ha sucedido ?

CALVETE.

No puede el padre Borja á ese perdido
Persuadirle á que deje con sus ruegos
Sus juro , sus blasfemias , sus reniegos.

DON SANCHO.

Socorrerále la piedad divina.

CALVETE.

[musquina;
Por Dios , que el hombre huele á cha-
Y tal es de sus votos el exceso ,
Que yo pienso que es ya diablo profeso.

DON ÁLVARO.

Pues ¿ cómo su porfia
Se resiste á la recia batería ,
Que con tan vivo celo
Por boca de mi padre le da el cielo ?

CALVETE.

Como su terquedad extraordinaria
Siempre á Borja le da por la contraria.
Dicele que perdon pida rendido ,
Y sale con decir : « Venganza pido. »
Ya con rígida voz , ya con voz tierna ,
La muerte temporal , la muerte eterna
Le acuerda ; mas con voces repetidas ,
Si Borja echa por muertes , él porvidas.

BEATRIZ.

¿ Posible es que á resistir se atreve
A aquel Dios puesto en cruz ? ¿ Que no
[le mueve

La ansia con que mi padre arrodillado
Clava los ojos en su Dios clavado ?

CALVETE.

Eso no me lo acuerdes , porque es men-
Que yo no le sacase allí la lengua. [gua
Dos mil visajes al mirarle hacia ,
Y si del santo Cristo se movia ,
No dejando blasfemia que no ensarte ,
Era solo á volverse hácia otra parte.

DON SANCHO.

¿ Qué cierta es la verdad tan mal creida ,
Que es la muerte del hombre cual la vi-
[da,

Y que á una vida en culpas empleada ,
Corresponde una muerte desastrada !
No caiga en mí , Señor , ley tan severa :
Dame lugar que lllore ántes que muera.

INES.

¿ Qué hay , Juana ?

JUANA.

¿ Qué hay , Ines ?

INES.

Estoy temblando.
Mañana , ántes que el sol , salgo volan-
Y á confesarme voy. [do,

JUANA.

No hay que encubriello:
A la verdad, Ines, ¿hay garbancillo?

INES.

Si, y te toca tambien; que cada hora
Murmuramos las dos de mi señora.

JUANA.

Digo que dices bien. Y este Calvete,
Es muchísima bulla la que mete [cado.
Cuando entra y sale; y no sé si he pe-
que mas veces me rio, otras me enfado.

INES.

El es un loco.

CALVETE. (Ap.)

A confesar se inclinan,
Y mis pecados son los que examinan;
Y en vez de *por mi culpa*, con golpete
Han de decir: *por culpa de Calvete*.

ESCENA XXIII.

EL HERMANO MÁRCOS, muy asustado. — DICHOS.

MÁRCOS.

¡Señor!...

DON ÁLVARO.

¿Qué hay, hermano Márcos?

MÁRCOS.

El caso mas lamentable
Que ha visto el mundo, y la fama
Guarda en eternos anales.

DON ÁLVARO.

¿Murió ese infeliz?

MÁRCOS.

Murió

Tan infeliz... Pero mande
Vuecelencia que despejen;
Que no quiere el santo Padre
Que tan aprisa el suceso
Por la ciudad se derrame.

DON ÁLVARO.

Idos, y cuidad, Calvete,
De que esa puerta se guarde.

CALVETE.

Bien está. (Ap.) ¡Qué impertinencia!
Como si acaso importase
Que se supiese temprano
Lo que ha de saberse tarde.
Mas esto va tal, que pienso
Que sin poder remediarle,
Al fin, al fin tengo de
Venir á parar en fraile.)

INES.

¿Hemos de ir, Juana?

JUANA.

Antes que
Los señores se levanten.
(Vase Calvete, las criadas y el criado.)

ESCENA XXIV.

DON ÁLVARO, DOÑA BEATRIZ, EL HERMANO MÁRCOS, DON SANCHE.

DON ÁLVARO.

Contadnos el caso ahora,
Que tan atónito os trae.

MÁRCOS.

Ya sabeis que el padre Borja
A ese agresor miserable
Vino en el lance postrero
El postrer socorro á darle;
Que procuró su remedio
Usando todas las artes
Que en Dios y en su amor estudia
Aquel espíritu grande;
Y que no pudiendo el Santo

T. XIV.

Con la espada penetrante
De su palabra hacer mella
En un corazon de carne;
Viendo que por el oido
Le halla tan incontrastable,
Muda de intencion, è intenta
Por los ojos el combate.
Saca un santo Crucifijo,
Para que mire en su imágen,
No ménos sus culpas propias
Que las divinas piedades.
Mas tanta luz, tanto fuego,
En su duro pecho hacen
La impresion que en un escollo
Los blandos soplos del aire.
Hasta aqui sabeis, y yo
Prosigo; pero guardadme
Todas las admiraciones
Para lo que aun no se sabe.
Porque aquí el padre Francisco
Con ansias inexplicables,
De la obstinacion del hombre
Acude á Dios á quejarse.
«¿Habeis de querer, Señor,
Que se pierda aquel rescate
Con que en esa cruz las deudas
Deste infelice pagastes?
Si despues habia de ser
Su condenacion mas grave,
¿Para qué al hombro tomabais
La perdida oveja errante?
¿Qué costa os tiene, Dios mio,
De vuestros auxilios grandes,
Dejando los suficientes,
Pasar á los eficaces?»
A estas voces (¡raro asombro!)
El sagrado hulto abre
Los labios, y en dulces ecos
A sus quejas satisface:
«Pidame perdon, y harémos
Por tí, Francisco, las paces;
Que yo mi piedad le ofrezco,
Si él de mi piedad se vale.»
A tan amorosa oferta,
Aquella furia intratable,
Que estaba ya poseida
De las furias infernales,
«No quiero piedad, responde;
Ni perdon; que dél capaces
No son mis culpas, y solo
Siento morir sin vengarme.»
Mas aun con esto no cesa
De su empeño el Señor; ántes
Le da de su amor mas nuevas,
Mas evidentes señales,
Pues repitiendo prodigios
Que en la admiracion no caben,
Sus cinco heridas desata
En cinco rojos raudales:
Ya fuese sudor sangriento,
Que aquella alma vil le hace
Que vierta, con la congoja
Del peso de tanto ultraje;
Ya fuese apacible riego
Que en la ingrata tierra esparce,
Porque con él la dureza
De su obstinacion ablande;
Ya renovar las heridas,
Señalando así al infame
Agresor que le dió muerte,
El sacrosanto cádaver.
En fin, viendo que no basta
El haber rompido en mares
De la comun providencia
La misericordia el márgen;
Que á la sangre del Cordero
Aun se resiste, indomable
En su obstinacion, aquel
Endurecido diamante;
Del madero el Crucifijo
Suelta un brazo, y á la parte
Del roto costado aplica

La mano, que llena sale,
Y el rostro atrevido estrella
Con un puñado de sangre,
Diciendo: «Pues derramada
Por tu amor, la despreciaste,
Caiga sobre tí en rigores
La que se vertió en piedades.»
Desta accion y esta sentencia
A los dos rayos fatales,
¿Del cuerpo infeliz, qué mucho
Que la torpe alma se arranque?
Murió entre rabiosas ansias,
Y aun hay indicios bastantes
En el negro humo que deja,
Del fuego infernal en que arde.
Este es el caso, señora,
El cual es justo que pasme
Al mundo, y que ejemplo eterno
Dé á las futuras edades.

ESCENA XXV.

CALVETE. — DICHOS.

CALVETE.

¡Señor! ¡Señora!

DON ÁLVARO.

¿Qué es eso?

DOÑA BEATRIZ.

¿Unos sobre otros los males?

CALVETE.

Que en el oratorio está
Vertiendo tu santo padre
A mares el llanto, y los
Suspiros á tempestades.
Parecióme que no era
Razon dejar de avisarte;
Que pues él no lo ha pecado,
Es lástima que lo pague.

DON ÁLVARO.

Vamos allá, por si acaso
Sirviese el acompañarle
De que su dolor se temple,
O que su llanto se ataje.
(Vanse Don Álvaro y el hermano Márcos.)

DOÑA BEATRIZ.

Vamos todos. ¡Oh qué fuerte
Sobresalto me combate,
Viendo á Dios tan enojado!
Pero bien puedo ampararme
En presencia de Francisco
De las iras celestiales. (Vase.)

DON SANCHE. (Ap.)

¡Oh cuánto debo, Señor,
A tu voluntad amante,
Pues cuando de tu consejo
El secreto inapeable
Permite que este se pierda,
Dispone que yo me salve!
¡Oh cuánto á tu amor me obliga
El ver que tu piedad trace
Que de castigos ajenos
Mis escarmientos se labren! (Vase.)

CALVETE.

¡Que se admiren tanto todos
De que el diablo se llevase
A un renegado, y no haya
Quien llore ni quien se espante
De que cada día se lleve
Tanto número de sastres? (Vase.)

Oratorio de Don Álvaro.

ESCENA XXVI.

SAN FRANCISCO, arrodillado delante del santo Cristo.

¡Que en vuestros ojos, Señor,
Sean mis delitos tan graves,

38

Que el enojo de mis culpas
Aun á mi prójimo alcance!
; Que no solo contra mi
Os provoquen mis maldades,
Sino que aun á herir en otros
Vuestra mano airada alarguen!
Mas no me espanto, Dios mio,
Que vuestro rigor se ensanche;
Pues cabiendo en mi la ofensa,
En mi el castigo no cabe.
Y dado que á culpas propias
Ajenos castigos cuadren,
Yo solo á condenar basto
Todo el humano linaje.
En fin, ; se perdió aquel alma
Por mí! ; qué cargo tan grande!
Quien tanto os llegó á quitar,
¿Cómo es posible que os pague?
(*Quédase como arrobado.*)

ESCENA XXVII.

Suena música, y baja UN ANGEL en un trono; y salen por un lado DON ÁLVARO, DON SANCHO, EL HERMANO MÁRCOS y CALVETE; y por el otro, DOÑA BEATRIZ, INES y JUANA.— SAN FRANCISCO.

DON ÁLVARO.

Envuelto en tristes sollozos
Pensé encontrar á mi padre,
Y hallo que todo resuena
En músicas celestiales.

DOÑA BEATRIZ.

Pensé hallar el oratorio
Envuelto en obscuridades,
Y hallo que todo se viste
De resplandores el aire.

MÁRCOS.

No os admireis; que con Borja
Usa el cielo extremos tales,
Que estos que aqui veis, son ya
Favores en él vulgares.

DON SANCHO.

¡Oh qué dulce es Dios! ; Y cuánto
En sus retiros amables,
Para aquellos que le buscan,
Esconde de suavidades!

CALVETE.

Pensé que venia á francirme
Entre llantos y pesares;
Pero este son ántes es
Cosa de venir al baile.

JUANA.

¡Jesus! Ines, ; qué contento!
¡Qué hermoso que baja el Angel!
Bello tapapiés se hiciera
De aquella ropa que trae.

(*Llega el Angel al suelo, y levanta al Santo de la mano.*)

ÁNGEL.

Levanta, Borja, del suelo,
Donde tu humildad te abate;
Que á quien como tú se humilla,
Justo es que Dios le levante.

SAN FRANCISCO.

¿Qué es esto, Señor? ; ¿Que el cielo
Á favorecerme baje,
Cuando indigno juzgo que
Sobre mi el cielo se cae?

DON ÁLVARO.

¡Hay favor tal!

DOÑA BEATRIZ.

¡Hay tal dicha!

DON SANCHO.

¿Hay gloria que á esta se iguale?

CALVETE.

¡Oh qué lindo era el ser santo,
Si fuera una cosa fácil!

ÁNGEL.

Llegad todos, porque el cielo,
Para que á todos alcancen,
De las glorias de Francisco
Quiere hacer público alarde.
No á culpa tuya atribuyas
¡Oh Borja! el que naufragase
El bajel que se perdió
Porque no quiso salvarse.
Dios hizo mucho por él,
Ya tú lo viste; y el darle
Tan recios toques, fué efecto
De tus ruegos eficaces.
Viendo tu afliccion humilde,
Me manda que de su parte,
Como á triste te consuele
Y como á humilde te ensalee.
General te quiere hacer
De su Compañía, y fiarte
El cargo de aquel tan suyo
Lucido escuadron volante.
Mañana, ántes que del sol
El carro luciente baje
A bañarse de la mar
En los cerúleos cristales,
Se hará la eleccion dichosa,
Y sin que un voto te falte,
El baston te entregarán
Los congregados vocales.
¡Oh, cuánto la Compañía
Crecerá á su sombra! ; Cuáles
De las huestes del abismo
Serán los triunfos que alcance!
Por tu celo se verá
En todas sus cuatro partes
Bañado de luz el orbe.
Tintos de coral los mares.
El Evangelio esparcido
Desde el Danubio al Eufrates,
Del hereje mas ladino
Hasta el indio mas salvaje.
Veráanse entre los cristianos,
Por tu prudencia admirable,
Extinguidas las discordias
Y concordadas las paces.
Glorioso fruto será
De tus sagrados afanes
La victoria que en Lepanto
Han de conseguir sin sangre
De la católica liga
Los cristianos estandartes.
Pero aun á mas quiere el cielo
Que el feliz anuncio pase
De tu gloria, y que por tí
Hoy sincopada se halle
La sucesiva tarea
De los círculos solares;
Porque cuando vea España
Un Sol *segundo*, que nace
A consolar las memorias
De Felipe Cuarto el Grande
(Que tanto llanto no pudo
A ménos sol enjugar),
Verá la española corte,
De reverentes altares,
De numerosos concursos,
Ya en sus templos, ya en sus calles,
Que á tu canonizacion
Hermosos verjeles nacen.
Aquel templo sumptuoso
Que en vuelos piramidales
Escalar pretende el cielo,
Pues para trepar al aire
Le prestaron su altivez
Las águilas imperiales,
Parecerá en sus adornos,
Milagrosamente grandes,
Hibleo mejor, adonde
Las flores, por desquitarse
De que á su costa la abeja
Fabrique hermosos panales,
Querran de ceras hermosas

Ellas tambien fabricarse,
En cuyos honrados celos
Y enemigos maridajes
Contemple la admiracion,
A los aliños del arte,
No que las ceras florecen,
Sino que las flores arden.
Todo será fiesta el triunfo,
Tanto que llegue á violarse
El coto al melindre esquivo
De la farsa; y sin quebrarle
A la urbanidad sus fueros
Ni á lo natural sus frases,
Hasta tus hijos escriban
Comedias, para mostrarle
Al mundo que están ajenos
Aun de lo que están capaces:
Para que sepan todos los mortales
Cuánto honra Dios á quien procura
(*Vuela.*) [honrarle.]

SAN FRANCISCO.

Aguarda, nuncio divino.
; Vos á mí, Señor?... Mas calle
Mi lengua, cesen mis dudas,
Porque con favores tales
Bien mi indignidad declaran
Vuestras liberalidades;
Pues siempre elige el acuerdo
De vuestro sabio dictámen
Para el mas divino asunto
El instrumento mas frágil.

DON ÁLVARO.

Toda el agua ha echado el cielo
A las glorias de mi padre.
Marquesa, Don Sancho, todos,
¿Cómo no llegais á darme
Mil parabienes de que
Hijo de un hombre me llame,
A quien así Dios franquea
Sus tesoros celestiales?

DOÑA BEATRIZ.

En los dos, Marqués, las dichas
Las mismas son, que no iguales.

DON SANCHO.

Para mí los parabienes
Pienso yo, primos, tomarme,
Pues de tan crecidas glorias
Me toca la mayor parte.

MÁRCOS.

Pues yo se los doy á todo
El mundo, que ha de gozarse
De celebrar reverente
Sus grandezas, donde halle
En sus virtudes heróicas
Ejemplo el mas admirable,
Y en su poderoso auxilio
Remedio á todos sus males.

CALVETE.

Yo tambien; que no era justo
No salir yo en este lance;
Que esta es comedia sermón,
Y es bien que con gracia acabe.
Tenga pues fin la comedia
Del gran Duque, que si ántes
Entre los grandes fué santo,
Ya es entre los santos grande.

1 Con esta declaracion no cabe duda en que las dos comedias de *San Francisco de Borja* son obra de dos padres jesuitas. Hay ademas otro testimonio que se citará en el catálogo cronológico. En la edicion suelta que comunmente se halla de esta obra, faltan muchos versos en esta relacion y en otros pasajes del acto tercero; aqui se han restituido, copiándolos de la *Parte 45 de comedias de los mejores ingenios de España.*

EL SACRIFICIO DE EFIGENIA¹,

COMEDIA ATRIBUIDA A DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, REFUNDIDA

CON TÍTULO DE TRAGEDIA, EN CINCO JORNADAS, POR DON CÁNDIDO MARÍA TRIGUEROS.

PERSONAS.

ORÉSTES, griego, príncipe de Micena, hermano de Efigenia, galán.
TÓAS, emperador de Tauride, perjuro y tirano, elegido para esposo de Tomiris, y luego declarado amante de Efigenia, enemigo de Grecia, galán.
PÍLADES, rey de Fócis, auxiliar de Oréstes, amante de Efigenia, griego, galán.

TÁGIS, capitán de las guardias de Tóas, galán.
IDÁSPES, ministro y consejero de Tóas, barba.
ANTENORO, auxiliar de la plebe y confidente de Tomiris, barba.
EFIGENIA, desconocida princesa de Micena, sacerdotisa de Diana, dama.
TOMIRIS, princesa de Tauride, here-

dera del imperio, dama.
ARGÉNIS, ninfa de Diana, confidente de Efigenia.
NINFAS de Diana.
DAMAS de Tomiris.
Comparsa de SOLDADOS.
Comparsa de MÚSICOS con instrumentos.
MARINEROS.
ESCLAVOS.

La acción se representa en la ciudad de Tauride, corte del imperio de este nombre, y puerto de mar que la circunda, convecino al reino de Creta.

JORNADA PRIMERA.

La mutación será una plaza de armas, con fachada de palacio.

Sale por el patio ó por un lado del teatro TROPA formada, al compás de la música, cajas y clarines. Varios ESCLAVOS conduciendo despojos, elefantes, tigres, etc. Estandarte con las armas reales; y TÓAS, armado de acero, á caballo; y dicen con la salva:

TODOS.

Vivan Tóas y Tomiris
Por largas eternidades!

Salen TOMIRIS, DAMAS; IDÁSPES
y ANTENORO.

MÚSICA.

En hora dichosa venga
El nunca vencido Marte,
Tóas, heróico monarca,
Donde su corte le aclame,
Llegue, llegue dichoso,
Para que enlace
La mano de Tomiris,
Que goce eternidades.

TOMIRIS.

No cese la aclamación
Debida á las inmortales
Hazañas de tan invicto
Monarca, de héroe tan grande:
Y así repetid, poblando
La vaga región del aire...

ELLA Y MÚSICA.

En hora dichosa venga
El nunca vencido Marte.
(Tocan marcha.)

TÓAS.

¿Qué bien suenan á mi oído?
Entre aplausos militares,
Las métricas armonías
Que caudillas, para darme

¹ Véase lo que se dice de este drama en el catálogo cronológico que va despues.

El parabien, cuando vengo,
No sé si diga triunfante
O vencido! pues si pudo
En campaña mi coraje
Conquistar reinos, ganar
Batallas, vencer combates,
Todos son para rendiros
A tus piés, haciendo alarde
De triunfante en lo que venzo,
Y de vencido en lo amante.²
Y así, mientras se disponen
Las ceremonias nupciales
En el templo, y en sonoros
Epitalamios se aplaude
De Tomiris y de Tóas
El mas venturoso enlace,
Llega á mis brazos, y digan
Por ti los ecos marciales...

ÉL Y TODOS.

¡Viva la hermosa Tomiris,
Porque reine, triunfe y mande!
(Salva.)

TOMIRIS.

Bien corresponde ese afecto
Al que debes á mi amante
Cariño.

TÓAS.

Y mi obligación;
Pues si Aristeo tu padre,
Que coronado de estrellas
En mejor imperio yace,
(Ap. Que yo dispuse su muerte
Por reinar, es bien que calle.)
Por sabia razon de estado
Me eligió, por el mas grande
O mas osado ó mas digno,
O por todo, que es mas fácil,
Por sucesor de este imperio;
Fué jurando en los altares
De Diana ser tu esposo,
Porque conmigo reinases.
No quise cumplir entónces
El voto; que era desaire
De mi soberbia ceñirme
El sagrado laurel, ántes
De dar á entender al mundo
Que quien sabe conquistarse
Reinos, debe poseerlos

^{2, 3} El lector recordará trozos de CALDERON muy parecidos á este.

A pesar de deslealtades
Que lo desigual en mí
Desestiman con ultraje.
Y dándome digno asunto
El de Scitia, dominante
De nuestras huestes salí,
No á oponerme á su arrogante
Orgullo, que eso sería
Corta empresa; á castigarle.
Con el reino le quité
La vida, y haciendo paces
Con el de Salmacia y Creta,
Que eran sus dos auxiliares,
Convecinos de este imperio,
Juraron inseparable
Alianza, y en mis dominios
No causar hostilidades,
Viendo de Marte el furor
Tan en favor de otro Marte.
Ya soy digno esposo tuyo,
Pues pudo proporcionarme
Mi valor en las conquistas
De tres años, el esmalte
De lo regio, que podías
Echar ménos en mi sangre.

ANTENORO.

Siempre fuéron tus victorias
Merecedoras, por grandes,
De la gloria que te eleva
Al augustó trono.

IDÁSPES. (Ap.)

Aun laten

En sus venas los furores
De su inclinación.

TÓAS.

Idáspes,
¿De humanas víctimas griegas
Se han poblado los altares
De nuestra diosa en mi ausencia?

IDÁSPES.

No hubo griego que arribase
A tus puertos, que á Diana
No se le sacrificase.

TOMIRIS. (Ap.)

Por mas que un rigor tan fiero
Fuese contra mi dictámen.

TÓAS.

Con ese consuelo alivias
Las dudas que me combaten;

Que hasta que Tágis, á quien
Esperando por instantes
Estoy de vuelta de Grecia,
Me ofrezca seguridades
De Orétes, cruel enemigo
De mi corona, no cabe
Gusto que á mi corazon
Quite el temor con que late.

IDÁSPES.

Al magnánimo varon
Nada asusta.

TOMIRIS.

Ese temor? *¿De qué nace*

TÓAS.

De presagios
Que me amenazan fatales.

Sale TÁGIS.

TÁGIS.

Dadme vuestros piés; y vos,
Gran señora...

TÓAS.

Amigo Tágis,
Llega á mis brazos. *¿Murió*
Orétes ya? *¿Le mataste?*
¿Triunfaste de él? ¿Son mis hados
Desde aqui mas favorables?
¿Le has preso? ¿Puede ya Tóas
Respirar? ¿Qué nueva traes?
Habla.

TÁGIS.

Corrí toda Grecia
Buscando á Orétes.

TÓAS.

¿Le hallaste?

TÁGIS.

No le hallé.

TÓAS.

¡Noticia infausta!

TÁGIS.

Supe que, muerto su padre
Agamenon, de Micena
Rey augusto, formidable,
Sangriento, cruel, vengativo.
A las supremas deidades
De los dioses irritó
Por un delito execrable.
De tan ciego atrevimiento
Resultó el apoderarse
De él un furor que le ciega,
Una ira que le combate,
Una rabia que le oprime,
Y de tal modo á postrarle
Llega, que vive una vida
Destinada á ser ultraje
De los dioses, lastimoso
Objeto de los mortales,
De todos mal visto, y solo
Bienquisto de sus crueldades.
De si mismo aborrecido,
No halla centro que le guarde
En la tierra; y solo mira
Con aspecto favorable,
Sacrilegamente impio,
Lo que es mas abominable.
De un su amigo acompañado,
Poco ántes que yo llegase
A Grecia, por cuya causa
No le encontré, en una nave
Se hizo al mar, sin llevar otro
Gobierno que su coraje.
Dicen que trae por destino,
No solo infestar tus mares,
Sino profanar el templo
De nuestra diosa, y llevarse...

TÓAS.

¡Bárbaro arrojó!

TÁGIS.

A Diana

De nuestros mismos altares.

TÓAS.

Calla, calla; que me has muerto
De herida tan penetrante.

TÁGIS.

Y así, teme, gran señor...

TÓAS.

¿Qué he de temer? ¿Es tan fácil
El lograr como emprender
Tan locas temeridades?
¿Qué consiguió Agamenon
En diez años con mil naves,
Sino volver derrotado?
¿Pues por qué un hombre ha de darme
Recelo?

IDÁSPES.

En la confianza
Está el peligro.

TÓAS.

Cobarde,
¿Podrá venir sino á ser
Victima de mi coraje
Como todos sus patriotas?
(Ap. Por mas que quiero esforzarme,
Timido el pecho, recela
Consecuencias muy fatales.)
Y porque mejor lo veas...
—Nobles vasallos leales,
Aquel odio declarado
Contra Grecia, si fué ántes
Razon de estado, ya es hoy
Religion revalidarle.
La ofensa es contra los dioses.
Cuantos griegos arribaren
A mi reino, á mi presencia
Se conduzcan, porque calmen
Con su muerte los recelos
Que Orétes pudo causarme.
Tenga pena de la vida
Quien traidor los amparase:
Veamos si del furor
De Tóas puede librarse.

ANTENORO. (Ap.)

¡Oh, no llegue él y ese impio
Rencor á precipitarte!

TÓAS.

Y porque vea la diosa
Que están mis felicidades
A su arbitrio, al sacerdote
Dirás que en el terso jaspe
De sus aras, sacrificios
Prevenga, que al inmolarse
Victimas por él, mi ardiente
Fervoroso celo abrase
Con la antorcha que himeneo
Encienda.

TOMIRIS.

Luego *¿no sabes*
Que por decreto del cielo
No tienen ya los altares
De Diana, sacerdotes?

TÓAS.

Pues su sagrado carácter
¿Quién sustituye?

TOMIRIS.

Ignorada
Beldad, que de sus piedades
Conducida hasta su templo,
Logra el esplendor brillante
De ser su sacerdotisa;
Y tanto se satisface
De ella, que sus vaticinios
Son arcanos inviolables.

TÓAS.

¿Y es ella por quien probaron
La segur inexorable
De mis sañudos decretos
Cuantos viles griegos yacen?

IDÁSPES.

Ella es la que, enardecida
De aquel celo respetable
Que su augusta regía éstirpe
La ha inspirado (pues se sabe
Que es de los dioses), vertió
Impiamente su sangre.

TÓAS.

Pues si concurren en ella
Prendas tan altas, mi enlace
Solemne, y culto. (Ap. Deja,
Corazon, un breve instante
De afligirme.) Vén, Tomiris,
Dueño mio, á desposarte,
En regio carro triunfal,
Porque emperatriz te aclamen.

IDÁSPES.

Vamos; pero repitiendo
En alternados compases...

TODOS Y MÚSICA.

Llegue, llegue dichoso, etc.
(Vanse.)

Mutacion corta de marina confinante
al templo.

En una nave, ORÉSTES y PÍLADES,
en traje griego.

PÍLADES.

Desmantelado bajel
Que por golfos cristalinos
Vuelas pensando que nadas,
Para el curso fugitivo.

ORÉSTES.

Ya que zozobrando mares
Y atropellando peligros,
Después de tan arriesgadas
Tormentas como corrimos,
Se descubre poblacion,
En el escaso bajío
De esta ensenada tomemos
Tierra; y en ella, instruidos
(Saltan á tierra.)

Del sitio en que nos hallamos,
Podrémos desconocidos
Repararnos, para que
Vuelva á tomar rumbo fijo
La osada atrevida idea
De nuestros nobles designios.

PÍLADES.

Valiente honor de la Grecia,
Siempre admirado y temido,
Noble hijo de Agamenon,
Orétes, príncipe invicto
(Que no hay que buscarte mas
Renombres esclarecidos,
Pues no hay mas que ser, que ser
Orétes), ambos seguimos
Igual fortuna, y la muerte
Aun no podrá dividirnos.

ORÉSTES.

¡Oh Pilades invencible!
(Que ya con nombrarte he dicho
Tu valor y cuántos tímores
Gloriosos te hicieron digno
De mi amistad, pues no tengo
Que ser mas que ser tu amigo,
Pues con serlo lo soy todo),
Si el simulacro consigo
Robar, que los de Tauride
Veneran, y conducirlo

A mi reino, porque calme
(Segun Vénus) este impio
Cruel delirio, verá el mundo
Que tu valor y mi brio
Son, á pesar de los dioses
Que contra mi vengativos
Se conspiran, noble asunto
A los venideros siglos.

PÍLADES.

De esta ria á la otra parte
Se distingue un edificio
Que á orilla del mar se ostenta,
De la ciudad vecino.
¿Si será templo?

ORÉSTES.

Aunque sea
Mansion en quien el abismo
Furias aborte, ¿qué tienes
Que temer, yendo conmigo?
Entra en la nave, y pasemos
A reconocer el sitio,
Pues mi cólera sañuda
Solo tendrá por alivio
El despique del desaire
Con que Neptuno ha querido
Oponerse á mis ideas,
Turbando el vasto dominio
De las olas tantas veces
A costa de mi peligro.
Entra en la nave, y pasemos
A reconocer el sitio.

(Entran en la nave.— Borrasca.)

PÍLADES.

¿Qué es esto, cielos? La nave,
Combatida de improviso,
O ya zozobra encallada,
O ya, pájaro de lino,
Vuela veloz para ser
Dela esfera desperdicio.

(Desarbólase.)

¿Piedad, dioses!

ORÉSTES.

No piedades
Invoques, pese á mi brio;
Y si hemos de morir, sea
A despechos, no á gemidos;
Que es la desesperacion
Medianera en los conflictos.

PÍLADES.

Ya el bajel toca en las peñas.

ORÉSTES.

Ya, en fragmentos dividido,
Se sepulta por instantes
En monumentos de vidrio.

PÍLADES.

Salvemos las vidas.

ORÉSTES.

Antes
De perderla, enfurecido
Mi valor, sabrá vengarme,
Si no del mar, del esquivo
Hado fatal siempre estable,
Que me ofende vengativo;
Y aun del mar, siendo mi acero
El iris del precipicio,
El freno de la borrasca
O azote de su castigo.

PÍLADES.

¿Piedad, dioses!

ORÉSTES.

Para mí
Ni la quiero ni la pido;
Que no he de deber al cielo
Lo que yo puedo á mi mismo
Deberme; y cuando una vida
Cercada de tan impíos
Contratiempos se perdiere,

Perdiéndola habré cumplido
Con la soberbia, tirana
Ojeriza del destino.

PÍLADES. (Á nado.)

Oréste, adios.

ORÉSTES.

Tu muerte,
Yo la vengaré, si vivo.
(Ocúltase la nave.)

Atrio de templo con fachada suntuosa
y puerta: á un lado, arco.

Sale LA TROPA con MÚSICA, IDÁSPES,
ANTENORO y TÁGIS; en un carro
triumfal, TÓAS, con corona y manto,
y TOMIRIS; y dan vuelta al tablado
al compás de una sonora marcha.

ANTENORO.

¿Ah del magnífico empóreo!

TÁGIS.

¿Ah del alcázar excelso!

TOMIRIS.

¿Ah del reverente olimpo!

TÓAS.

¿Ah del religioso templo
De Diana!

TODOS.

Abrid las puertas.

IDÁSPES.

Y en métricos, halagüeños,
Sonoros, festivos himnos
Nupciales, con que á Himeneo
Se invoque, aplaudid alegres
El amoroso, el estrecho,
Firme lazo, indisoluble
Que Tóas, nuestro supremo
Monarca augusto (que viva
Triunfante siglos eternos),
Hoy celebra con Tomiris,
Heredera de este imperio.

EFIGENIA, dentro.

Abrid las puertas, y todas
Salid cantando y diciendo...

Abren las puertas del templo, y salen
por ellas NINFAS con guirnaldas de flo-
res, y en azafates, palomas y otras
aves entre flores, y forman lazos can-
tando y bailando.

MÚSICA.

Sea enhorabuena,
Y enlace sus cuellos,
No el yugo que oprime,
Sino el blanco, terso,
Cándido cendal,
Cuajado de incendios.

NINFA 1.^a

Y porque benigno
Descienda, insfuyendo
El dios que invocamos,
Vén, vén, Himeneo.

CORO.

Vén, vén, Himeneo.

Sale EFIGENIA por medio de todos, de
acerdotisa bizarra, con una antorcha
en la mano.

EFIGENIA.

Vén, Himeneo, y rasgando
La esfera, desde el supremo

Alcázar tuyo, fecunda
De luces esté hemisferio.

TÓAS. (Ap.)

¿Qué peregrina beldad
Es esta que admiro, cielos!

EFIGENIA.

Y pues, perfumada el ara
De aromáticos inciensos,
No hay victima que al impulso
De mi religioso celo
Se redima por veloz
(Por mas que altanera el viento
Corra lijera, ó por fiera,
Por mas que vuela el espeso
Umbroso espacio del soto),
De sér reverente objeto
Del culto que hoy á Diana
Se consagra, prosiguiendo
El ceremonial, vos mismo
(Que bien el ornato regio
Os declara)...

TÓAS. (Ap.)

¿Qué bizarra!...

EFIGENIA.

Habéis de aplicar el fuego
A la combustible, frágil
Materia, para que al tiempo
Que se disuelva en cenizas,
Fénix de si mismo, el denso
Humo que exhalare, pueblo
La vaga region del viento.
Tomad la antorcha, y cumplid
Con el rito. (De rodillas.)

TÓAS. (Ap. á él.)

Yo estoy muerto,

Idáspes.

IDÁSPES.

Pues, gran señor,
¿Qué os aflige?

TÓAS.

Quedar ciego
De haber visto.

IDÁSPES.

¿Quién la causa

TÓAS.

¿No la estás viendo?
De mármol soy.

IDÁSPES.

Disimula
Por Tomiris.

TÓAS.

Si fallezco
Entre mortales congojas,
Todo lo demas es ménos.

TOMIRIS.

¿Qué os suspende, gran señor?

TÓAS.

No sé. (Ap. ¡Ay triste!) Alzad del suelo
(Ap. Yo estoy sin mí); que no es bien
Que esté á mis piés todo un cielo.

EFIGENIA.

Cuando de vuestra grandeza
Favorecida me veo
Con mercedes, que la esfera
Pasan del merecimiento,
Será la mas expresiva
Retórica mi silencio.

TOMIRIS.

Esta es la sacerdotisa;
Yo Tomiris. (Ap. ¡Con qué afecto
Repara en ella! ¡Ah traidor!)

TÓAS.

Di la deidad que venero,
Di el sol que me vivifica...

TOMÍRIS. (Ap.)
 Bien temí.
 EFIGENIA. (Ap.)
 ¡Qué oigo!
 TÓAS.
 Di el bello
 Idolo de mi albedrío,
 Y di el rayo que me ha muerto.
 TOMÍRIS.
 No diré sino que está
 Vuestra Alteza loco ó ciego.
 EFIGENIA.
 (Ap. Dioses, ¡qué pasa por mí!
 ¿Es esto verdad ó sueño?)
 Vuestra Majestad, señor,
 Advierta que no me precio
 De lisonjas cortesanías
 Ni hipérboles halagüños,
 Porque ofenden aun las dignas
 Alabanzas mis respetos.
 (Ap. Pundonor mío, seguro
 Estás, pues que yo te tengo.)
 IDÁSPES. (Ap. á él.)
 Señor, ¿tanto una pasión
 Te arrastra?
 TÓAS.
 No puedo ménos.
 IDÁSPES.
 Vencete á no ver, si el daño
 Está en mirar.
 TÓAS.
 No me atrevo,
 Porque ya la voluntad
 Triunfó del entendimiento.
 IDÁSPES.
 Ten valor.
 TÓAS.
 ¿Cómo un rendido,
 Quieres que pueda tenerlo?
 TOMÍRIS. (Ap.)
 ¡Oh cuántas dudas están
 Sobresaltando mi pecho!
 EFIGENIA. (Ap.)
 De esta suspension, alguna
 Fatal consecuencia temo.
 ANTENORO.
 Prosiga el culto.
 EFIGENIA.
 Tomad
 La antorcha, y entrad al templo.
 (Al arrodillarse para darle el hacha, la
 detiene y la toma la mano⁴.)
 TÓAS.
 Si haré.
 EFIGENIA.
 ¿Qué haceis?
 TÓAS. (Recatándose de Tomiris.)
 Si me abraso,
 Mariposa de tu fuego,
 ¿Qué mucho que con la nieve
 De esta mano...
 EFIGENIA.
 Soltad.
 TÓAS.
 Ciego
 De tus luces, templar quiera
 La actividad del incendio?
 EFIGENIA.
 Soltad, señor; y advertid
 Que la vuestra tiene dueño

⁴ Un lance muy parecido á este hay en la escena última del primer acto de *Teágenes y Cariclea*.

Tan digno, que no la puede
 Competir otro.
 TOMÍRIS.
 ¿Qué es esto?
 (Toma el hacha, interrumpiendo el lance,
 y quedan Tóas y Tomiris asidos de la mano de Efigenia, y ella en medio; y al tiempo de unir las manos de los dos, Tóas retira la suya con despecho.)
 EFIGENIA.
 Darme la mano su Alteza,
 Para que el vinculo estrecho
 Celebre, cuando á la vuestra
 La traslado.
 TOMÍRIS. (Ap.)
 A espacio, celos.
 TÓAS. (Ap.)
 No es sino morir, y cuando
 Quiero acercarme al remedio,
 Crecer el peligro, y solo
 Poder hallarle...
 ORÉSTES, dentro.
 Muriendo
 Satisfaré la ojeriza
 De los hados.
 PÍLADES, dentro.
 ¡Que me anego!
 ¡Piedad, dioses!
 TÓAS.
 ¿Qué impensados,
 Tristes, miseros lamentos
 Han sido fiero, fatal
 Presagio de mis acentos?
 TÁGIS.
 En el mar se oyen las quejas.
 (Tempestad.)
 TOMÍRIS.
 ¡Qué mucho, si el mar inquieto,
 Y amotinadas las ondas,
 Suben hasta el firmamento!
 EFIGENIA.
 Y es verdad; pues por instantes,
 Al paso que va creciendo
 La tempestad, apesura
 El sol su curso ligero,
 Para que llora la noche
 Sus exequias.
 PÍLADES. (Dentro.)
 ¡Piedad, cielos!
 IDÁSPES.
 Sin duda que algun errado
 Navegante á los esfuerzos
 De la tempestad fallece.
 EFIGENIA.
 Que salgan á socorrerlo,
 Pues tan cerca de la orilla
 Nos hallamos.
 TÓAS.
 Yo el primero
 Seré en su amparo. (Ap. Así impido
 El desposorio dispuesto.)
 TOMÍRIS.
 ¿Y el sacrificio y el rito?
 TÓAS.
 Tambien es culto este afecto
 Piadoso. (Vase.)
 TOMÍRIS.
 Oid, esperad.. (Vase.)
 EFIGENIA.
 Vamos en su seguimiento,
 Diciendo...

TODOS Y MÚSICA.
 Sacra Diana,
 Oye el triste lamento
 De quien halla afligido
 Piedad en nuestros pechos.

JORNADA SEGUNDA.

Mutacion de marina.

Salen todos en la disposicion que finalizó la primera jornada. Se ve la nave trastornada, y se obscurece el teatro: crece la tempestad; lluvia, relámpagos y truenos; nubarrones que se retiran á su tiempo, y descubren el arco tris marino.

MÚSICA Y TODOS.

Sacra diosa Diana,
 Oye el triste lamento
 De quien halla afligido
 Piedad en nuestros pechos.

IDÁSPES.

¿Cómo quereis que la encuentre,
 Si aun nosotros no podemos
 Aspirar á otra esperanza
 Que á precaver nuestro riesgo?

EFIGENIA.

¿Qué mucho si obscura nube
 El alcance va siguiendo
 Al día, y en horrorosos
 Melancólicos bostezos
 Rayos escupe, centellas
 Aborta, y vomita truenos?

TODOS.

Toda es horrores la playa.

TÓAS.

Y todos los elementos,
 Sublevados entre si,
 Se dan batalla á si mismos.

EFIGENIA.

Ninfas de Diana, el coro
 Repita en dulces acentos...

ELLA Y MÚSICA.

El iris al aire
 Tremola sereno.
 (Se van retirando las nubes, y se aclara el cielo.)

TODOS.

¡Tutelar diosa! tu amparo
 Invocamos.

PÍLADES. (Dentro.)

¡Piedad, cielos!

TOMÍRIS.

A la breve luz escasa
 Que á pesar de los funestos
 Vapores, va lentamente
 Su esplendor restituyendo
 Al día, se deja ver
 Un infeliz, que el inquieto
 Golfo á la playa destina.

TÓAS.

Ya tropezando y cayendo,
 A nosotros se encamina.

Sale PÍLADES, asido á una tabla,
 y cae á los piés de Efigenia.

PÍLADES.

¡Valedme, dioses supremos!

EFIGENIA.

Si te valdrán; que no en vano
 Tomaste seguro puerto

A mis piés. Jóven, levanta,
Y dínos qué rumbo incierto
A estas playas te condujo.

PÍLADES.

Si haré... Pero el desaliento
No permite que la voz
Pase al labio desde el pecho.

EFIGENIA.

Respira y habla.

(Dale la mano para que se levante.)

PÍLADES.

Por mas

Que lo procuro, no puedo...
Que pasar desde los brazos
De la muerte... (Ap. Mas ¡qué veo!
A los de la vida, es bien
Que diga. ¡Raro portento!)

EFIGENIA. (Ap.)

¡Gallardo jóven!

PÍLADES.

Ha sido

Siempre favor tan inmenso,
Que la admiracion no deja
Que obre el agradecimiento.
Grecia es mi patria. (Ap. Mi nombre
Callaré.)

TÓAS.

¿Luego eres griego?

TÁGIS.

Bien su traje lo declara.

PÍLADES.

Griego soy.

EFIGENIA. (Ap.)

¡Hado funesto!

TÓAS.

Pues sabe que tu destino,
Si en favorable de opuesto
Se trocó, ya ha transformado
Lo favorable en lo adverso.

PÍLADES.

¿Cómo?

IDÁSPES.

Como de Diana,

Cuyo magnifico templo
Es el que ves, sacrificio
Vienes á ser.

EFIGENIA. (Ap.)

Si yo puedo,

No lo será.

PÍLADES.

¿Es de la fiera

Bárbara Libia este puerto?

ANTENORO.

Es de Tauride, gran corte
De Tóas.

PÍLADES. (Ap.)

Aquí está el bello

Simulacro que buscamos.

TÓAS.

Conducidle donde preso

Esté, en tanto que, suspensa
Mi boda, pues que ya tengo
Victima humana que la haga
Mas digna...

TOMÍRIS. (Ap.)

En vano me aliento.

TÓAS.

Se disponen las cruentas
Ceremonias.

TÁGIS.

Extranjero,

Vén á la prision.

PÍLADES.

Espera.

IDÁSPES. (Ap.)

¡Qué formidable decreto!

PÍLADES.

¿Pues qué delito hay en mi,
Que merezca ese sangriento
Éstrago? ¿Es este el favor
Que me ofreceis?

EFIGENIA.

Cuantos griegos

Con errada planta huellan
Los límites de este imperio,
Han corrido igual fortuna,
Sin mas delito que el serlo.

PÍLADES.

¿Por qué causa?

TÓAS.

Por el odio

Implacable que les tengo.
Y ¡ojalá que toda Grecia
En tí se cifrara!

PÍLADES.

Y eso

¿No es crueldad?

TÓAS.

Es religion.

PÍLADES.

Es rigor.

TÓAS.

Llévadle luego

A la prision.

PÍLADES. (Ap.)

Cruel fortuna,

Cuando me libras de un riesgo,
Me hallo cercado de dos
Mayores: uno tan nuevo,
Que á vista de esta hermosura,
No sé si vivo ó si muero;
Y otro el de haber de vivir
Para morir. Pero habiendo
Perdido á Orétes, que es mas,
¿Para qué la vida quiero?
(Vase con Tágis y soldados.)

TOMÍRIS. (Ap.)

¡Qué lástima!

TODOS. (Ap.)

¡Qué desdicha!

IDÁSPES. (Ap.)

¡Qué pena!

EFIGENIA. (Ap.)

¡Qué sentimiento!

TÓAS.

Vuestra Alteza se retire
A palacio, mientras quedo
A averiguar si es Orétes
Este hombre.

TOMÍRIS.

Bien está.

(Vase Tomtris con las damas, y detiene
Tóas á Efigenia.)

TÓAS.

Bello

Prodigio, ¿de qué me sirve,
Si cuando te hallo te pierdo,
Haberte hallado?

EFIGENIA.

De solo

Aumentar mis sentimientos.

TÓAS.

Ten piedad de mí.

EFIGENIA.

No esperes

Piedades de un noble pecho,
Que siempre supo ostentar
Su vanidad con despegos.

TÓAS.

¿Y mi amor?

EFIGENIA.

Es de la Reina.

TÓAS.

Tú lo serás.

EFIGENIA.

Ella es dueño

De esta corona.

TÓAS.

Conmigo

Reinarás tú.

EFIGENIA.

No es un cetro

Capaz de hacer que yo quiera
Lo que resisto, ni es precio
De una mano que ha sabido
Despreciarlos y tenerlos.

TÓAS.

¡Y tenerlos! Pues ¿quién eres?

EFIGENIA.

Mas de lo que veis.

TÓAS.

Con eso

Crece en mí las razones
De quererte.

EFIGENIA.

Por lo mesmo

Crece en mí las causas
De despreciar vuestro ruego.

TÓAS.

Te obligarán mis finezas.

EFIGENIA.

Resistirán mis esfuerzos.

TÓAS.

Sabré persuadirte.

EFIGENIA.

Nada

Me persuadirá á quereros.

TÓAS.

¿Y no tendrá mi esperanza
Aquel alivio pequeño
De lisonjearse en la duda
De que quieras con el tiempo?

EFIGENIA.

No. (Ap. Y es verdad, por la rara
Oposicion que te tengo,
Viendo el odio con que miras
A mis patricios.)

TÓAS.

Yo tengo

De adorarte siempre.

EFIGENIA.

Y yo

Nunca sabré agradecerlo.

TÓAS.

Todo lo vence el poder.

EFIGENIA.

Violentar no es vencimiento,
Y en tal caso tambien sabe
Vencer, morir resistiendo.

TÓAS.

Soy rey.

EFIGENIA.

Tambien pudiera

Deciros... Pero no quiero
Sino que tengais sabido
Que yo en mi albedrio reino.

TÓAS.

Yo tambien reinaré.

EFIGENIA.

¿Cómo?

TÓAS.
Siendo imán el embeleso
Del trono.

EFIGENIA.
Sin gusto, ¿cuándo
No fué esclavitud el cetro?

TÓAS.
¡Soberbia altivez!

EFIGENIA.
Los dioses
Os guarden.

TÓAS.
Guárdeos el cielo.
¿Y en qué quedamos?

EFIGENIA.
En que
En no rendirse, mi pecho
Será roca incontrastable.

TÓAS.
Y el mío en amarte.

EFIGENIA. (Ap.)
Ciego

Dios, niño...

TÓAS. (Ap.)
Tirano amor...

EFIGENIA. (Ap.)
Pues aspiro...

TÓAS. (Ap.)
Pues aliento...

EFIGENIA. (Ap.)
A dar la vida á este jóven...

TÓAS. (Ap.)
A tu apetezido fuego...

EFIGENIA. (Ap.)
Para poder conseguirlo,
Facilitame los medios. (Vase.)

TÓAS. (Ap.)
Yo erigiré á tu deidad,
Si me eres propicia, un templo.

IDÁSPES.
Gran señor, ¿así te dejas
Arrastrar de un devaneo?
¿No ves que, olvidando cuantas
Promesas juraste al cielo,
Ingrato á Tomiris, faltas
A su fe y al juramento?
Cuando sus nobles vasallos
Lo sepan, ¿qué dirán?

TÓAS.
Necio,
¿Qué han de decir?

IDÁSPES.
Que el jurado
Homenaje que te dieron,
Fué en la esperanza de esposo
De Tomiris.

TÓAS.
Y cuando ellos
Lo digan, ¿habrá bastantes
Cabezas en todo el reino,
Que sacien mi enojo y giman
A mis piés su atrevimiento?

IDÁSPES.
Eso será tiranía.

TÓAS.
No será sino ser dueño
De mis acciones; y mas
Siendo tan digno sugeto
El que elijo.

IDÁSPES.
¿Y qué dirá
Tomiris, bello portento
De hermosura?

TÓAS.
Lo que quiera,
Como haga yo lo que quiero.

IDÁSPES.
Mira que tu amor te ciega.

TÓAS.
¿Digo yo que no estoy ciego?

IDÁSPES.
Pues alumbre la razón
Tus sentidos.

TÓAS.
Siempre fuéron,
Desapasionados, poco
Favorables los consejos.

IDÁSPES.
Pues sienté y calla.

TÓAS.
No es fácil
Callar tanto como sientó.

IDÁSPES.
¿Es mas que un desordenado
Apetito?

TÓAS.
¿Y qué mas que eso?

IDÁSPES.
Más es tu poder.

TÓAS.
Te engañas;
Pues si á reprimirlo pruebo,
Cuando quiero no quererla,
No quererla quiero ménos...
Y déjame.

IDÁSPES.
Yo, señor...

Sale TÁGIS.

TÁGIS.
Ya en esa torre del templo
Queda el griego aprisionado.

TÓAS.
Está bien. (Ap. Entre recelos,
Temor y amor, ¡qué de especies
Batallan conmigo mesmo!)
(Vanse.)

—
Mutacion de jardín corto.

Salen EFIGENIA Y ARGÉNIS.

ARGÉNIS.
¿Con que estás resuelta á dar
Libertad á ese extranjero?

EFIGENIA.
No tanto porque á mis piés
Su fortuna tomó puerto,
Cuanto por no sé qué oculto
Lugar que se hizo en mi pecho.
Demas, que podrá tener
Noticia por este medio
Agamenon, padre mío,
De que Efigenia no ha muerto;
Y conducida á Micena,
Tendré tambien el consuelo
De vivir con Cliternestra,
Mi madre; y si acaso ha vuelto
Mi hermano Oréstes, que siempre
Peregrino y extranjero
De la corte anduvo, el gusto
De tratarlo y conocerlo.

ARGÉNIS.
¿Por qué ántes no diste aviso
De los extraños sucesos
De tu destino, á tu padre?

EFIGENIA.
Si sabes que por decreto
De los dioses, en Aulide,
Ya el sacrificio dispuesto,

Me vi destinada á ser
Espectáculo funesto
De Diana, porque Cálcas
Predijo que así su ceño
Templaria, en desagravio
De haberla mi padre muerto
Una cierva, y que el cuchillo,
Si Aquiles no se ha interpuesto,
Iba á ejecutar el golpe,
Hasta que, piadoso el cielo
Conmigo, me redimió
Otra cierva de aquel riesgo;
Si sabes que, ya inspirando
En la armada el blando viento
Que ántes le negó Diana;
Después de adquirir el regío
Blason de ganar á Troya,
Con Aquiles á su reino
Caminábamos gustosos,
Cuando, los mares inquietos,
Fué la nave desperdicio
De las cóleras del viento,
Sin que en su espacioso buque
Soldado ni marinero,
Ni aun Aquiles, con la vida
Pudiera escapar; si luego
Sabes tambien que las dos
Arribamos á este puerto
En una lancha, guiadas
De un infeliz pasajero,
A quien acaso los dioses
Destinaron á este efecto,
Y que hasta aqui no he tenido
Proporcionado sugeto;
Si sabes...

ARGÉNIS.

Ya lo sé todo;
Pero no discurro medio
De libertarle, pues va
Por tierra y por mar expuesto
A que le prendan. Mas él,
Como mandaste, á este puesto
Se acerca ya.

Sale PÍLADES, con cadenas, conducido
de UN CABO Y SOLDADOS.

PÍLADES.

Si á las aras
De la deidad á quien debo
La vida, puedo, señora,
Miseró, abatido y preso,
Ofrecerla en sacrificio,
Vos sois de mi vida dueño.

EFIGENIA.

Dejadle solo.— ¿Qué suerte
(Vase la guardia.)
Te ha conducido á este reino
De Tauride?

PÍLADES.

El cruel destino
De un fuerte brazo, que el cielo
Armó contra los designios
De Tóas, bárbaro y ciego;
De un otro yo, en todo iguales.
Coronados de trofeos,
Pensamos salir dichosos
De una empresa; pero habiendo
Frustrado ya con su muerte
Neptuno nuestros progresos,
Solo el morir será alivio.

EFIGENIA.

¿Qué decis?
PÍLADES.
Que lo apetezco.

EFIGENIA.

¿Tendréis valor?

PÍLADES.

Para todo.

EFIGENIA.

¿Tan osado sois?

PÍLADES.

Soy griego.

EFIGENIA.

Pues yo os daré libertad,
Con calidad de que un pliego
Mio entreguéis en Micena,
Con cuya noticia espero
Vengan por mí á conducirme
A mi patria. En este reino
Vivo violenta, pues me hallo
Precisada á ser sangriento
Ministro con mis patricios,
De ese impío: á tal extremo
Llega su rigor, que quiere,
Despreciando el himeneo
De la Princesa, casarse
Conmigo, y...

PÍLADES.

¿Qué escucho, cielos!

Pues, señora, mi valor
A todo trance resuelto
Hallaréis; y si gustais,
Mi brazo á su indócil pecho
Llevará el puñal.

EFIGENIA.

Eso era

Malograr el lance.

PÍLADES.

Dueño

Eres de mi vida; ordena
Lo que gustares. Mi esfuerzo
Debe á los dioses altiva
Progenie... Soldados tengo...
Mas no quisiera dejaros
Expuesta; que si hace empeño,
Pondrá á nobles resistencias
Bastardos atrevimientos.

EFIGENIA.

Yo quedo conmigo.

PÍLADES.

Y yo.

EFIGENIA.

¿Cómo, si os vais?

PÍLADES.

Porque creo

Que siempre estará con vos
Quien siempre os lleva en su pecho.

EFIGENIA.

¿Qué decis?

PÍLADES.

Que agradecido

A favores tan supremos,
Podrá ser el adorador
Disculpa de no ofenderos.

EFIGENIA.

¿Qué es no ofender? ¡Vos conmigo
Procedéis tan desatento!
¡Hola!

Vuelven LOS SOLDADOS.

PÍLADES.

Señora...

EFIGENIA.

Volvedle

A la prision.

PÍLADES.

Ya obedezco.

(Vase con los soldados.)

EFIGENIA.

Aunque no me pesa oírlo,
Vea que siento saberlo.

(Vanse Efigenia y Argénis.)

Mutacion entera de peñascos: monte elevado en el foro.

Salen TÓAS é IDÁSPES, de caza,
con venablos.

TÓAS.

Hoy con la sacerdotisa
Me he de casar, y ese griego
Será victima á la diosa.

IDÁSPES.

Ya que puedo hablarte en eso,
Pues tan distantes se alejan
Cazadores y monteros,
Gran señor, ¿no es sinrazon
Ese tirano despecho
Que ostentas con esa ilustre
Nacion, faltando al derecho
De las gentes?

TÓAS.

No me acuerdes

La causa de mi tormento.
Al ceñirme la diadema,
Al oráculo supremo
De Júpiter consulté
Mis hados, y supe (tiemblo
Al decirlo, supe (¡ay triste!)
Que Orétes, (¡valedme, cielos!)
Que Orétes, griego atrevido,
El osado sacrilegio
Cometerá de robarnos
A Diana, y que á este tiempo
Será fuerza que yo pierda
La vida con el imperio.
Y porque él muera entre cuantos
Griegos pisaren mi reino,
A todos los sacerdotes
Sobornando y persuadiendo,
Hice decir que Diana
Apetecia este obsequio.
Bien conozco que irritado
Por impío tengo al cielo;
Pero, aunque veo que es grande
Mi maldad, no me arrepiento.

Sale ANTENORO.

ANTENORO.

Un embajador de Creta
Llega á tu corte, pidiendo
Audiencia.

TÓAS.

Pues á palacio

Le conducid.

ANTENORO.

Al momento

Voy á obedecerte. (Vase.)

IDÁSPES.

En fin,

Que el daño reconociendo,
¿Proseguis en verter tanta
Sangre inocente?

TÓAS.

No encuentro

Otro modo de impedir
El fatal golpe que espero,
Pues siempre sobresaltado
Estoy, dudando y temiendo
Dónde está Orétes.

ORÉSTES, dentro.

¡Aquí

De mi valor y mi esfuerzo!

TÓAS.

¡Otro presagio!

ORÉSTES. (Dentro.)

Cobardes,

Huid ántes que mi acero
Pedazos os haga.

Sale TÁGIS.

TÁGIS.

Un hombre,

Al parecer extranjero,
Y aun griego, que en un escollo
Se libró, está combatiendo
Con tus guardias, amparado
De esas peñas.

TÓAS.

Vé á prenderlo

Antes que huya.

TÁGIS.

No es tan fácil.

TÓAS.

Pues yo iré en tu seguimiento. (Vase.)

Descúbrese ORÉSTES en lo alto del
monte acuchillando á algunos SOLDADOS.

ORÉSTES.

Cobardes, de mi furor,
De mi enojo, de mi esfuerzo
Y mi cólera sañuda
Huid.

Sale TÁGIS y SOLDADOS por el tablado.

TÁGIS.

Atrevido griego,
Rinde la espada.

ORÉSTES.

Antes todos,

A su invencible denuedo
Despedazados, veréis
Vuestra muerte.

TÁGIS.

¿Estás resuelto

En defenderte?

ORÉSTES.

Aunque aborte

Armadas huestes el centro
De la tierra, y todas juntas
Se atrevan á mí, no tengo
De rendirme: y así en vano
Lo solicitais.

TÁGIS.

Verémos

Si lo consigues.— Prendedle,
O muera.

ORÉSTES.

No es el empeño

Tan fácil... Pero la tierra
Mal segura, estremeciendo
Este peñasco, me falta.
¡Válgame todo el infierno!

*Cae precipitado con el peñasco, que se
desprende con estruendo por partes:
van TÁGIS y SOLDADOS á asegurarle;
y al acercarse, se levanta furioso y
riñe con todos. Salen TÓAS é IDAS-
PES, y bajan los de arriba al tablado.*

TÁGIS.

¿Eres hombre ó eres fiera?

ORÉSTES.

Soy fiera, y hombre tan fiero,
Que el mar me arroja, y la tierra
No me consiente.

TÓAS.

¿Qué es esto?

ORÉSTES.

Es una rabia, una furia,

Una cólera, un despecho,
Una desesperacion,
Una osadia, un incendio,
Una venganza, un impulso
Temerario, airado y ciego.

TÓAS.

(Ap. ¿Quién será este hombre, que al
Casi asustado le temo?)

¿Quién eres tú, que á mis guardias
Te opones con tal denuedo?

ORÉSTES.

¿Quién eres tú, que has tenido,
Al mirar que me defiendo
Sañudo, osado, invencible,
Valiente y airado, aliento
De preguntarlo?

TÓAS.

¿No has visto

En mis señas que el excelso
Tóas soy, emperador
De Tauride...

ORÉSTES. (Ap.)

¿Albricias, cielos!

Que ya encontré el simulacro
Que buscaba.

TÓAS.

A cuyo esfuerzo

Aun la fortuna no puede
Oponerse?

ORÉSTES.

No, supuesto

Que tú no has visto en las mias
Que soy azote del cielo,
El terror de los mortales,
La ojeriza, el vituperio
De los dioses, y el estrago
Y asombro del universo.

TÓAS.

¿Luego eres Oréstes?

ORÉSTES.

Cuando

Yo lo fuera, ¿á ti el saberlo
Qué puede importarte?

TÓAS.

Mucho.

ORÉSTES.

Pues no lo sabrás; que quiero
Que dudes lo que saber
Te importa tanto.

TÓAS.

El acero

Rinde.

ORÉSTES.

Solo con la vida

Se ha de rendir; que aunque veo
Cuán ventajoso y altivo
Lidias contra mí, no tengo
De rendirme miéntras pueda
Blandir irritado y fiero
Este rayo, que al impulso
Del coraje en que me anego,
Es cruel, sañuda, sangrienta
Guadaña del mundo, es fiero
Basilisco de las gentes,
Y aun de tí...

TÓAS.

¿Bárbaro intento!

ORÉSTES.

Y tanto, que estará acaso
Tu muerte en él.

TÓAS.

¿De ira tiemblo!

Tente, tente, no me mates;
Suspende el golpe sangriento.

ORÉSTES.

Huid ántes que os abrase
El volcan que arde en mi pecho.

TÓAS.

Prendedle ó muera.

ORÉSTES.

Eso solo

Me servirá de consuelo;
Que á un horror desesperado
No le queda otro remedio.

TÓAS.

Matadle: no quede vivo
Quien está dándole al pecho
Tal susto.

ORÉSTES.

¿El cielo me valga!

TÓAS.

No te valdrá.

ORÉSTES.

Pues si cielo

No me ha de valer, ¡aquí
De mi rabia! ya que muero,
Sea matando, y las furias
Me reciban en su centro.

TÓAS.

¿Desesperado coraje!

ORÉSTES. (Cae.)

De mi y mi valor reniego.

TODOS.

Ya estás rendido.

ORÉSTES.

Mentis;

Que eso sería estar muerto.

TÓAS.

Llevalde á la torre.

ORÉSTES.

Ingrata

Fortuna, ya echaste el resto
A la implacable, tirana
Ojeriza de tu ceño.

(Llévanle.)

TÓAS.

¿Quién sino Oréstes pudiera
Turbar mi orgullo soberbio? (Vase.)

IDÁSPES.

¡Oh Rey, cuán precipitado
Vas desde un riesgo á otro riesgo!

JORNADA TERCERA.

Salon corto.

Salen TÓAS, TOMÍRIS, IDÁSPES, AN-
TENORO, TÁGIS, DAMAS Y SOLDA-
DOS.

TÓAS.

Para poder responder
Al embajador de Creta,
Falta, Tomiris, saber
Tu resolucion.

TOMÍRIS.

¿Qué intenta

O solicita, que está
A arbitrio de mi respuesta?

TÓAS.

A tu blanca mano aspira
Su Rey, con cuantas promesas
Dignas de tu sangre le hacen
Acrédor de merecerla.

TOMÍRIS.

Ya yo tengo esposo.

TÓAS.

¿Quién?

TOMÍRIS.

Tóas, que en mi pecho reina.

TÓAS.

Tiene ya otra esposa.

TOMÍRIS.

¿Quién?

TÓAS.

La sacerdotisa bella.

TOMÍRIS.

Primero es Tomiris.

TÓAS.

Antes

Que todo es lo que yo quiera.

TOMÍRIS.

No, porque muerto mi padre,
Soy legitima heredera
De este imperio.

TÓAS.

Sí; mas yo

Soy quien absoluto reina.

TOMÍRIS.

Pero con la condicion
De esposo mio, y con ella
Os juró el reino.

TÓAS.

No es tiempo

De disputar lo que hiciera
El reino y tu padre.

TOMÍRIS.

El voto

Que juraste, es ley expresa
Que te obliga.

TÓAS.

Un soberano

A la ley no se sujeta.

IDÁSPES.

Mas no debe violentarla.

TÓAS.

Yo puedo hacer cuanto quiera.

TOMÍRIS.

No reinando yo con vos,
Tiranizais la diadema.

TÓAS.

No tiranizo, si os pongo
En las sienas la de Creta.

TOMÍRIS.

Teniéndola yo heredada,
No la necesito ajena.

TÓAS.

Ya es mia, pues he sabido
Dilatarla y merecerla.

TOMÍRIS.

Para usurparla.

TÓAS.

No usurpa

Quien elegido gobierna.
El de Creta os solicita:
Premiad sus nobles finezas,
Porque es mi gusto, y porqué
Conviene así á vuestra Alteza.
Yo, es imposible casarme
Con vos, por la resistencia
Que tengo á daros por propia
Un alma que es tan ajena.
Vos mereceis otro empleo;
Mi sangre no es á la vuestra
Igual; yo puse los ojos
En esa noble extranjera:
Estimad el desengaño,
Porque mas sensible os fuera
Llorar despues de casada
Desprecio, olvidos y ofensas,
Y celos quizá, hasta verme
En brazos de otra belleza.